


# Desmembrado

JOYCE CAROL OATES

gatopardo ediciones 




# **DESMEMBRADO**

**Y OTRAS HISTORIAS DE MISTERIO Y SUSPENSE**

**JOYCE CAROL OATES**

Traducción de Patricia Antón

gatopardo ediciones 

Título original: *Dismember*

Copyright ©2017 by The Ontario Review, Inc.

Published by arrangement with The Mysterious Press, an imprint of Grove Atlantic, Inc., New York, NY, USA

© de la traducción: Patricia Antón, 2018

© de esta edición: Gatopardo ediciones, 2018

Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: febrero 2018

Diseño de la colección y cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Niebla en cerro Caracol, Concepción (Chile)

Fotografía de Luis Enrique Fritz

Imagen de interior: Get Lit 2013. Fotografía de SpokaneFocus CC BY 2.0

Imagen de la solapa: © Dustin Cohen

eISBN: 978-84-17109-28-8

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Joyce Carol Oates firmando libros en el festival literario Get Lit!, 2013

*Para Henri Cole*

# DESMEMBRADO

## I

*Cuéntanos lo que sabes. Lo que recuerdes.*

Me he subido al tejado del viejo granero de mi abuelo. Noto la chapa caliente contra las piernas desnudas, contra los muslos. Éste es un sitio prohibido. El tejado inclinado, las planchas de cinc mal ensambladas y ardientes bajo el sol.

Ya no soy tan pequeña como para andar encaramándome al tejado del granero. Dejamos de hacer eso cuando estábamos en segundo de secundaria.

Te olvidas. Deja de interesarte. Hay otras cosas que hacer.

Sientes desprecio por las cosas que hacías de niña, incluso las prohibidas, cuando tienes unos años más.

Él conduce su Chevrolet por Iron Road. Es de un azul cielo radiante y con embellecedores cromados que destellan como si fueran ojos que parpadean. En su interior, tapicería de color crema. Hay manchas en el asiento de atrás que él ha tratado de quitar con algo que huele fuerte como el queroseno, de modo que las cuatro ventanillas están bajadas para que se vaya el mal olor.

Está fumando un cigarrillo. El humo envuelve su preciosa cara alargada que parece la de una muñeca. Saca el brazo izquierdo por la ventanilla abierta. Al frente, el asfalto de la carretera de dos carriles refulge bajo el calor como un espejismo en el desierto.

De Iron Road pasamos a Mill Pond Road, que en su mayor parte es un camino de grava y tierra. Pastos, maizales, bosques. Casas de labranza, edificios agrícolas. Silos. El Chevy azul cielo reduce la marcha, el conductor frunce el ceño detrás de las gafas como un cazador sin prisa, que se toma su tiempo.

Según dicen, Rowan Billiet es el primo (medio primo) de mi madre.

Según dice mi padre, por lo que a él concierne, Rowan Billiet no es pariente nuestro, en absoluto.

Lo que sin duda no es verdad es que Rowan Billiet sea mi tío. No es el hermano pequeño ni de mi padre ni de mi madre, así que no puede ser mi tío. Pero, al igual que otras falsedades publicadas en los periódicos locales, eso se repetiría hasta que todos llegaron a creerlo (erróneamente), y décadas después se recordaría de esa forma imprecisa en que rememoramos sueños terribles que se han desvanecido hasta tornarse recuerdos como gotas de agua sobre el papel pintado de la pared.

«Aquel joven tío tuyo, cómo se llamaba...»

«Aquel tan guapo que siempre conducía coches lujosos...»

Toma el desvío a Cattaraugus Creek Road, que es nuestra calle. ¿Está Rowan Billiet paseándose tranquilamente por la accidentada campiña al norte de Strykersville, sin destino alguno en particular? ¿Limitándose a comprobar adónde lo lleva su Chevy azul cielo?

Como si anduviese en busca de agua con una varilla de zahorí. Más o menos así.

Rowan tiene parientes repartidos por todo el condado de Beechum. Ni uno de ellos es un pariente cercano, ni uno es lo que se consideraría «familia».

Rowan aparece en sus casas, sólo para saludar. A veces, Rowan se queda únicamente unos minutos, porque se da cuenta de que no es un buen momento, o quizá la persona a la que ha ido a visitar no está en casa. A veces, Rowan se queda más rato, por ejemplo si lo invitan a cenar.

En nuestra casa, a Rowan nunca lo invitan a cenar. La razón parece ser (eso he deducido) que mi padre lo odia.

¡Por qué iba alguien a odiar a Rowan Billiet! En su Chevy, que huele a queroseno y a tabaco, sonrío para mí ante semejante idea. Tararea al son de la música en la radio del coche, lo bastante alta para que se oiga sobre el ruido del viento que entra por las ventanillas abiertas. «Tac, tac», tamborilea con sus dedos finos sobre el volante.

Tiene dedos de chica, dice la gente de Rowan Billiet.

Tiene cara de muñeca, se dice de Rowan Billiet.

Vaya, si uno no puede tomarse en serio ni su nombre: Rowan Billiet.

Entre primero y segundo de secundaria dio la sensación de que pasaran varios años y no uno solo.

Habíamos crecido jugando entre la chatarra de coches, camiones y tractores que había en el solar junto a la casa de mi tío. Mason, el hermano (hermanastro) mayor de mi padre, que era dueño de una gasolinera y un taller de reparación de coches en Cattaraugus Creek Road, a un kilómetro y medio de nuestra casa.

De la casa de labranza en la que vivíamos con los padres (adoptivos) de mi madre, que en realidad (un dato del que tardé décadas en enterarme) no eran unos desconocidos para sus padres biológicos, sino el hermano y la cuñada de uno de ellos.

Todo eso había pasado tiempo atrás, antes de que yo naciera. No tenía la menor idea de ello ni tendría el menor interés en muchos años, hasta llegar al menos a la edad de mi madre, en el momento en que Rowan Billiet apareció de manera especial en mi vida en 1961.

El depósito de chatarra de mi tío también era un sitio prohibido. No querían que fuéramos allí. Era fácil hacerse daño. Y si eras una niña era especialmente fácil, nos advertían.

Nuestras rodillas desnudas llenas de arañazos y sangrando. En mis piernas, hilillos de sangre que brotaban de los cortes que me habían causado los trozos de vidrio al colarme por la ventanilla rota de un coche «siniestro total» en un accidente sobre el que la gente todavía murmuraba por toda Cattaraugus Creek Road. Me emocionaba ser la más pequeña de los cinco que andábamos jugando por ahí (tres niñas y dos niños, que eran nuestros hermanos pequeños) y la única capaz de colarme en un espacio tan estrecho y retorcido, y, luego, cuando mi madre me vio se quedó mirándome un momento hasta que se dio cuenta de que lo de mis piernas eran sólo arañazos y de que la sangre brillante podía limpiarse fácilmente.

«¡Ay, Dios mío! Qué susto me has dado, Jill...»

En el depósito de chatarra de mi tío había una vieja carraca de grúa, con un gancho gigantesco y cubierto de óxido como si fuera sangre. Daba miedo ver ese gancho e imaginar, de algún modo, esa cosa tan grande enganchándose en carne humana...

*Cuéntanos qué recuerdas, Jill.*

*Cualquier cosa que recuerdes.*

*Tómate tu tiempo. Intenta no alterarte. Ahora ya ha pasado todo, ya no*



*corres ningún peligro.*

Está diciendo que hay algo que quiere enseñarme.

Me llama «Jilly». Es su manera especial de pronunciar mi nombre, los demás no lo dicen así.

Ven, Jilly. Sólo un pequeño paseo hasta el puente y de vuelta.

Rowan Billiet siempre se te acercaba demasiado. Y sonreía mordiéndose el labio inferior.

Me parece que no puedo. Ahora mismo no.

¿Por qué ahora mismo no? Ahora mismo es el mejor momento, hostia.

Eso me hace soltar una risita. Nadie les habla a las niñas de mi edad como lo hace Rowan Billiet cuando no hay adultos delante.

Me río como si unos dedos fuertes y rápidos me estuvieran haciendo cosquillas. Es angustioso y emocionante, y hace que mi corazón palpite más deprisa, aunque no de felicidad.

Rowan Billiet no es un chico del instituto pero tampoco es viejo como mi padre y mis tíos. Describirlo costaría un montón. Te hace reír. Te hace reír de una forma rara, como si no supieras por qué te ríes, y no querías que un adulto te oyera y te preguntara por qué te ríes y qué es tan divertido.

Mis amigas que han visto a Rowan Billiet dicen que parece un Elvis Presley más bajo y con el pelo más claro. Es muy guapo, con el pelo rubio arena y fino como seda de algodoncillo que le cae en una onda en la frente, las cejas de color arena y un bigotito como una oruga de color arena sobre el labio superior.

El bigotito como una oruga se mueve sobre su labio cuando habla y cuando sonrío. Cuando lo veo me estremezco.

No sé cómo contestarle a Rowan Billiet cuando dice esas palabras, de modo que me lo repite, despacio y con paciencia: Hay algo en el riachuelo, debajo del puente. Algo que arrastró la corriente y se quedó ahí varado, en las rocas. Te vas a caer de espaldas cuando lo veas, Jilly.

«Te vas a caer de espaldas.» Es una cosa rara que le he oído decir a la gente, y que me desconcierta un poco pero me hace sonreír.

Y Rowan sonrío aún más, tironeándome de la muñeca.

Rowan puede cogermela muñeca con tan sólo el índice y el pulgar.

Lo que vas a ver, Jilly, tiene que quedar entre tú y yo. Si se lo cuentas a los demás, no lo entenderán.

Sacudo la cabeza para decirle que creo que no.

Venga, vamos, nadie se va a enterar.

Mi madre sí se enterará...

¿Cómo va a enterarse Irene si tú no se lo cuentas? Además, parece que no hay nadie en casa.

La forma en que Rowan dice «Irene» me indica que conoce a mi madre de un modo en que a mí no me es posible conocerla, y que en lo que sabe de ella hay familiaridad y desprecio.

No quiero decirle a Rowan «Mamá sólo ha ido a la compra a Ransomville, volverá en cualquier momento». No quiero que Rowan sepa que no hay ningún adulto en casa en este momento, excepto mi abuela, que se pasa el día entero entre la cocina y su habitación (en el piso de abajo y con las cortinas echadas) y ni se dará cuenta de que el Chevy azul cielo está aparcado a medio camino de la vía de grava compactada por la que se accede a la casa. Además, si viera a Rowan Billiet creería que es uno de los amigos del instituto de mi hermano.

Después, yo pensaría: «Sabía que debía venir cuando mamá hubiera salido. Cuando papá no estuviera en casa».

Entre semana, es raro que mi madre salga de casa a la hora que sea, pero es habitual que mi padre se haya ido a trabajar a la fábrica de radiadores de la General Motors en Strykersville.

Rowan frunce el ceño como si se esforzara mucho en no perder la paciencia. En darme otra oportunidad.

Es un secreto, ¿sabes, Jilly?

Si se lo cuentas a alguien no va a entenderlo.

Si se lo cuentas a alguien no volveré a llevarte nunca más a dar una vuelta en mi Chevy.

Rowan Billiet jamás me ha llevado a dar una vuelta en su Chevy, de modo que estará (posiblemente) confundiéndome con otra primita suya.

¿Qué? ¿Te vienes?

No digo que sí. Pero tampoco digo que no.

Noto una oleada de calor en la cara cuando Rowan me hunde el dedo índice en la muñeca.

Todo lo que va a ocurrir no ha empezado todavía. Rowan Billiet se levanta las gafas oscuras de aviador y me recorre con sus ojos muy brillantes entornados bajo el sol.

Venga, Jilly. Sube.

Deja que cierre yo esa puta puerta para que no quede medio abierta.

*Cuéntanos lo que recuerdes. Cuándo empezó todo.*

*... Si hubo un momento en que empezaste a pensar que ahí pasaba algo. Que algo no iba bien.*

*¿O ni siquiera pensaste eso? ¿Eras demasiado pequeña y te sentías muy intimidada por él? ¿Cuál de las dos cosas fue?*

Ir en el Chevy azul cielo me parece emocionante.

Desde el principio, Rowan me ve con buenos ojos.

Más adelante se sabría que el Chevy azul cielo de Rowan se lo había regalado un amigo (de Port Oriskany) o que a lo mejor se lo había vendido tan barato que había sido prácticamente un regalo. Lo mismo pasaba con el reloj de aspecto caro que Rowan llevaba en la muñeca izquierda y que le quedaba muy suelto incluso con la correa ajustada al máximo, de modo que no costaba imaginar que había pertenecido a un hombre mucho más robusto.

Mi padre diría que por qué demonios iba alguien a darle lo que fuera a Rowan Billiet, por el amor de Dios. La mera idea parecía enfurecerlo, como también les pasaba a otros hombres como él, que todo lo que tenían se lo debían a su trabajo y a quienes rara vez les regalaban algo más que corbatas, calcetines, cinturones y jerséis ligeramente deformes tejidos a mano por mujeres de la familia.

En una ocasión en que mi padre habló indignado de Rowan Billiet, mi madre le dijo que no tuviera tan mala baba, que el «pobre» Rowan lo había pasado muy mal, sin una familia propiamente dicha.

Rowan debería darte lástima, no provocar tu odio.

Mi madre, en cierto sentido, se sentía culpable por Rowan Billiet. Porque la familia de ella no había hecho nada por él cuando era niño y (eso era confuso para mí, como todas las cosas que habían pasado antes de que naciera), porque sus padres se habían separado y vivían en sitios distintos, y cuando Rowan era sólo un bebé se lo pasaban como una pelota, o quizá ninguno de ellos lo quería mucho. Y luego su madre murió, o tal vez no había muerto sino que la habían matado, la estranguló un tipo con el que se había enrollado, de modo que los ancianos abuelos de mi madre se habían llevado a Rowan a vivir con ellos, pero eso se acabó también al cabo de unos años.

Había abandonado los estudios a los dieciséis. Se metió en líos, lo

suspendieron en todas las asignaturas, o quizá simplemente lo dejó porque odiaba la escuela y que le dijeran lo que debía hacer. No era un caso raro, pues muchos hijos de labradores no acababan la escuela, pero Rowan Billiet no era un hijo de labrador, él no tenía familia campesina y no heredaría ninguna casa de labranza en el condado de Beechum.

Contaban que Rowan Billiet había aprendido a «apañárselas por sí mismo», y lo decían con una especie de aprobación a regañadientes, pero siempre como si hubiera algo más que añadir que se guardaban para sí cuando podían oírles los niños.

Mi padre no siempre bajaba la voz aunque hubiese niños presentes. Cuando sentía ira o desdén. Como cuando le dijo a mi madre: «¡Joder! Menudo marica está hecho, que no lo pille merodeando por aquí».

Y mi madre protestó: «¡Eso es ridículo! Y de lo más desagradable. Por qué dices una cosa así, si ni siquiera es cierto...».

Mientras salía de la casa, mi padre soltó una áspera risotada como si mi madre hubiera dicho algo muy estúpido que no merecía una respuesta.

*Marica.* No sabíamos (todavía) qué significaba *marica*, pero sí entendíamos que era una palabra fea que las niñas nunca pronunciarían. Tampoco parecía una palabra que fueran a utilizar nuestras madres.

En cambio, era una palabra que utilizaban exclusivamente los hombres y los chicos mayores con la intención de expresar desprecio, asco, reproche y una especie de diversión incrédula. Y lo que tenía de especial *marica* es que iba dirigida tan sólo (como advertimos, sorprendidas) a otro varón.

«Ajá, te vas a caer de espaldas con esto.»

En el puente, Rowan Billiet me coge de la muñeca para guiarme por el escarpado sendero que lleva hasta el riachuelo. Me agarra la muñeca con el índice y el pulgar lo bastante fuerte para dejarme una marca roja en ella.

Sólo es un gesto cariñoso, pienso. Como el de mi abuelo cuando me hunde los dedos callosos en el pelo y se supone que no debo encogerme ni gemir porque con eso heriría sus sentimientos.

Bajo el puente hay un gran rectángulo oscuro en el agua, que es la sombra del propio puente que se ondula como si estuviera viva y respirara. En el agua poco profunda, junto a la orilla, hay montones de piedras, pero también cascotes de hormigón y barras de hierro oxidadas, y es hacia esa dirección por donde Rowan me lleva para ver algo que al principio me

parecen prendas de ropa o harapos o una cosa lanuda que se mece lentamente. A menos que cierre los ojos (algo que Rowan no me permitiría hacer) no hay otro sitio adonde mirar.

¿Lo ves? ¿A que es genial? Mira qué tamaño.

Rowan suelta un silbido por lo bajo. Yo no comprendo lo que estoy viendo. Mis ojos parpadean y se llenan de lágrimas. Y qué olor tan fuerte, que sube en cálidas oleadas, como el calor de una rejilla de ventilación en el suelo, y que hace que me maree.

Rowan está diciendo que imagina que lo tiraron al agua río arriba. Hay una emoción en su voz que no había oído antes.

Y que flotó hasta aquí y quedó varado en las rocas. Es genial, ¿a que sí?

¿Sabes qué quiere decir *exanguinado*? Privado de toda la sangre.

Eso es lo que ha pasado aquí. Como un cerdo puesto boca abajo, o un pollo. Desangrado.

¿Y has visto que está hecho pedazos? Mira, puedo moverlos. La cabeza está separada del cuerpo... Esto lo hice yo.

Sólo por divertirme, por mamonear un poco con mi cuchillo japo de acero al carbono.

¡Eh, por el amor de Dios! Nadie va a hacerte daño a ti.

Es un cuchillo estupendo. Me costó doce dólares. Acero al carbono hecho en Japón.

¿Quieres cogerlo? ¿No?

Lo usé así, como un serrucho, para cortar las vértebras.

¿Sabes qué son las vértebras, Jilly? Como las de tu columna.

Esto es tu columna, ¿has visto? Y aquí arriba también. Tu cuello también es tu columna.

Los dedos de Rowan están en mi nuca. Al principio la sensación es como un cosquilleo. Y luego me aprieta el cuello para hacerme saber que puede apretar mucho más fuerte si quiere.

Me está explicando, con excitación: Es como esas autopsias que hacen en la morgue. Ya sabes, las autopsias con un cuerpo humano que ves en las películas.

Desmembrado..., como un pollo cortado en pedazos, pero con un cuchillo especial.

Mira, he traído mi cámara. He tomado algunas fotos sensacionales. Pero no podía hacerme una foto a mí mismo.

Toma, coge mi cámara, Jilly, y hazme una foto justo aquí, en esta roca.  
¿Sabes cómo funciona? Tienes que apretar este botón.  
Mira a través de esa lente pequeñita, y luego aprieta el botón.  
No te hagas la tonta, eres una niña lista de cojones. Todo el mundo lo dice.

¡Eh, por Dios!... Ten cuidado.

(La cámara ha estado a punto de escurrírseme de los dedos y caer al río, de tanto que tiemblo.)

Rowan me arranca la cámara de las manos, maldiciendo.

Entonces ve mi cara de muerta de miedo y se ríe.

Ve cómo tengo arcadas, cómo me ahogo. Toso y escupo un líquido blanco y espumoso que me cae en la pechera de la blusa, mientras Rowan Billiet niega con la cabeza y se ríe.

¿Qué era eso que viste en el río?, me preguntan.

¿Qué era lo que Rowan Billiet me había llevado a ver y a tomarle fotos.

¿Un animal que se había ahogado? ¿Al que habían matado... a tiros?

¿El cuerpo de un perro? ¿De un ciervo? ¿De una oveja?

En mi vida hay cosas que no tienen nombre. Si cierro los ojos puedo verlas con claridad, pero siguen sin tener nombre.

Esperan pacientemente a que yo diga algo. No son agentes de policía (eso me han dicho), sino asistentes sociales de los servicios de familia e infancia del condado de Beechum quienes me están interrogando con la autorización de mis padres (eso me han dicho). Noto que me tienen lástima porque no cuesta mucho darse cuenta de que tengo el cerebro de un mosquito, o que la timidez o lo que ha ocurrido me afectan tanto que es como si tuviera el cerebro de un mosquito.

Oigo a uno decirles a los demás en voz baja: Quizá simplemente no lo sabe. Quizá nunca vio nada sino que lo imaginó. Y es posible que le estemos dando ciertas ideas, al hacerle estas preguntas...

## II

«Te vas a caer de espaldas.»

Me dijo eso más de una vez. Me lo dijo muchas veces.

«Te vas a caer de espaldas cuando veas esto, Jilly.»

Me guiñaba el ojo como si fuera una broma que compartíamos. (¿Qué broma compartíamos?)

Pero caerse de espaldas no es algo bueno. A nadie le apetece darse un trastazo.

¿O significa que no será un trastazo real?

Pero es algo bien raro que decir, pienso.

Y, años después, sigo sin saberlo: ¿Por qué va a creer alguien que es buena cosa caerse de espaldas?

Ya decía yo que ibas a caerte de espaldas, Jilly.

Y no finjas que no lo has hecho.

Apuesto a que te gustaría usar mi cuchillo japo de acero al carbono, ¿eh? Seguro que sí.

La próxima vez, quizá lo harás.

Quizá con algo vivo, para oírlo chillar.

Cuando subimos de nuevo a la carretera y al coche azul cielo, aún estoy temblando. Mis rodillas están a punto de flaquear. Siento un zumbido en la cabeza. El mal olor en las fosas nasales. Rowan me regaña, dice que si voy a vomitar no me quiere en su coche, que ya puedo volverme andando a casa.

Parece furioso conmigo, pero luego se ablanda. Me guiña el ojo y se ríe y dice que no pasa nada porque soy sólo una cría y no puedo evitarlo.

Me siento un poco mareada y aturdida, pero también emocionada. Lo que he visto no me ha quedado grabado del todo. Me resulta fácil no verlo, cerrar los ojos con fuerza y desear que toda esa fealdad desaparezca.

Y pienso que este secreto que Rowan Billiet ha compartido conmigo me vuelve especial, aunque no pueda alardear de él ante mis amigas y mis primas y nadie vaya a saberlo nunca.

¡Jilly! Esto va a hacerte caer de espaldas.

En la guantera del Chevy azul cielo que huele a queroseno y a tabaco hay unas revistas que Rowan Billiet dice tener escondidas salvo para pasajeros especiales.

Rowan Billiet me enseña unas revistas baratas. Se las ha dado un amigo (de Port Oriskany) al que espera que yo conozca algún día. Un amigo que es

coronel (creo que es eso lo que Rowan dice) y que quiere conocerme.

¿Por qué iba a querer alguien conocerme a mí? Eso me hace reír, hasta ese punto me parece tonto, improbable y aterrador.

¿Por qué iba a querer un hombre adulto como un «coronel» conocer a una cría de once años!

Porque le he hablado de ti, Jilly. Porque le dije que eres mi sobrina favorita, y adivina qué dijo el coronel..., pues que él no tiene ninguna sobrina, coño.

Rowan pasa, despacio, las páginas de la revista. Las que están arrugadas las alisa sobre el asiento del coche, entre ambos. *Expedientes policiales, El verdadero detective, Confesiones verídicas, Un raudal de miedo, Los más buscados por el FBI*. Rowan se muerde el labio con los dientes pequeños y amarillentos. Sus ojos como cuentas brillantes están clavados en mí mientras observo parpadeando los rostros en las revistas, los cuerpos en las revistas, distintos de los que haya visto nunca en las revistas que nos llegan a casa o en la televisión. Son rostros magullados y ensangrentados con los ojos cerrados. Son cuerpos a los que les han quitado o desgarrado la ropa. Cuerpos desfigurados, deformes y mutilados, pero está claro que son cuerpos de mujeres a los que les han hecho cosas terribles.

Hay chicas malas, Jilly. Que son carne de cañón, que se buscan problemas.

Y si una chica se busca problemas..., ¡pues los acaba teniendo!

¿Habías visto alguna vez algo parecido, Jilly?

Si pudiera hablar, le diría que no.

¿Crees que tendrás alguna vez el mismo aspecto que ella, Jilly? ¿Cuando hayas crecido del todo?

Si pudiera hablar, le diría que no.

Está más llenita de arriba que Irene, ¿verdad? Pero Irene tiene un buen culo, nada gordo.

No me gustan las hembras gordas. Hay algo asqueroso en un culo gordo cuando se sientan sobre él y se... expande, digamos.

Qué pena lo que le hicieron a ésta, ¿eh? ¿Sabes cómo se llama esto? ¿Aquí, donde la cortó el cuchillo?

Se llama «pezón», Jilly.

Tú también los tienes, sólo que pequeñitos.

Cuando seas mayor se volverán más grandes. Mucho más grandes.



Y si alguien los pellizca... así, se ponen duros.

Rowan sólo juega conmigo, se burla. Finjo creer que es así. Aparto sus manos de mi pecho, soltando risitas aunque sus pellizcos me hacen daño.

Me duelen las comisuras de los párpados y los ojos se me llenan de lágrimas, así que no veo qué hay en la página que ha pasado ahora Rowan.

A ésta la llamaban la Dalia Negra. La muy putilla recibió su merecido.

Era un poco bizca, ¿a que sí? Menuda guarra.

Los dedos de Rowan me agarran la mano. El índice y el pulgar de Rowan me aferran la muñeca y tiran de mi mano para llevarla entre sus piernas, que están abiertas con las rodillas separadas.

Así, Jilly. No te hagas la tonta, que eres una niña lista de cojones, Jilly.

La respiración de Rowan se vuelve rápida y entrecortada como si hubiera estado corriendo.

Rowan se ha quitado las gafas oscuras de aviador. Sus ojos brillan como esquirlas de cristal. Tiene la cara resbaladiza de sudor y la piel de un extraño color pálido como la manteca. Por cómo respira, parece que le duela hacerlo.

Rowan suelta un grito que es como el de un animal pequeño y herido. Pone los ojos en blanco y un hilillo de saliva le cae de la boca.

Después, Rowan dice: Si le cuentas algo de esto a alguien, Jilly, tu madre sabrá que eres una niña mala, muy mala. Tu padre te zurrará en ese culito tan mono que tienes.

Rowan Billiet decía que su mala suerte se debía a haber nacido en el condado de Beechum, en Nueva York. En Los Ángeles habría tenido la oportunidad de hacer carrera en la música pop, en el cine, en la televisión.

En Los Ángeles podían descubrirte en un drugstore, por ejemplo. En Strykersville podías pasarte la vida esperando y que no te pasara ni una sola cosa buena.

Había enviado una reluciente fotografía de sí mismo al *Dick Clark Show* identificándose como un estudiante de instituto de diecisiete años con «experiencia en el baile», pero nunca le habían contestado.

Tenía esa mala suerte, decía Rowan. La de haber nacido en el condado de Beechum, donde hay mil veces más vacas que gente.

Como desafío a su entorno, ¡Rowan Billiet siempre iba bien vestido! No se parecía en nada a los chicos y los hombres que conocíamos.

Rowan Billiet no era trabajador manual ni peón. Ni siquiera utilizaba las

manos, no se ensuciaba las manos como otros chicos y hombres.

A diferencia de ellos, Rowan Billiet prefería llevar camisetas blancas recién planchadas, de manga corta en verano. A veces, una pajarita de topes. Un cinturón con la hebilla plateada o dorada.

Sus (cortas) piernas iban enfundadas en pantalones de pinzas o en otros oscuros y más de vestir, siempre bien planchados. Nunca llevaba tejanos ni pantalones de peto; no eran para Rowan Billiet!

Siempre andaba cambiando de empleo. En cuanto empezaba en un trabajo se sentía inquieto, se aburría.

Empleado en un drugstore, dependiente en una zapatería, taquillero en el autocine Starlite. Ayudante de camarero en la pizzería de Enzo. En el pícnic de bomberos voluntarios de Ransomville, en julio, habían contratado a Rowan Billiet para cantar números de bingo a través de un micrófono con una voz melosa de locutor de radio: «Damas y caballeros, ¡BINGO!». En su mayoría eran empleos en los que se requería tener buen aspecto, nada que fuera a ensuciar las manos o la ropa de Rowan ni a despeinar su cabello, que llevaba arreglado en un tupé como Elvis Presley.

A Rowan le gustaba alardear de que los había dejado antes de que lo despidieran. Se rumoreaba que se había «agenciado» productos o dinero suelto, pero a Rowan Billiet no lo habían arrestado nunca, que nadie supiera, y mi madre insistía en que no había robado un céntimo en toda su vida, en que tenía demasiada dignidad.

Llegado el momento de la muerte de Rowan, los periódicos publicarían que no había constancia de ningún arresto a partir de su mayoría de edad, sólo multas de tráfico y una citación.

El último empleo de Rowan fue de «conductor personal» (chófer) de un hombre llamado Cornel Steadman, que vivía en Strykersville. La gente entendió mal el nombre del jefe de Rowan y lo llamaba «el Coronel».

Debía de ser el único chófer en la historia del condado de Beechum, se burlaba la gente. Para ese cargo, Rowan llevaba camiseta blanca y pajarita, pantalón de vestir y una elegante gorra con visera verde oscuro. Conducía un reluciente Cadillac Seville negro para el Coronel, que unas veces iba sentado en el asiento de atrás del vehículo y otras en el delantero junto a Rowan Billiet.

En la calle Mayor de Strykersville se veía con frecuencia a ambos hombres a bordo del Cadillac Seville. El Coronel miraba al frente como George Washington al cruzar el río Delaware el día de Navidad de 1776 (en

la biblioteca de nuestra escuela pendía una reproducción del cuadro) y a su lado Rowan Billiet, con su atuendo de chófer y la gorra con visera verde, sonriendo de oreja a oreja y aferrado al volante.

El automóvil largo y negro con sus relucientes cromados era una visión impresionante desde la acera, pero algunos (como mi padre) aseguraban que no se trataba de un Cadillac nuevo y decían que debía de tener, por lo menos, diez años.

Me plantearían la cuestión más de una vez: ¿me había llevado Rowan Billiet en el Cadillac en alguna ocasión? ¿Había ido en el Cadillac con Rowan Billiet y el Coronel? ¿Me había *tocado* alguna vez cualquiera de los dos?

Ponían un énfasis especial en esa palabra, *tocado*. Para que supiera que significaba más de lo que parecía significar y que tenía que pensarme con mucho cuidado mi respuesta a una pregunta así.

No, les digo.

Niego con la cabeza para que no haya confusión posible: No.

De hecho, yo nunca había llegado a ver al Coronel. Cuando Rowan Billiet lo conoció, se había olvidado de mí y se había olvidado de mi madre, que era su (media) prima; ya no tenía tiempo para ninguna de las dos.

Y tampoco había visto nunca el reluciente Cadillac Seville negro. Así que me sorprende que, por lo visto, sea capaz de recordar con claridad ese precioso coche.

Cierro los ojos y ahí está, con Rowan Billiet sentado muy tieso con su camisa blanca, su pajarita y sus gafas de sol de aviador y sonriéndome como si me disparara una flecha al corazón.

¡Jilly! Asegúrate de que esa puta puerta quede bien cerrada.

*¿Adónde te llevaba Rowan Billiet con su coche?*

*¿Qué clase de cosas te decía Rowan Billiet?*

*¿Te hacía regalos Rowan Billiet? ¿O dinero?*

*¿Te enseñaba imágenes Rowan Billiet? ¿Fotografías?*

*¿Te enseñó Rowan Billiet alguno de sus cuchillos?*

*Desmembrado* era una palabra que no habíamos oído nunca. Esa palabra no se le decía a ningún niño.

¿Qué edad tenía la primera vez que oí la palabra *desmembrado*? Tuvo

que ser después del día en que vino mi padre y se me llevó de la escuela. Pero cuando intento recordarlo es como una pizarra que se haya borrado.

Estás a punto de descifrar las palabras o las cifras bajo los manchones del borrador. Lo intentas una y otra vez hasta que te lloran los ojos por el esfuerzo, pero finalmente no puedes hacerlo.

Me recoge con su Chevy azul cielo en la parada de los autobuses Greyhound de Ferry Street, en Strykersville, una tarde lluviosa en la que ha cambiado el tiempo. Es la víspera de Halloween, que ese año caerá en viernes.

A las cinco y cuarto de la tarde ya está casi oscuro. Pesadas nubes de lluvia del color de un moretón han estado amontonándose en el cielo durante todo el día. Le he dicho a mi madre que después del colegio me quedo al entrenamiento de baloncesto, y que cogeré el siguiente autobús (el de las seis) para volver a casa.

Ahora soy algo mayor, estoy en primero de secundaria en la escuela para chicos de doce a catorce años de Strykersville. No me acuerdo de cómo lo organizamos, pero en el otoño de este año pasa a menudo: Rowan Billiet me recoge en la parada de autobús y me lleva a las afueras de la ciudad cuando me he quedado para alguna actividad extraescolar (eso cree mi madre).

Justo al salir de la ciudad hay un Dairy Queen en el que te atienden en el coche y en el que Rowan pide batidos, helados con fruta y cucuruchos. Y más allá, en la Nacional 31, hay una taberna que se llama The Pines y que huele a cerveza, tabaco y galletas saladas rancias, y también a algo ligeramente agrio y húmedo.

Es como entrar en una cueva. Desde el aparcamiento de gravilla hasta el interior de la taberna, donde Rowan Billiet le dice al camarero: «¡Hola! Una Bud para mí y una Coca-Cola para mi sobrinita».

A Rowan le encanta vaciarse los bolsillos sobre la barra. Entre tintineos, su calderilla se mezcla con las llaves del coche.

Lo bueno de eso es que Rowan me da monedas para la máquina de discos.

Pero hoy Rowan no se ha parado en el Dairy Queen ni en The Pines. Ni ha parado a tomar una copa en el Iroquois Grill & Bolera, cuyo propietario es un viejo amigo (según Rowan) de su padre.

Lo que ha hecho ha sido seguir conduciendo hasta cruzar el límite entre el condado de Beechum y el de Monroe a través de un paraje montañoso, con

las praderas y los campos ahora cuarteados y resecos con los rastros del maíz.

Toma el desvío hacia el centro comercial de Monroe. Lo han abierto hace poco y tiene más tiendas de las que uno podría imaginar y un aparcamiento del tamaño de un campo de fútbol.

Rowan conduce ahora despacio. Y mientras conduce, me habla. Y mientras me habla, tamborilea con los dedos en el volante con un ritmo entrecortado. No sé exactamente qué me está diciendo, pero me gusta mucho que me llame Jilly, que es un nombre por el que nadie más me llama.

Niños pequeños con máscaras y disfraces son escoltados por sus madres hacia la entrada del centro comercial. Esta noche debe de haber una fiesta de Halloween.

Es la Noche del Diablo, cuando los adolescentes sin supervisión pueden cometer travesuras serias.

Rowan frena y el coche da pequeñas sacudidas como hipos. Avanza a menos de diez kilómetros por hora a través del aparcamiento casi vacío. En un gesto de educación, apaga las luces y deja sólo las de posición.

No todos los niños disfrazados van con adultos, por lo visto. Algunos parecen ir acompañados por niños mayores, hermanas o hermanos que los llevan de la mano.

Rowan detiene el coche por completo. Tiene una sorpresa para mí, que saca de la guantera: un antifaz de satén negro para que me lo ponga en la cara. Y Rowan tiene uno igual para él.

¡Póntelo, Jilly!

La goma se me engancha en el pelo cuando me ajusto el antifaz en la cara. Los agujeros para los ojos no acaban de encajar bien. La tela de satén es más rígida de lo que parecía.

Pero me gusta ese antifaz, me gusta llevarlo, y miro mi reflejo en el espejo retrovisor, que Rowan ha girado para que me vea.

Muy sexy, ¿eh, Jilly?

El antifaz de satén negro de Rowan lo hace parecer el Demonio en un dibujo animado. Se muerde el labio inferior con una sonrisita húmeda y maliciosa.

Vuelve a circular por el aparcamiento, despacio. Rowan lo llama *rastrear*.

Como se rastrean los peces, si eres pescador.

Pero es una imagen muy fea, la de un pez que ha mordido el anzuelo. Cuando el pescador saca del agua de un tirón al pez que se agita y le arranca el anzuelo de la boca llena de sangre.

Los ojos del pez se vuelven saltones y las agallas se abren y cierran en su desesperación por respirar.

Cae una llovizna helada. Resulta decepcionante en la víspera de Halloween.

Rowan dice: Mira, Jilly.

Son dos chicas de mi edad. Pero no las conozco. El centro comercial está a kilómetros de Strykersville y en otro distrito escolar.

Las chicas sólo van mínimamente vestidas para Halloween. La más gordita de las dos lleva un chal de crepé negro con el dibujo de una telaraña sobre unos pantalones negros y sedosos que parecen de pijama. La otra lleva un atuendo glamuroso y barato, que incluye una boa de «piel de zorro», y un maquillaje exagerado. Ambas niñas llevan brillantes lentejuelas en el pelo y zapatos de tacón alto que las hacen caminar con torpeza, y pintalabios rojo vivo que les da un resplandor poco natural a sus bocas.

No son muy guapas, estoy pensando yo. Me pregunto por qué no llevan antifaces.

Rowan silba entre dientes y siento una punzada de celos. ¿Qué tienen de especial esas dos?

Rowan me da un codazo. Pregúntales si quieren que las llevemos.

¿Porque está lloviendo? Pero si llueve muy poco...

¡Jilly! Te he dicho que se lo preguntes.

No me parece bien. Digo que no con la cabeza.

Sólo tienes que asomarte por la ventanilla. Y preguntarles si quieren que las llevemos. Diles que tu padre las llevará a donde quieran ir...

*Tu padre.* Esas palabras de labios de Rowan me resultan excitantes.

Pero me da miedo hacer esto. O me resisto a hacerlo, porque estoy pensando: «Esto no está bien. No».

Y sin embargo, creo que odio a esas chicas. Son mayores que yo, probablemente tendrán catorce o quince. Son más maduras que yo y Rowan las encuentra sexys, estoy segura.

Siento una punzada de rabia hacia esas chicas. Justo cuando Rowan está a punto de alejarse, bajo la ventanilla y las llamo con una voz alegre y ronca: ¡Hola! ¿Queréis que os llevemos?

Las chicas se vuelven para mirarme. Y al Chevy azul cielo y a Rowan Billiet al volante y con la cara medio oculta por el antifaz de satén negro.

Me da miedo, y me excita, imaginar qué estarán viendo esas chicas cuando nos miran. Cuando me miran a mí, con mi antifaz de satén negro.

¡Está lloviendo! ¡Subid! Mi padre os llevará a donde queráis...

Me tiembla la voz. Incluso con el antifaz, las chicas pueden ver algo en mi cara, algo que las hace negar con la cabeza y sonreír con nerviosismo. ¡No, gracias!

¿Seguro? No supone ningún problema, exclama Rowan por encima de mi cabeza.

Su voz suena simpática. La voz de un papá simpático.

Pero las chicas están seguras de que no quieren subirse al Chevy azul cielo que conduce el hombre sonriente del antifaz de satén negro.

Sus labios pintados de rojo no sonríen. Se apresuran a darse la vuelta y alejarse con sus zapatos de tacón alto.

Rowan me insulta en susurros. Me dice cosas terribles, que no puedo creer que estoy oyendo.

¡La has cagado! ¡Enana repugnante y estúpida! Las has asustado.

Rowan conduce con brusquedad el Chevy azul cielo a través del aparcamiento. Está tan enfadado que ni parece saber lo que hace.

Luego, en silencio, toma una carretera adyacente con profundas zanjas de canalización a ambos lados.

Para entonces ya me he quitado el antifaz de satén negro. Se me ha caído de entre los dedos y al suelo.

Estoy llorando, y es verdad, sé que mi cara es fea cuando lloro.

Por todos los santos, óyete.

Asqueado, Rowan frena en seco y detiene el coche.

Bueno, vale, dice. Fuera.

Rowan también se ha quitado el antifaz y lo ha dejado caer al suelo a sus pies. Se inclina sobre mí, abre la puerta de mi lado y me empuja fuera del coche con tanta brusquedad y de forma tan inesperada que no soy capaz de comprender qué está pasando.

Me llevo una enorme sorpresa al verme de rodillas en el arcén. Me esfuerzo por ponerme en pie mientras Rowan se aleja.

¡Los pilotos rojos del coche de Rowan se pierden de vista en el crepúsculo!

Los ojos se me llenan de lágrimas, tanto de asombro como de dolor.

No puedo creerlo. Rowan nunca me abandonaría aquí, ¿no? ¿No es el primo de mi madre, su medio primo? ¿Acaso no es pariente mío?

La carretera es una especie de vía de servicio que discurre por detrás del centro comercial y no parece que haya tráfico en ella. Los pilotos rojos del coche de Rowan perdiéndose en la distancia son las únicas luces que voy a ver.

El cielo es de un horrible color amoratado y está atiborrado de nubes de lluvia. En unos minutos estará muy oscuro.

Estoy llorando sin poder contenerme. En esta carretera desolada bajo la lluvia gélida no hay nadie que pueda oírme.

Me pregunto, presa del pánico, cómo voy a volver a casa. Cuántos kilómetros habrá hasta Cattaraugus Creek Road. Pensamientos confusos y desesperados me pasan por la cabeza a toda pastilla: si consiguiera encontrar el camino de vuelta al centro comercial..., si me atreviera a hacer autostop en la carretera nacional...

Pero nunca voy a hacer eso, lo sé. Soy demasiado tímida. Me asusta demasiado la idea de lo que pueda ocurrirme si hago dedo en esa carretera llena de camiones de fuera del estado.

¡Lo siento mucho! Quisiera suplicarle a Rowan que me perdonara. Quisiera prometerle que jamás volveré a cometer un error así, si estuviera dispuesto a perdonarme.

*La has cagado. Enana fea y estúpida. No mereces vivir.*

La voz burlona de Rowan me resuena en los oídos. Jamás olvidaré esa voz burlona.

Deseo desesperadamente volver a gustarle. Que se ría de mí, que me haga bromas. Que me agarre la muñeca con el índice y el pulgar y me diga que soy una niña lista.

Haría cualquier cosa por Rowan Billiet. Vuelvo a pensar en las chicas del aparcamiento del centro comercial, con sus bocas pintadas y brillantes, y en cómo han escapado de Rowan porque yo no he sido lo bastante astuta para impedirselo.

¡La próxima vez! La próxima vez lo haré mejor.

Y así, para cuando Rowan regresa a rescatarme, estoy dispuesta a suplicarle que me perdone.

Unos faros relucientes surgen de la oscuridad y se agrandan más y más



hasta resultar cegadores. Si no es Rowan Billiet, será un extraño que viene a asesinarme...

Estoy agachada, temblando, bajo un árbol cerca de la zanja de canalización, que ya empieza a llenarse de agua.

Es Rowan quien abre la puerta del acompañante del Chevy azul cielo.

Quien dice, asqueado: ¡Tú! Joder.

Como si el mero hecho de verme le produjera repugnancia.

Rowan ya no parece ahora tan guapo con la cara crispada por el asco. El blanco de sus ojos asoma sobre el iris, como si tuviera verdaderos deseos de gritarme y se estuviera conteniendo. Con voz fría e inexpresiva, me dice: ¿Sabes qué, Jilly? Si te ahogaras aquí mismo, nadie se enteraría nunca. Y a nadie le importaría una puta mierda.

Pero al verme en un estado tan lamentable, tan mojada, llena de barro y avergonzada como un perro apaleado, Rowan se inclina para cogerme de la muñeca y subirme al coche.

Sin reparar en el daño que me hace en la muñeca, sin preocuparse de lo rudo que es.

Le digo con tono suplicante: La próxima vez lo haré mejor, Rowan.

Pero Rowan suelta un bufido de desprecio. Aprieta a fondo el acelerador sin dignarse a volver a mirarme y pone la radio muy alta, de modo que durante el resto del trayecto hasta casa sólo se oye una atronadora música rock.

### III

Perdóname, Rowan. ¡Lo siento muchísimo!

Dame otra oportunidad, por favor...

Pero Rowan Billiet no viene a recogerme a la escuela nunca más.

Rowan Billiet no vuelve a aparecer por casa, en una de sus ocasionales escapadas al campo, para comprobar si estoy.

No puedo preguntarle a mi madre: ¿Has sabido algo de Rowan? ¿Tienes noticias tuyas?, porque eso la haría abrigar sospechas.

Me encaramo al tejado del viejo granero de mi abuelo. Desde ahí alcanzo a ver, al otro lado del prado, la carretera del riachuelo y más allá.

En los días soleados, el tejado de chapa se calienta con rapidez. Al principio, la sensación bajo mis piernas y mis nalgas es agradable, pero luego el calor se vuelve excesivo, doloroso.

*Te mereces cualquier clase de dolor, enana fea y estúpida.*

Me avergüenza terriblemente recordar cuánta repugnancia siente por mí Rowan Billiet. Es muy triste pensar que me haya olvidado. Tengo celos de que haya encontrado otra primita a la que llevar por ahí en su Chevy azul cielo. (En nuestra familia hay varias primas desperdigadas por el condado de Beechum.)

En el tejado, me parece natural pensar en esas cosas. Si tuviera la clase de orgullo que hace falta, me suicidaría. Encontraría la manera de poner fin a mi vida. Le demostraría a Rowan Billiet cuánto lo siento, hasta qué punto estoy avergonzada. Le demostraría a Rowan Billiet que yo también me doy asco.

Y entonces, Rowan Billiet me echaría de menos, y se arrepentiría de haberme dicho esas cosas tan terribles.

¡Jilly! No hablaba en serio, por Dios. Tú sabes que no.

Sabes que me importas. Vamos, sube.

Y esta vez, haz lo que te diga. Exactamente.

Pero Rowan Billiet nunca volvería.

Al cabo de dos años, cuando tengo catorce y soy una alumna de matrícula de honor de segundo curso en el instituto de Strykersville, Rowan Billiet está muerto y el Chevy azul cielo es sólo un vehículo más, sin ruedas y con muchas piezas robadas, en el depósito de chatarra de mi tío Mason Cutter en Cattaraugus Creek Road.

He aquí lo que sé sobre Rowan Billiet.

Lo he ido reuniendo todo como en un rompecabezas al que le faltan algunas piezas y otras no encajan del todo bien pero se han colocado a la fuerza, de modo que la «imagen» general no acaba de estar en su sitio si la miras muy de cerca.

No obstante, es una imagen que tiene sentido. Se puede reconocer cómo se supone que debería ser.

Rowan era hijo de una mujer del condado de Beechum que murió a los treinta y un años, cuando él tenía dos. En el momento de su muerte, la mujer estaba separada de su marido, como también lo estaba en el momento del

nacimiento de Rowan. Según cuentan, el marido, que era Simon, el hermano (hermanastro) mayor de mi madre, no era el padre de Rowan. Al parecer, el padre de Rowan había sido (o eso se creía) un hombre apellidado Billiet del que se sabía bien poco.

Lo que sí se sabía era que la madre de Rowan decía de él que era *el hijo de puta más guapo que había visto jamás*.

En aquella época, a principios de la década de 1950, era deshonoroso que una mujer tuviera un bebé sin estar casada con el padre del crío. Los nacimientos «ilegítimos» eran objeto de vergüenza y desaprobación máximas, de modo que no se hablaba con claridad ni franqueza de tales situaciones a los niños, ni siquiera a los adolescentes; eran unos tiempos en los que al cáncer de mama, de útero o de cérvix se los tildaba de «deshonras» maternas, y todos los problemas médicos que tuvieran que ver con los órganos reproductores de la mujer se designaban con cierto desagrado como «problemas femeninos».

Y todo eso daba pie a frecuentes malentendidos. Y esos malentendidos rara vez se corregían porque nosotros (que en esa época éramos críos o adolescentes) no teníamos forma de saber que habían sido malentendidos.

Del tal Billiet, de quien se creía que era el padre de Rowan, se sabían dos cosas: que no había nadie más con ese apellido en el condado de Beechum; y que el hombre que llevaba ese apellido desapareció varios meses antes de que Rowan naciera.

A mi padre no le gustaba que la gente le preguntara a mi madre por Rowan Billiet, pero le gustaba aún menos que mi madre hablara de Rowan Billiet. A mí se me hacía extraño que a mi padre le desagradara tanto Rowan Billiet que sólo pudiera hablar de él en términos sarcásticos y despectivos: *Ese mariquita*. A mi padre lo sacaría de quicio enterarse de que ciertas personas que no conocían mucho a nuestra familia creyeran que Rowan Billiet guardaba un parentesco con él.

Habían pasado muchos años desde la muerte de Rowan Billiet, pero había gente que aún cometía ese error, cuando deberían saber que no era así.

*Ese tío tuyo..., ¿cómo se llamaba? ¿Billyet?*

*Era el hermano de tu padre, ¿no? ¿O qué era?*

¡Qué exasperante resultaba! No es nada fácil corregir un malentendido en los recuerdos de un individuo. Lo que equivale a decir en el cerebro humano.

Una vez que un recuerdo se ha alojado en un cerebro, aunque el recuerdo en cuestión sea incorrecto y se haya desmentido muchas veces, persistirá como una mancha indeleble.

Hasta la muerte de ese cerebro, claro está.

Le estoy rogando a mi madre. Suplicándole.

¡Cuánto me apetece ir al pícnic de bomberos voluntarios en Ransomville!

Porque me he enterado de que será Rowan Billiet quien estará a cargo del bingo. Rowan, con una camisa blanca y pajarita a topos. Con el pelo rubio arena peinado hacia atrás. Hablando por el micrófono con su voz melosa de locutor de radio. *Damas y caballeros, creo que... ¡Sí! ¡Creo que tenemos un cartón ganador!*

No he visto a Rowan en mucho tiempo y ésta es mi única oportunidad, y empiezo a desesperarme...

Mi madre está perpleja. ¿Por qué quiero ir hasta Ransomville, al pícnic de los bomberos, en bicicleta? Suelo odiar esa clase de pícnicos, que son sobre todo para gente con críos pequeños que piden a gritos que los suban a un tiiovivo improvisado, a una noria enana y a ponis gordos que espantan a las moscas con la apetosa cola. Hay «juegos de habilidades», como el de lanzar una pelota de béisbol contra algún estúpido blanco, y hay una carpa «del caldo de pollo», y luego está la carpa más grande de todas, la carpa «de la cerveza», donde se amontonan los hombres como mi padre para beber, charlar y reírse a carcajadas con las caras coloradas. Desde que tenía diez años siempre me he negado a asistir a esa clase de pícnicos con mi familia.

Pero también está la carpa del bingo. Ahí hay sobre todo mujeres, y niñas, y parejas mayores. Y está Rowan Billiet con el micrófono.

Pero hoy mi madre tiene trabajo para mí. Tareas de la granja que he ido postergando.

Vuelvo a rogarle: Por favor, mamá.

Sólo un par de horitas. Por favor.

Alego, razonablemente, que nadie tendrá que llevarme a Ransomville. No espero que mi madre coja el coche y me lleve. Está a una distancia de sólo seis o siete kilómetros, puedo ir en bicicleta por el camino del riachuelo.

Con vocecita quejumbrosa, le digo a mi madre que van a ir todas mis amigas. Mi amiga Dina, que vive en Ransomville...

Mi madre se queda mirándome. «Mi amiga Dina» es una niña a la que apenas conozco, dos años más pequeña que yo. A veces vamos juntas en el autocar del colegio, sólo por no ir con los demás. ¡No es lo que se dice una amiga íntima!

Y tampoco es propio de mí que dé rienda suelta a mis emociones. Mi madre empieza a sospechar.

Pensaba que odiabas esos pícnicos, siempre andas quejándote si te obligan a ir. ¿Qué está pasando, Jill?

No está pasando nada. Sólo quiero ir a ese pícnico, nada más.

¿Por qué es tan importante ese pícnico?

Los ojos se me llenan de lágrimas. ¡De repente estoy enfadadísima!

Es evidente que, en opinión de mi madre, nada en mi vida puede ser «tan importante».

Siento cómo me ruborizo, de vergüenza. Me da miedo que mi madre se dé cuenta: «Es a Rowan Billiet a quien quiere ver».

Y me da miedo que mi madre se lo diga a mi padre. Que se rían juntos. Que mi madre se ría pero mi padre no. Que mi padre dé rienda suelta a toda su indignación.

*¡Billiet! Ese mariquita.*

*Confío de verdad en que no aparezca merodeando por aquí. Si quieres verlo, queda con él en la ciudad, por el amor de Dios..., si ese gilipollas significa tanto para ti, Jill.*

Salgo corriendo a esconderme. Voy hasta el granero y me cuelo por la ventana de atrás para subir y salir al tejado. Jadeando y lloriqueando. ¡Os odio, os odio!

Ojalá mi madre estuviera muerta. Ojalá Rowan Billiet viniera a casa y la asesinara.

Estoy en el tejado, con la piel desnuda contra la chapa caliente. En la distancia, las tierras de cultivo se extienden sin fin. El horizonte se ve brumoso, como si se estuviera fundiendo. No me alcanza la vista hasta Ransomville, ni siquiera veo el riachuelo de Cattaraugus Creek.

Ni siquiera sé con certeza si Rowan Billiet está realmente a cargo de la carpa del bingo este año. No sé si lo he oído decir en algún sitio, si lo he leído en el periódico o me lo he inventado.

Al cabo de mucho rato, oigo a mi madre que me llama desde el otro lado del granero. ¿Jill? ¿Jill?

Me pregunto si se arrepiente de haber sido tan mezquina. Me pregunto si se da cuenta de cuánto la odio la odio la odio y de que desearía que se muriera.

Para entonces ya es demasiado tarde. Son casi las seis de la tarde. Ha esperado demasiado, por supuesto. Es mala, y me odia. Ya no me da tiempo a ir en bicicleta hasta Ransomville (y volver). Aunque mi madre se ofreciera a llevarme, ya es demasiado tarde.

Y es muy cierto lo que mi madre me ha dado a entender: que nada en mi absurda y triste vida es «tan importante».

Hay preguntas que nunca me hacen porque el personal de los servicios sociales del condado de Beechum que me interroga carece de la suficiente información.

Por ejemplo: no saben nada sobre las chicas en el centro comercial, la víspera de Halloween.

No saben que Rowan Billiet me sacó a empujones de su coche en la desolada carretera llena de zanjas de canalización tras el centro comercial.

Por lo tanto, no se les antoja preguntarme por qué no se me ocurrió pensar en Rowan Billiet cuando llegó la noticia, en agosto de 1962, de la desaparición de una niña de once años de Port Alistair, veinte kilómetros al norte de Strykersville.

Cuando llegó la noticia, en abril de 1963, de la desaparición de una niña de trece años de Tintern Falls, trece kilómetros al este de Strykersville.

Cuando llegó la noticia, unas semanas después, de *los restos que se habían descubierto en una tumba poco profunda...*

¿Por qué no se lo conté a nadie? A mi madre, al menos.

¿Por qué no sospeché?

¿O sí sospeché?

Y si lo hice, ¿por qué me quedé callada?

Podría decir: «Porque tenía miedo de Rowan Billiet».

Podría decir: «Porque Rowan Billiet me amenazó».

Parte de eso es cierto: tenía miedo de Rowan Billiet.

Pero no es cierto, me parece, que Rowan Billiet me amenazara.

De hecho, es muy probable que Rowan Billiet nunca hubiera llegado a hacerme daño.

¿Y por qué? Pues porque a Rowan Billiet le gustaba ir diciendo que era mi tío, y a veces mi padre.

Incluso cuando Rowan se ponía furioso conmigo, incluso cuando le producía repugnancia, seguía *teniéndome cariño*.

Sé que era así. Y es un recuerdo (secreto) que atesoro.

En los periódicos y en la televisión describieron a Rowan Billiet como «un hombre de veintisiete años vecino de Strykersville».

A mí se me hizo extraño que a Rowan Billiet lo consideraran «un hombre», y que tuviera una edad real, «veintisiete años».

Rowan Billiet parecía ajeno al tiempo, sin edad. Para algunos que lo conocimos, ni siquiera pareció nunca tan viejo.

Cuando tienes trece años, o incluso catorce o quince, tener veintisiete es ser viejo.

Casi deseamos creer que era un error. Mis amigas que habían visto a Rowan Billiet pensaban que era *guapo de verdad, tanto como Elvis*.

Si nos lo hubieran preguntado, habríamos dicho que tenía..., ¿cuántos? Pues unos veintiuno, quizá.

Otro error: Rowan Billiet no vivía exactamente en Strykersville. Se sabía que vivía en lugares distintos del condado de Beechum y que nunca pasaba mucho tiempo en un sitio. En cierto momento (recordaba mi madre) con gente «hippie» en Canal Road, en una vieja granja medio en ruinas. (Mi madre no lo aprobaba.) En otro, con unos parientes en los Rápidos, y más tarde, durante los últimos meses de su vida, con el hombre mayor que él (que sí vivía en Strykersville, en una de las grandes casas de ladrillo de Ridge Avenue) a quien llamaban *el Coronel* (pronunciación errónea de su nombre, *Cornel*).

En la casa de Cornel Steadman en Ridge Avenue, en la habitación que había sido la de Rowan Billiet, se descubriría un «alijo» de pruebas incriminatorias: prendas de ropa pertenecientes a las niñas asesinadas y desmembradas, docenas de instantáneas tomadas con la cámara Kodak de Rowan Billiet y pulcramente pegadas en un álbum de fotos.

La policía confiscaría esas fotografías como pruebas que contribuirían a incriminar a Rowan Billiet póstumamente.

*Póstumamente* quiere decir que, a esas alturas, el propio Rowan Billiet estaba muerto, asesinado y «desmembrado».

(Aunque hubo quienes creyeron que fue Cornel Steadman quien dejó las fotos incriminatorias en la habitación de Rowan después de haberlo asesinado.)

(Por qué iba Cornel Steadman a asesinar y desmembrar a Rowan Billiet no quedaba muy claro. Una teoría era que Steadman tenía celos de Rowan, que había amenazado con abandonarlo.)

La policía utilizó esas fotografías para determinar que a la chica de trece años de Tintern Falls que llevaba ocho meses desaparecida la habían enterrado en las montañas de Chautauqua, donde predomina cierta especie de fresno, y eso condujo al descubrimiento allí de sus (desmembrados) restos.

Todas las posesiones de Rowan Billiet fueron confiscadas. Y todas las de Cornel Steadman. De hecho, la casa entera de Cornel Steadman se declaró *escena del crimen*.

Un tiempo después, la casa fue vendida en subasta. Un banco de Strykersville, donde una de las más antiguas e íntimas amigas del instituto de mi madre trabajaba de cajera, había *ejecutado* la hipoteca.

Hoy en día aún se puede pasar por delante de esa casa, en el 838 de Ridge Avenue.

En el antiguo edificio de ladrillo de tres plantas y con un empinado tejado de pizarra vive ahora alguien, pero da la sensación de que no estén a menudo en casa. Las cortinas están echadas en las ventanas de arriba y de abajo. El jardín se ve abandonado. En la entrada se acumulan periódicos y folletos de propaganda. Uno de los grandes y viejos olmos del patio fue arrasado por un temporal y se partió en dos.

Mi madre se niega a pasar por delante de la casa; dice estremeciéndose que es una casa encantada. Mi padre ha dicho con tono indignado: «Alguien debería quemar ese sitio hasta los cimientos».

## IV

He aquí lo que sé, lo que me han contado. O lo que he oído sin que me lo contaran.

Rowan Billiet y Cornel Steadman, el Coronel, se habían conocido en Port Oriskany, en el Niagara Inn.



El Coronel tendría cuarenta y nueve años en el momento de su arresto por parte de la policía del condado de Beechum. En las fotografías tenía aspecto severo, con la coronilla completamente calva y el cabello oscuro, que parecía teñido, cubriéndole las orejas, y cejas pobladas y labios carnosos. El Coronel parecía alguien a quien has visto en la televisión; tenía ese tipo de rostro.

Durante unos ocho meses, Rowan Billiet fue el *chófer* del Coronel.

Rowan Billiet vivía en la casa del Coronel en Ridge Avenue, que éste había comprado para poder marcharse de Port Oriskany, donde se quejaba de tener enemigos.

Los dos hombres empezaron a viajar juntos. A hacer «escapadas juntos».

En el reluciente Cadillac Seville negro que conducía Rowan Billiet.

Esas «escapadas de un día» las hacían a otras regiones del estado de Nueva York, como las montañas de Chautauqua o las Adirondack, o viajaban también a otros estados, como Pensilvania, Ohio e incluso Ontario (en Canadá).

(¿Dónde estaba para entonces el Chevy azul cielo? Pues abandonado en el garaje de tres plazas en casa del Coronel, donde lo encontraría la policía. De algún modo, el Chevy estaba ahora abollado, con los cromados oxidados y el asiento trasero mucho más manchado. En el fondo del maletero había huellas de sangre y montones de pelos. Y el chasis no era tan azul cielo como lo recordábamos.)

Los dos hombres habían estado en Vegas varias veces. Para ellos era «Vegas», no «Las Vegas».

El Coronel se refería a sí mismo con orgullo como «un jugador profesional de póquer». Rowan Billiet prefería el black-jack y alardeaba de que en varios casinos le habían pedido que se fuera porque había «llegado a entender» el funcionamiento del juego.

Cuando los dos hombres iban a Vegas, volaban en clase preferente y dejaban atrás el Cadillac.

En Vegas, alquilaban un vehículo. Según el Coronel, era crucial tener siempre un vehículo *a tu disposición*.

Tras el descubrimiento de los restos de Rowan Billiet, los coches alquilados en Vegas por Cornel Steadman se inspeccionarían a fondo. Se comprobaría el kilometraje de los vehículos y se examinarían los recibos de

la tarjeta de crédito.

Había un caso de secuestro sin resolver de un niño de diez años, de febrero de 1962, en Carson City, Nevada. Era la época en que Rowan Billiet y Cornel Steadman se habían alojado (en una suite) en el hotel y casino Mandalay Bay; Cornel Steadman había alquilado un coche durante seis días. El niño había desaparecido del jardín trasero de su casa en una zona residencial, a tres kilómetros del centro de Vegas, y no se lo había vuelto a ver. Su secuestrador o secuestradores no habían pedido rescate. Aunque los investigadores habían peinado a pie gran parte del condado de Ormsby, en Nevada, nunca se había encontrado ni rastro del crío.

Si trato de recordar la última vez que vi a Rowan Billiet, una nube me llena el cerebro. No quiero pensar que fue cuando Rowan me sacó a empellones de su coche y me llamó *enana fea y estúpida*, sino que trato de recordar una ocasión anterior en que me sonrió y me rodeó la muñeca con el índice y el pulgar y me felicitó por ser *una niñita lista de cojones*.

Mi madre dice que no consigue recordar cuándo vio a su (medio) primo por última vez. Cierra los ojos como si estuviese mareada y se lleva el dorso de la mano a la frente.

Oh, maldito Rowan. Nunca fuiste alguien de fiar.

Un día, en la escuela, llegó un mensaje para mí. Nunca olvidaré aquella clase de geometría, la cuarta del día, y cómo llamaron a la puerta y me indicaron que cogiera mis libros y bajara al despacho del director. Y cómo todos se me quedaron mirando, incluida la profesora. El corazón me latía con tanta fuerza contra las costillas que apenas podía mover las piernas. Y abajo, mi padre me esperaba con la misma expresión en la cara que si le hubieran golpeado la cabeza con un mazo. Y era algo terrible que mi padre no estuviera en su trabajo en la fábrica de la General Motors, así que supe que se había muerto alguien y me asusté muchísimo.

¡Jill! Venga, vamos.

Mi padre se limitó a cogerme del brazo y tirar de mí. El director trataba de hablar con él, o había estado hablando con él hasta entonces, pero en cuanto mi padre me vio, me agarró y me hizo salir consigo del edificio como si ni siquiera oyera al director y se hubiese olvidado por completo de él.

Era propio de mi padre mostrarse grosero en ocasiones. Pero no era propio de él ser grosero con otro hombre, en especial con un hombre que llevaba traje, camisa blanca, corbata y gafas.

En el coche, yo temblaba terriblemente. No podía hablar. Porque sabía

que mi madre había muerto, y que era culpa mía por haber deseado que se muriera. Saber eso me angustiaba. Ni siquiera le pregunté a mi padre cómo había muerto mi madre, ni dónde estaba cuando murió. Ni adónde me llevaba él ahora.

Mi padre me estaba diciendo con voz baja, enojada y un poco sorprendida que más valía llevarme a casa de inmediato, antes de que las noticias se extendieran por toda la ciudad.

*Por toda la ciudad...* Era capaz de imaginarlo. Cerré los ojos y vi una bandada de pájaros negros que aleteaban por toda la ciudad.

Pero no era mi madre quien había muerto. No eran los restos de mi madre los que se habían encontrado en una cantera abandonada.

Así pues, supuso un gran alivio para mí no estar en la escuela el día en que la fotografía de Rowan Billiet apareció en primera plana del *Strykersville Journal*. Fue una impresión tremenda, pero también sentí alivio por no haber tenido que salir corriendo a esconderme en los lavabos de chicas.

Aun así, sería duro para mí enfrentarme a mis amigas más íntimas, que sabían que Rowan Billiet era pariente mío y alguien especial para mí.

Se supo que Rowan Billiet había estado «desaparecido» durante aproximadamente ocho semanas. (¿Me había enterado yo de eso? ¿Se había enterado mi madre? Llevábamos tanto tiempo sin ver a Rowan que daba la sensación de que aquella cosa terrible le hubiera ocurrido a un extraño.) El cuerpo lo habían descubierto unos excursionistas en una cantera de piedra caliza abandonada en Iron Forge, en las montañas de Chautauqua. El sitio se hallaba a unos ciento veinte kilómetros al suroeste de Strykersville.

El cuerpo había sido *desmembrado* con un hacha afilada o un cuchillo especial. Las partes se habían desparramado. Coyotes, zorros, posiblemente perros y buitres habían escarbado en la zona. Fue mi padre quien tuvo que llevar a cabo la identificación en el depósito de cadáveres del condado de Beechum, pues mi madre no habría podido hacerlo y otros parientes (por lo visto) eran demasiado viejos y débiles para eso, o estaban demasiado enojados o asqueados, y sencillamente se negaron en redondo. Así que, irónicamente, fue mi padre quien tuvo que identificar los restos de Rowan Billiet, quien tendría que insistir durante el resto de su vida en que Rowan Billiet no era familiar suyo y sólo guardaba «un parentesco remoto» con mi madre.

Mi padre no era un hombre blando, pero volvió a casa muy afectado y callado.

Hubo quienes le preguntaron a mi padre por qué había sido él quien había identificado los restos de Rowan Billiet cuando había otros que podrían haberlo hecho, o deberían haberlo hecho, y mi padre contestó con expresión afligida y encogiéndose de hombros: «¡Joder, y yo qué sé! Supongo que era lo mínimo que podía hacer, siendo como era el primo de Irene, o lo que fuese, joder».

Mi madre no le preguntó a mi padre qué había visto en el depósito de cadáveres del condado. Mi madre no preguntó, como hicieron otros, *quién sería capaz de hacer una cosa tan terrible y morbosa*, porque mi madre (como llegué gradualmente a comprender) no estaba tan sorprendida.

No he mencionado que mi madre tenía un bonito collar de turquesas que Rowan Billiet le había regalado más o menos un año antes de su muerte. Sólo eran cristales de color aguamarina montados en oro falso, pues probablemente (según decía mi madre) Rowan habría encontrado el collar en una taberna o en el suelo de algún sitio, se lo había metido en el bolsillo, y la primera persona con la que se había topado en la ciudad a la que podía darle un collar así fue mi madre.

Mi madre se rió, diciendo que era típico de su primo darle a alguien un «regalo» así sin reparar siquiera en que tenía pelos finos y largos enganchados entre las cuentas de cristal, pelos que debían de haber pertenecido a la propietaria.

(Pero ¿qué fue del collar de turquesas de Rowan Billiet? Cuando la policía llevó a cabo sus pesquisas, mi madre no lo mencionó. A mí me dijo más de una vez que aquel collar se había perdido, y era cierto, pues nunca volví a verlo.)

Todos los que conocían a mi padre dirían de él que nunca volvió a ser la misma persona tras la identificación de Rowan Billiet en el depósito de cadáveres del condado. Si un cuerpo se ha *desmembrado*, uno identifica tan sólo la cabeza, la cara. Pero ¿y si la cabeza no está sujeta a un torso? ¿A un cuello? Sorprendíamos a mi padre con la mirada clavada en un rincón de la habitación. Se había vuelto una persona trastornada. Rara vez reía, y su antiguo talante risueño y burlón se había esfumado. Se quedaba callado de pronto en plena conversación. Dejaba lo que fuera que había estado bebiendo, y uno comprendía en qué estaba pensando, qué estaba recordando.

Sólo que uno no lo había visto, así que en realidad no lo sabía.

*Desmembrado.*

Si dices esa palabra rápido y en voz alta, suena parecido a *rememorado*.

*Desmembrado* no era una palabra que nos hubiesen enseñado.

*Desmembrado* es una palabra que se te queda en la cabeza como un abrojo o una espina en la ropa.

En cuanto la policía llegó en su busca, el Coronel confesó. Condujo a los policías escaleras arriba hasta la habitación de Rowan Billiet y les dijo: «Todo está aquí. No se ha ocultado ni una sola cosa. Les estaba esperando, caballeros».

Habían matado juntos a las dos chicas, dijo el Coronel. Él y su chófer Rowan Billiet.

El Coronel sabía detalles que sólo había conocido la policía, que no se habían publicado en ningún periódico. Y aseguraba que había habido otras niñas y «un par de niños» a los que habían secuestrado, matado, desmembrado y enterrado en otros estados, incluido Nevada.

Y por qué habían hecho esas cosas tan terribles, le preguntaron al Coronel; y el Coronel respondió que no había sido idea suya sino de Rowan Billiet.

Verán, explicó, a Rowan le gustaba la emoción de cortar un cuerpo, de *despedazarlo*. Tal como hablaba de ello el Coronel, había estado totalmente a merced del hombre más joven que él.

Había tenido que matar a Rowan Billiet, se atribuyó el Coronel, para impedir que Rowan Billiet pudiera matar a más niños.

Era la única manera, insistió. Además, había tenido que matar a Rowan Billiet para impedir que Rowan Billiet lo matara a él.

¡Aquello causó sensación en el condado de Beechum!, y en todo el oeste del estado de Nueva York. La «confesión» del Coronel apareció en todos los periódicos y en la televisión.

Los parientes de Rowan protestaron: ¡Rowan no tenía forma de defenderse!

El asesinato de Rowan dejó a mi madre deshecha. Mi madre no creyó una palabra de la confesión del Coronel, excepto que había matado a Rowan a sangre fría. No creía que su (medio) primo Rowan hubiera matado nunca a nadie; ella conocía a Rowan y *no era de esos*.

Era ese hombre enfermo y terrible quien había asesinado y desmembrado a los niños y ahora mentía para incriminar al pobre Rowan, que era una de sus víctimas y no podía defenderse.

Cornel Steadman se declaró culpable de varias acusaciones de homicidio en primer grado y fue condenado a la pena de muerte en la silla eléctrica. Pero nunca lo ejecutaron, murió recientemente en la prisión de Attica de un ataque al corazón a los sesenta y dos años.

Es cierto que, cuando se acusa a un hombre muerto de crímenes terribles, no puede defenderse.

Entre las fotografías de la habitación de Rowan Billiet había una serie de instantáneas de una jovencita a la que se identificó como Jill Cotter. Algunas se habían tomado en el riachuelo aquel día, y otras en días distintos (que yo había olvidado).

Así pues, yo fui una de las personas «interrogadas» por las autoridades.

Sobre todo, lo que les dije fue: «No me acuerdo. Me gustaría poder ayudarles, pero no me acuerdo».

O les decía: «¡No lo sé! Déjenme en paz».

Al cabo de una semana más o menos, las preguntas cesaron. Durante ese periodo de mi vida, la ropa empezó a quedarme grande; mi madre se quedó horrorizada cuando perdí cuatro kilos. Ni ella ni mi padre me hicieron preguntas sobre Rowan Billiet. Las niñas del colegio sí me las hicieron, pero negué bruscamente con la cabeza, pues no tenía nada que decirles.

Se ha hecho el silencio en torno a mí, como agua densa y viscosa llenando una huella embarrada.

Anochece y el cielo está tumefacto como un ojo cerrado al que hayan cegado. Estoy en el tejado inclinado, y sólo levemente hundido, del viejo granero de mi abuelo, donde el calor de la chapa late contra mis piernas desnudas, contra mis muslos.

Éste es un sitio prohibido. Si me ve un adulto, sin duda me regañará con dureza: «Jill, ¡baja de ahí! Sabes que no está bien».

Es cierto, sé que no está bien. Ya no soy una niña pequeña.

Soy patilarga, desgarbada. Estoy en el último curso en el instituto de Strykersville. Tengo muchos amigos, pero en realidad, por supuesto, no tengo amigos. Se me considera una persona «ingeniosa», que «sabe expresarse». Soy una alumna de matrícula de honor, cómo no. A veces escribo sobre Rowan Billiet en hojas con renglones de un cuaderno, y luego arrugo las hojas sin leerlas y las tiro.

Rowan Billiet se sorprendería al verme ahora, es posible que ni me

reconociera.

Creo que ahora soy más guapa. Ya no soy tan fea, creo.

Ya no soy una visión tan fea.

El tejado del granero de mi abuelo, el lado que da a las tierras de cultivo, y no a la casa, es un lugar especial para mí.

La palabra adecuada es *refugio*. Una de esas palabras de adulto que contienen más significados de los que puedes simplemente decir.

Soy la única chica de mi edad que sigue encaramándose a este tejado que obviamente no es seguro. Las planchas de cinc están oxidadas y medio hundidas. Dentro del granero, cuando llueve, hay un entrecortado aguacero de gotas que caen como balas.

Para cuando llegamos a segundo de secundaria ya habíamos perdido interés en la chatarra de coches de mi tío.

Te olvidas. Deja de interesarte. Hay otras cosas que hacer.

Sientes desprecio por las cosas que hacías de niña, incluso las prohibidas, cuando tienes unos años más.

Él conduce su Chevy por Iron Road. Es de un azul cielo radiante y con embellecedores cromados que destellan como si fueran ojos que parpadean. Cuando haya recorrido unos kilómetros más, tomará el desvío de Cattaraugus Creek Road, que es nuestra calle, y dentro de unos minutos, haciendo visera con la mano sobre mis ojos, veré el coche azul avanzando deprisa en dirección a mí.

¡Jilly! ¿Cuándo es tu cumpleaños?

¿Qué te gustaría de regalo de cumpleaños, Jilly?

Es posible que tenga una sorpresa para ti.

## EL PASADIZO

*Por favor. Haces que nos sintamos incómodos.*

*Siempre estás vigilándonos, rondándonos como un fantasma...*

Aunque su marido había muerto siete años antes, la viuda seguía pasando con el coche ante la casa en la que habían vivido durante más de dos décadas.

¿Por qué? Sin motivo alguno.

(¿Para lastimar una cicatriz y que se convierta de nuevo en una herida abierta y palpitante? ¿Para lastimar su conciencia? ¿Por qué?)

Ahora tenía una nueva vida. Ya no pertenecía a aquella vieja vida.

Y él no podía saberlo. Había muerto, sus cenizas estaban enterradas en un cementerio como Dios manda. Todo eso había desaparecido en la vida nueva y segura que vivía ella sola.

Y aun así, unas veces pasaba ante la antigua casa a propósito, y otras se encontraba haciéndolo sin (casi) darse cuenta de adónde iba. Y entonces se llevaba una especie de sobresalto al percatarse de dónde estaba...

Muchas veces, mientras conducía, se decía: «Es posible que no, que hoy no». Y sin embargo, cuando se acercaba a un desvío crucial, era incapaz de seguir adelante, como si hacerlo fuera a significar una traición a su marido, a quien había querido muchísimo.

Y él a ella. Muchísimo.

De igual modo, sentía algo parecido cuando recorría con el coche la pequeña población donde estaban enterradas las cenizas de su marido, en el cementerio, tras una iglesia presbiteriana de ladrillo que databa de mediados del siglo xix.

*No podía detenerse en aquel cementerio. No podía.*

*Sólo nosotros dos, nadie más.*

Muchísimo.

Era consciente de hasta qué punto se equivocaba haciendo aquello, por



supuesto. No existía fuerza alguna que la impeliera a pasar ante su antigua casa, o a detenerse en el pueblo, que estaba perdiendo habitantes y quedando casi abandonado desde que habían abierto una carretera de circunvalación allí cerca.

La triste calle Mayor, con tiendas vacías. Letreros de en venta. Al pequeño cementerio le hacía falta una siega, pues en esa época del año era una maraña de dientes de león con sus vilanos.

La viuda aparca en el cementerio, visita la tumba de su marido. «Esto está sólo en mi cabeza. No es la mente de otros la que me impulsa a hacer estas cosas.»

Aun así, despeja la tumba de hojas secas y otros matojos. Endereza la maceta de barro que contiene la glicina (artificial) que había traído con anterioridad, con sus sarmientos nudosos y sus flores de color lavanda, y que tan sorprendentemente bien ha aguantado los meses de invierno. Casi da la sensación de que las flores sean de verdad.

*Un gesto nimio por tu parte, amada esposa. Pero gracias.*

La estaban observando, y no le gustaba.

Estaba segura de que lo hacían, los nuevos dueños de la casa. Por la frecuencia con la que ella pasaba por delante.

En momentos de mayor cordura pensaba que no, por supuesto que no. Los nuevos propietarios (a quienes había conocido y parecían gente agradable) habrían tenido que estar en pie ante las ventanas de la parte delantera de la casa y mirando hacia fuera en el instante en que ella pasaba. Habrían tenido que reconocer su coche.

Sin embargo, cuando se acerca a la casa nota que el corazón empieza a latirle más deprisa. Una sensación visceral de alerta, como la que se experimentaría al aproximarse al borde de un gran abismo. Vértigo, lo llaman. Una sensación de temor, y de anhelo al mismo tiempo. No te atreves a acercarte, pero algo te atrae para que lo hagas. Casi notas una palma abierta en los riñones, empujándote suavemente.

¡Ven! Acércate.

¡Eso es! Sabes exactamente qué debes hacer.

Los nuevos propietarios, en un gesto de compasión por su viudedad (suponía ella), le habían brindado la posibilidad que, siempre que le apeteciera, podía volver de visita a la casa. Le habían parecido muy simpáticos, muy amables, pero nunca había tenido deseos de volver a la casa

bajo ningún modo que tuviera que ver con ellos. Aunque sabía que no era cierto, no podía evitar pensar en ellos como en unos intrusos que le provocaban un sentimiento de hostilidad, y sabía que en el caso de su marido, que podía ser poco razonable, la hostilidad habría sido más amarga incluso.

Durante muchos años había hecho aquel trayecto en coche, de regreso a la casa en Linden Road, que se hallaba a ocho kilómetros de la pequeña universidad en las afueras donde daba clases de Literatura inglesa; y había enfilado con el coche la vía asfaltada de acceso a la casa, sintiendo emoción a medida que se acercaba; a menos que fuera aprensión, pues nunca sabía (del todo) de qué humor estaría su marido.

El marido estaba prácticamente siempre en casa. Pues el marido trabajaba de asesor en matemática aplicada, y tenía el despacho en la vivienda.

Ella no quería pensar que era «como un mecanismo de relojería», pues en nuestras vidas, tal como las viven nuestros cuerpos, no somos en absoluto un reloj; no nos sentimos como un mecanismo de relojería; cada segundo es nuevo para nosotros, caprichoso e inesperado, indefinido.

E inesperado fue aquel día que había vuelto a casa no desde la facultad sino desde la clínica. Con la noticia que los había dejado a ambos conmocionados.

A él más que a ella. Pues era él quien se había negado de forma más rotunda a que tuvieran un hijo.

En la familia de él, había perturbación mental. (Él lo llamaba así.) Ni trastorno mental, ni locura, ni psicosis: nada que pudiera diagnosticarse clínicamente o tratarse. Sencillamente, perturbación.

Ella, la esposa, una mujer joven por aquel entonces, había preferido no indagar demasiado. Veía el dolor en el rostro apuesto y enjuto de su marido. Veía que se sentía consternado, y angustiado.

Él se había comportado siempre con una suerte de vigorosa fortaleza, una obstinación física que no expresaba su escrupulosidad, su exigencia. Había sido un perfeccionista, y cuando estudiaba la carrera se había puesto el listón muy alto; por comentarios atribulados que había hecho, ella comprendió que había estado al borde de una crisis nerviosa, o quizá había llegado a sufrir una crisis nerviosa antes de conocerla a ella, y no quería arriesgarse a que volviera a sucederle algo parecido.

¿Qué se considera *viril*, *masculino*? Sentía compasión hacia su marido, para quien la imperfección era una forma de vergüenza. No le gustaba

entrometerse en su vida personal, que él consideraba «privada».

Aun así, ella había pensado que quizá el riesgo de *perturbación mental* no sería tan alto...

La reacción de él había sido casi violenta: No.

Nada de embarazos. Tienes que abortar. No podemos. No podemos correr el riesgo. ¿Y si ocurre? No.

Pero...

*No. Ya te lo he dicho.*

*No podemos correr ese riesgo.*

*Incluso si el niño es..., no es..., anormal. Incluso así...*

*Nuestras propias vidas deben ser prioritarias.*

*Lo que significamos cada uno para el otro.*

Ella había seguido sus instrucciones. O sus exigencias, más bien.

Pensando: «También es lo que yo deseo, por supuesto».

Emocionalmente hablando, el marido era el centro de su vida. Su propia carrera profesional no era un gran estímulo para ella: no sentía deseos de competir tenazmente, ni de destacar; era muy competente, digna de confianza y apreciada. En su pequeña universidad en las afueras, no costaba mucho ascender al grado más alto como docente y declinar (cuando le fue ofrecido, en más de una ocasión) formar parte de la administración. Su salario no era gran cosa, pero complementaba lo suficiente el de su marido para que disfrutaran de una seguridad financiera.

*Podemos permitirnos un hijo. Más de uno.*

Eso no lo dijo. No se arriesgó a exponerlo.

Fue (tal vez) una equivocación (pensaba ahora), cuando su marido murió, haberse mudado a un sitio que no quedaba lejos de la antigua casa. Había tenido que venderla, por supuesto. Poco después de su muerte, que había sido una muerte inesperada tras una breve y virulenta enfermedad, presa del dolor y el agotamiento, había visitado una serie de posibles sitios en que vivir cerca de la universidad, pero no acabó de encontrar nada que le pareciera adecuado, y se decidió por un piso en un bloque de apartamentos a apenas un kilómetro y medio de su vieja casa en Linden Road.

Y así, aproximándose a su antiguo hogar como lo hiciera durante tantos años, unas veces sola en su coche, y otras con su marido al volante (pues Jed siempre conducía cuando iba con él en el coche: nunca habría permitido que

condujera otro), no podía sobreponerse a la aprensión pese a que sabía, por supuesto, que la casa pertenecía ahora a unos extraños, y que (¡probablemente!) esos extraños no esperaban vigilantes ante sus ventanas a que ella pasara. Pero a medida que se acercaba, su corazón latía más deprisa: imaginaba que aparcaba como de costumbre delante del garaje, y que iba del coche al pequeño patio enlosado, y que abría la puerta, que estaba pintada de un intenso rojo rubí, y entraba. «¿Hola? Ya estoy en casa...»

A su marido no le gustaba que entrara en la casa sin anunciar su llegada, como había hecho a veces. Confiando en tener unos minutos para sí, un poco de tiempo a solas para recobrar el aliento (eso podría haber dicho), para dejar en la cocina unas cuantas provisiones que había comprado por el camino, antes de exclamar: «Hola, Jed. Soy yo».

A veces, si Jed estaba en casa y la había oído, acudía a saludarla; pero casi siempre iba ella a su despacho, una habitación grande y confortable al fondo de la casa, en el primer piso.

En una ocasión en que se canceló una reunión de última hora de la tarde y había vuelto a casa antes de la hora a la que Jed la esperaba, se encontró la puerta cerrada con llave. Todas las puertas.

Había probado a abrir la puerta principal: cerrada. Creyendo que sólo se trataba de un descuido, intentó abrir otra. Cerrada.

Y otra más: cerrada también.

Debería haber tenido llaves de la casa, por supuesto. ¿Por qué razón no tenía llaves?

Él estaba casi siempre en casa. En aquel momento veía su coche en el sendero de entrada. Había perdido la costumbre de llevarse las llaves, de modo que, tras unos instantes de vacilación, llamó a la puerta con los nudillos, sin hacer mucho ruido, no muy fuerte, porque no quería molestar a su marido si estaba concentrado en su trabajo, pero siguió sin haber respuesta ni (por lo que pudo comprobar) movimiento alguno en el interior.

Rodeó la casa, escudriñando a través de las ventanas. «Jed. ¿Jed?»

Tenía que estar arriba. Quizá había puesto música y llevaba los auriculares puestos.

(¿Por qué estaba tan nerviosa? Sentía un picor en las axilas y un hilillo de sudor se le deslizaba por un lado de la cara como una lágrima errante.)

(Pero él estaba solo, seguro. Nunca había traído a nadie a la casa en su ausencia. Estaba segura.)

—¿Jed? Soy yo...

Todas las puertas estaban cerradas. El orgullo le impedía intentar abrir las ventanas.

Se le ocurrió una solución: «Voy a irme, como si esto no hubiera pasado. Nadie lo sabrá».

Era una época anterior a los móviles. Y si hubiera llamado, tenía la sospecha de que su marido no habría contestado al teléfono.

Se fue. Regresó más tarde, a la hora habitual. Ninguna de las puertas estaba cerrada con llave. En el interior había luces encendidas. Cuando entró en la casa, él la esperaba con un ramo de margaritones, claveles y rosas rojas.

—Para ti, cariño. Te he echado de menos.

Se emocionó. Se sintió aliviada. Esbozó una sonrisa de felicidad, como la que habría esbozado una novia, dulcemente ingenua, confiada. Lo besó en la mejilla y preguntó, como habría sido natural que preguntara una novia:

—Pero ¿por qué? Hoy no es ningún día especial, ¿no?

—Contigo no hay ningún día que no sea especial, cariño.

Se había afeitado y las enjutas mejillas se veían suaves y olían a loción. Llevaba una camisa limpia de algodón blanco. Se la había arremangado hasta los codos, algo que rara vez hacía, quizá nunca.

Más tarde, cuando su marido estaba en otro sitio y no podía descubrirla, había echado un vistazo a su despacho. A su armario, al dormitorio que compartían. A la cama.

Levantó con cuidado la ropa de cama para echar una ojeada a la sábana bajera, que (por lo que le pareció) estaba tan lisa como había quedado esa mañana cuando ella misma había hecho enérgicamente la cama.

«¿Qué demonios ando buscando?» Se sentía avergonzada, porque no tenía ni idea.

En qué me ha convertido él, cómo ha sucedido esto. ¿Cómo es posible que yo sea esta persona?

En el matrimonio, uno más uno equivale a más que la suma de dos. Pero a veces, en un matrimonio, uno más uno es menos que la suma de dos.

Él estaba realmente en lo cierto: no habría valido la pena correr el riesgo.

Había llegado a estar de acuerdo con él. Aquel sentimiento especial que

abrigaban mutuamente, aquel amor único, habría quedado irrevocablemente alterado por la intrusión de otro.

¡Siete años! El tiempo ha pasado deprisa; o el tiempo ha pasado muy despacio.

Ha habido pocos cambios en la casa, por lo que ve desde la calle. Pero sí los ha habido.

Cuando pasa ante la casa se sorprende aminorando la velocidad, para observarla con detenimiento. Su corazón late más deprisa ante la expectativa de poder ver algo capaz de contrariarla.

¡No soporta ver cambios en su antigua casa! Piensa en cuánto habrían disgustado también a su marido.

Por alguna razón, los nuevos dueños quitaron la valla de secuoya que había levantado su marido ante la parcela en busca de privacidad. (¿Por qué diablos lo harían? ¿Se había podrido? No lo parecía.)

Luego habían hecho repintar la casa, de un crema monótono, y con postigos marrones, mucho menos llamativo que el crema original con postigos rojo oscuro.

Cuando en una ocasión descubrió que los nuevos propietarios habían cortado un gran roble del jardín delantero, se sintió desfallecer de pura indignación. Casualmente había pasado por delante en el momento de la caída del árbol, con la sierra eléctrica llenando el aire de insoportables esquirlas de sonido. De gritos.

Su marido no había gritado ante su destino. O, más bien, se encontraba medicado y era incapaz de protestar. Ni siquiera se había enterado (eso quiso creer ella) de lo que estaba ocurriendo en su cuerpo. Aquella secuencia de pequeñas e inexorables rendiciones.

De hecho, sí: había gritado ante su destino. Le había gritado a ella.

Claro que, para entonces, ni sabía quién era ella. No era a ella a quien odiaba.

Conducía lentamente, en el tenso delirio que le suponía acercarse. Pues le parecía... «No, por supuesto que estoy llegando a casa. Es una tarde corriente.»

(Pero ¿por qué estaba entonces tan asustada? Lo corriente no provoca miedo.)

En realidad, él nunca se había sentido a gusto con *lo corriente*. Su trabajo consistía en la aplicación de unas matemáticas sofisticadas a la

producción de artículos digitales, algo que ella no había entendido ni cuando él trató de explicárselo con el lenguaje más sencillo posible.

Tampoco le gustaba el ocio. No había hecho vacaciones ni una sola vez en los veinte años transcurridos desde que lo había conocido. Hubo una época en que trabajaba hasta cien horas por semana como asesor de varias empresas (rivales). Le horrorizaba que, ahora que había muerto, ya no pudiera hacer nunca más nada de importancia. Saber eso le habría dolido un montón, habría herido su orgullo.

Qué sorpresa se habría llevado al ver a un extraño tan cómodamente instalado en su casa. Sentado a su mesa de trabajo, una mesa larga y blanca que resultaba maravillosamente práctica y útil. ¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado aquí? En su cama.

Cómo se parecen nuestras vidas a la ciencia ficción, piensa. Inocentes e ignorantes, continuamos existiendo como lo hemos venido haciendo en un universo alternativo, sin ser conscientes de que, en otro universo, hemos dejado de existir.

Sin saber qué hacía, la viuda ha aparcado el coche en Linden Road, frente a la casa.

¡Ay, pero por qué! En realidad, su intención había sido pasar de largo.

«Pero ahora estoy a salvo —se dice—. Ya no pueden hacerme daño. Estoy viva. Ya no estoy enferma.»

Tras la muerte de su marido había estado un tiempo enferma. Con una enfermedad real, un herpes zóster. Y una del corazón: un corazón roto que casi la mata.

*Dónde estás, te estoy esperando. Maldita seas..., me has traicionado.*

¡No! Ella no lo había traicionado.

Soñaba que se adentraba en un río. Que nadaba en un río, con brazos y piernas que parecían de plomo. Soñaba que se rendía a aquel río plomizo, que la atraía hacia su lecho, donde podría yacer sin soñar.

*Ya va siendo hora. ¡Siete años! Las ratas son más fieles que tú.*

—¿Hola?

Oye una voz, que no le resulta familiar pero que parece amable, cuando está ahí de pie en la calle. Qué extraño, no recuerda haberse bajado del coche...

De pie en el asfalto de la vía de acceso a su antigua casa, una mujer la

saluda con la mano. Debe de ser la señora Edrick, a la que había conocido siete años atrás, cuando vendió la casa a través de una agencia.

¡Qué vergüenza! Y al fondo hay otra persona, un hombre, probablemente el marido.

La han visto. Ahora le resulta imposible eludir su presencia. La mujer simpática va a su encuentro para hablarle.

*Por favor. Haces que nos sintamos incómodos.*

*Siempre estás vigilándonos. Detestamos que lo hagas, pareces un fantasma rondando nuestras vidas.*

¡Qué dolida se sentiría si los Edrick se dirigieran a ella en esos términos! Está sin aliento y se siente como si fuera objeto de un ataque.

Pero la señora Edrick no pronuncia esas palabras hostiles. La señora Edrick le dirige una sonrisa simpática. Sólo es un poco más joven que ella y cruza los brazos sobre el pecho como si tuviera frío. A cierta distancia, el señor Edrick parece vacilar, como si no supiera si ir hasta ellas o retroceder de vuelta a la casa como suelen hacer los maridos en esas circunstancias.

—¡Hola! ¿Es usted... Brenda?

—Brianna.

—Ah, sí, Brianna... Ha pasado un montón de tiempo desde que hablamos por última vez. ¿Cómo está?

La pregunta le parece atrevida, incluso agresiva. ¿Que cómo está? Pues viuda.

—Ah..., estoy bien. Perdone si he...

—¡No, no, en absoluto! La habríamos llamado, pero se nos traspapeló su número. A veces la vemos pasar ante nuestra casa..., es decir, ante su antigua casa, y hemos pensado que teníamos la oportunidad de decirle que por lo visto todavía hay cosas suyas en la casa, de las que es probable que no tenga constancia.

*De las que es probable que no tenga constancia.* La formalidad de esas palabras sugiere que la mujer las ha planeado de antemano, las ha ensayado. La viuda repara ahora en que hay algo férreo y decidido en su rostro sonriente.

*Todavía hay cosas suyas en la casa.* He ahí la afirmación crucial. Siente una punzada de aprensión, pero también de esperanza.

—Al menos nos parece que deben de ser suyas, Brianna, o de su difunto marido. Hay varias cajas...



La señora Edrick explica que un técnico de reparación de calderas había acudido poco antes a la casa y descubrió, en el pasadizo de saneamiento del sótano, varias cajas cerradas con cinta adhesiva negra que parecían llevar allí algún tiempo.

*El pasadizo de saneamiento.* Sonaba un poco siniestro, se dijo ella. Su marido había guardado cosas en aquel «pasadizo» de acceso a tuberías y cables de la casa, cosas de las que no quería deshacerse pero a las que no creía que le hiciera falta volver a acceder: cajas de antiguos recibos, resguardos, declaraciones de la renta, garantías caducadas y todo un sinfín de documentos. Lo único que ella había visto de aquel pasadizo de saneamiento era su trampilla de entrada, a una altura de poco más de un metro, en una de las húmedas paredes del sótano; su marido se las había apañado para meterse dentro, a cuatro patas, y dejar las cajas en la galería que había al fondo, pero ella nunca había sentido la curiosidad de explorarlo.

Qué sentido tenía un pasadizo subterráneo en una casa, le había preguntado a su marido, y él contestó que era supuestamente un trastero extra y una galería para que la utilizaran los operarios que necesitaban llegar a partes del sótano a las que de otro modo no se tenía acceso; los electricistas, por ejemplo.

Con su afable sonrisa, la señora Edrick conduce a Brianna a la cocina. (Brianna comprueba al instante que la cocina, su antigua cocina, le resulta a un tiempo familiar y completamente extraña: ¿han pintado las paredes los nuevos dueños? ¿No es ahora el techo de un beis opresivo en lugar de blanco? El suelo de baldosas, de un suntuoso rojo oscuro cuando ella vivía ahí, es ahora un enrevesado y poco atractivo remolino de puntitos de colores. Una pared de armarios parece haber desaparecido.)

—¡Aquí tiene! —La señora Edrick le tiende una caja de zapatos sucia y sellada con cinta adhesiva negra—. La subió el técnico de la caldera, es la más pequeña. Dice que aún quedan dos o tres cajas grandes ahí abajo. Teníamos intención de ponernos en contacto con usted... Confiamos en que las cajas no contengan nada muy importante.

¿No era un poco grosero eso?, se preguntó Brianna.

Pero no, claramente no lo era. No lo era a propósito.

—Sí..., quiero decir, no —se apresura a contestar—, estoy segura de que las cajas no contienen nada importante. —Titubea, mirando la caja, de la que emana cierto aire de amenaza sutil, indefinible.

(¿Qué podía haber guardado Jed en una caja de ese tamaño? Nada fuera

de lo corriente, sin duda. ¿Registros financieros, matrices de talonarios? ¿Cartas?)

(Pero ¿qué clase de cartas estarían ocultas en un pasadizo subterráneo en una caja de zapatos cerrada con cinta adhesiva?)

¡Y de qué forma tan intrincada se había puesto la cinta adhesiva! Brianna recuerda lo cuidadoso, lo requetecuidadoso que era su marido cuando cerraba con cinta adhesiva los paquetes para el correo. Se tomaba su tiempo, como si disfrutara del simple y metódico proceso de sellar las cosas.

Parpadea. Tiene la súbita visión, como en una película surrealista, de un rostro humano, pequeño, probablemente el de un niño, con cinta negra cubriéndole la boca, los ojos.

*No pongas nada en duda, es lo mejor.*

En la caja hay una etiqueta muy descolorida, manuscrita con la inconfundible letra de su marido: 12 feb. 2009. No hay más identificación. Se acuerda de la vieja y elegante pluma Parker que había tenido él. Un objeto de otro tiempo, la pluma de un padre o un abuelo, de esas de émbolo.

A la muerte de su marido, la pluma había desaparecido.

—¡Ay, Dios! Confío en que la caja no se empapara... Tuvimos una pequeña inundación en el sótano por las lluvias, la primavera pasada...

—Ah, sí. Nosotros también.

(Pero ¿por qué dice «nosotros» la viuda? Vive sola en un piso a un kilómetro y medio de allí, ya no hay ningún «nosotros».)

Con tono de vecina proclive a las confidencias, la señora Edrick dice:

—Nosotros también guardamos toda clase de cosas. Habitualmente en el garaje. Es terrible cómo se acumulan las cosas en nuestras vidas, parece que tengan vida propia...

La viuda asiente con un murmullo. No tiene ni idea de qué está hablando la señora Edrick. Se le llenan los ojos de lágrimas, que la señora Edrick finge no ver educadamente.

Sopasa la sucia caja de zapatos. Sí, probablemente son papeles.

Cartas. (¿Cartas de amor?)

(Pero la viuda y su marido nunca intercambiaron cartas de amor, pues desde que se conocieron no habían vuelto a separarse.)

Su respiración se ha vuelto entrecortada. Cada partícula de su ser parece chillar de puro asombro. «¿Cómo es posible esto? ¿Es algo que mi marido dejó para mí, o algo que nunca me estuvo destinado?»

Siente un instante de vértigo. De parálisis. Ha cogido la caja de zapatos de manos de la señora Edrick, pero pesa mucho, y ha tenido que dejarla sobre una mesa.

Nota que la otra mujer no le quita ojo. A sus espaldas, el marido se ha acercado en silencio; los Edrick han intercambiado una mirada indescifrable.

Casi palpables, sus ruegos tienen un matiz de impaciencia, de ira.

*Por favor, vete ya. Sal de esta casa. ¡Deja ya de rondarnos!*

Pero la señora Edrick vuelve a ser de lo más amable. Al percatarse en la viuda de una expresión que parece dolor, pero también anhelo, dice:

—Brenda... Quiero decir, Brianna..., si quiere, puede usted misma echar un vistazo al pasadizo de saneamiento. ¡Tiene nuestro permiso! Según el técnico de la caldera, hay por lo menos dos cajas más al fondo. Podría haberlas sacado él si se lo hubiera pedido, pero en aquel momento no se me ocurrió. Y ninguno de nosotros —(la señora Edrick incluye a su marido, cuyo rostro Brianna no ha visto aún)— tiene muchas ganas que digamos de adentrarse en un espacio tan angosto.

La viuda se siente desorientada. Reconoce esa sensación, incrementada por la excitación y la aprensión: una curiosa mezcla de miedo y esperanza, una intensificación de los sentimientos que la embargan cuando pasa con el coche ante su antigua casa. Y ahora, tan de repente, sin previo aviso, se encuentra plantada en ella.

¿Qué la ha traído hasta aquí? ¿Habrá sido... él?

¡No tiene el menor deseo de bajar al sótano! ¡Ni de meterse en aquel pasadizo angosto y de techo bajo! Lo recuerda sucio, lleno de telarañas y con un intenso hedor acre a tierra mojada.

Y sin embargo se oye decir con voz decidida:

—Creo..., creo que sí lo haré, gracias. Sí, me gustaría ver qué hay en esas cajas que mi marido dejó para mí.

Los Edrick la han guiado escaleras abajo hasta el sótano, como si ella, que vivió en esa casa durante veinte años, necesitara que le mostraran el camino. También allí la viuda se siente desorientada y reconfortada al mismo tiempo, pues hay unas sillas que no hacen juego entre sí y un sofá afelpado naranja oscuro ante un feo televisor que no había visto antes, pero el falso techo con sus placas que no acaban de encajar es exactamente como lo recuerda, y las baldosas verde oliva del suelo sólo están un poco más gastadas.

Jed había detestado la televisión. El aparato que tenían ellos era mucho más pequeño que éste. Ella raras veces había visto la tele, siempre con sensación de culpa.

*Tu mente, tu cerebro. Ten cuidado o se te va a pudrir.*

El señor Edrick ha acercado una silla para que la viuda pueda acceder al hueco, a la altura de la cintura, en la pared de cemento.

—¡Tenga, no olvide esto! Va a necesitar ambas cosas.

Casi alegremente, la señora Edrick le pone en la mano a la viuda una linterna y unas tijeras de podar.

La viuda se sube a la silla. Los Edrick la sujetan mientras coloca una rodilla para poder meterse a cuatro patas en una especie de túnel como la madriguera de un animal, de no más de un metro de altura. Un técnico, probablemente, se abriría paso en un espacio así en cuclillas, pero a la viuda le resulta más fácil gatear, como un animal o un niño.

El corazón le late muy deprisa. Sus fosas nasales se contraen ante aquel hedor húmedo y terroso.

La parte más angosta del pasadizo sólo tiene unos metros de largo. Y sin embargo, cuando llega a la galería más amplia que hay al final, se siente un poco mareada por haber contenido el aliento tanto rato.

¿Qué haces aquí? Aquí no eres bienvenida.

*Las ratas son más fieles de lo que tú lo has sido.*

Con dificultad, la viuda desciende a la parte más ancha del pasadizo, un espacio destinado a trastero. Tiene el tamaño de un baño pequeño o un armario grande, con un suelo encharcado de cemento cuarteado; la tenue luz de la linterna revela que, colgando del techo bajo, hay una inesperada bombilla, que la viuda enciende, aunque también es tenue, no tiene más de cuarenta vatios. Ahí el olor es muy intenso, opresivo. Las telarañas se le pegan a la cara, al pelo. ¡Ojalá se le hubiera ocurrido ponerse algo en la cabeza! Y sus zapatos de verano sin puntera no son adecuados para ese sitio tan traicionero. Oye un correteo... Escarabajos...

Ahora respira entrecortadamente, casi jadea. Le cuesta que llegue el suficiente oxígeno a sus pulmones.

Los escarabajos la han asustado. O le han dado asco. Pero seguirá adelante.

¡Qué techo tan bajo! Es opresivo, desde luego. No puede enderezarse del todo, tiene que estar encorvada como un simio.

Tironea de una de las cajas, tan pesada que no puede moverla. ¿Contiene libros? Jed había tenido muchos libros, algunos enormes, primeras ediciones de clásicos de las matemáticas...

Le sería imposible arrastrar consigo cualquiera de esas cajas de vuelta a través del pasadizo. Si quiere llevarse lo que contienen, tendrá que abrirlas y vaciarlas ahí en la galería.

Tras mucho forcejeo con las tijeras de podar, que no están tan afiladas como esperaba, se las apaña para abrir la primera caja: en efecto, no son más que libros.

Y no tienen mucho interés, se dice. ¡Qué decepción!

Por qué habría ocultado Jed *Historia de las matemáticas*, *Matemática discreta*, *Historia del cero*, *Historia del cálculo*, *Infinito y más allá...* Había esperado que hubiera algo valioso y revelador ahí; algo que Jed no había querido compartir con su esposa, quizá.

*No quieres saberlo. Por qué quieres saberlo.*

De pronto siente pánico. Una opresión en el pecho, una oleada de pavor. ¡Tiene que salir de ahí!

Va hasta el túnel dando traspiés. Se encarama a él y avanza a cuatro patas, pero ¿qué es esto? ¿El camino ha quedado bloqueado?

Debe de ser un error, por supuesto. Acaba de gatear a través de ese pasadizo y sabe que nada bloquea el camino, aunque en cierto punto sea desconcertante de tan estrecho.

—¿Hola? ¿Señora Edrick? ¿Está usted ahí?

No hay respuesta. Trata de colarse por el hueco que deja la obstrucción, que parece consistir en roca maciza, pero le da miedo sacar tan sólo la cabeza y los hombros y quedarse atascada en ese lugar tan terrible.

—¿Hola? Pero ¿qué han hecho? Ayúdenme...

No hay respuesta. Intenta no ponerse histérica.

—¿Hola?... ¡Hola! ¿Qué han hecho? ¿Señora Edrick? Hoolaaa...

No hay respuesta. No oye sonido alguno aparte de su propia respiración aterrada.

A los nuevos propietarios les molesta tanto que ande rondando por la casa, por su propiedad, que no se les ha ocurrido otra forma de impedirselo. ¿Es posible algo así?

Por supuesto que no es posible. ¡Es ridículo!

Pero se han ido, al piso de arriba. Han apagado las luces del sótano y

han cerrado la puerta. Se marcharán y dejarán a su visitante ahí atrapada. Lo han planeado durante años, y cuando vuelvan, los gritos de la viuda se habrán vuelto débiles.

Cuando vuelvan una segunda vez, y una tercera, sus gritos lastimeros habrán cesado.

Aun así, sigue pidiendo ayuda. «Quizá me están avisando —piensa—. Es un castigo, una advertencia.»

—¿Hola? ¡Ayúdenme! ¡Señora Edrick! ¡Señor Edrick! No..., no regresaré más, no volveré a aparecer como un fantasma..., lo prometo.

Está suplicando. Está desesperada. Pero no hay respuesta. Se han ido, han cerrado la puerta en lo alto de las escaleras del sótano.

*La culpa es sólo tuya. ¿Qué creías estar haciendo, unirte a mí en la tumba? Llegas siete años tarde.*

El oxígeno se consume. Su cerebro se consume. Para ocupar el pensamiento, para ocupar los dedos aterrados, vacía del todo la primera caja; sí, sólo hay libros de matemáticas, muy deteriorados por el agua.

En algunos, Jed había hecho numerosas anotaciones. ¿Qué había creído aquel hombre iluso, que esas notas quisquillosas, esos cálculos, supondrían alguna diferencia?

La segunda caja es más prometedora. Entre hojas de periódico arrugadas y manchadas a modo de relleno, hay algo pequeño, disecado..., ¿momificado? ¿Una muñeca?

No es un bebé humano, la viuda está segura de ello. Pero parece tan vivo que resulta desconcertante.

¿Y si, en efecto, se trata de un bebé, tan momificado que ha perdido su rostro humano?

Las manos le tiemblan de miedo y excitación.

Con cautela, levanta esa cosa de su caja de cartón, apartando los periódicos manchados. En torno a ella hay un correteo constante de relucientes escarabajos, pero apenas repara en ello. Mira fijamente la cara terriblemente manchada de humedad y desdibujada, una cara en miniatura, con unos ojos ciegos de cristal roto, o plástico, o de algo que se ha atrofiado y ya no es reconocible ni como algo que pretendía ser humano.

La nariz chata en miniatura está aplastada, las ventanillas de la nariz se han convertido en agujeros emborronados.

La boca es una maltrecha O, como la boca de un pecesito.

—¡Ay! Pobrecita...

La recorre una oleada de pesar, la futilidad de todas las cosas, humanas o no. Aferra la muñeca contra el pecho entre sus brazos. La mece. Los ojos se le llenan de lágrimas, su dolor es más exquisito de lo que nunca habría sospechado. Tantos años, tantos días, y sin embargo el tiempo no ha pasado.

# DESENGAÑO

## I

La pistola se guardaba en el primer cajón de la cómoda de mi padrastro. Descargada.

Me llegaban unas carcajadas de la parte trasera de la casa. Mi hermana Caitlin, con aquella risa que sonaba como un cristal que se hiciera añicos, y mi primo Hunt Lesinger, que había traído consigo su rifle calibre 22 a petición de Caitlin.

Le daba clases de tiro. Pero a mí no, a mí ni siquiera me miraba.

Intentaba impresionar a Caitlin, eso es lo que hacía. Y Caitlin a él.

En el espejo que había sobre la cómoda, yo veía un rostro borroso y sonrojado. Había aprendido a apartar rápidamente la mirada de aquel rostro, pues a menudo odiaba lo que veía.

¡Tenía en la mano la pistola (prohibida) del señor Lesinger! Pesaba más de lo que habría imaginado.

(A mi padrastro no le gustaba que lo llamara «señor Lesinger», le sonaba raro. Insistía en que Caitlin y yo lo llamáramos «papá». Pero era así como llamábamos a nuestro verdadero padre; ¿cómo era posible que hubiera dos *papás*? No podía haberlos.)

Habían bajado al barranco. Cómo odiaba yo eso, habían vuelto a irse sin mí.

Detrás de la casa del señor Lesinger había una gran explanada de hierba, como un campo, que descendía hasta el barranco y, más allá, estaba el lago Mineral, tan poco profundo y lleno de algas en esa zona que no podías nadar en él, y ni siquiera en un día de calor los críos pequeños querían bañarse en



esa agua asquerosa.

En el barranco yacían los restos de un coche entre los que habían crecido malas hierbas y enredaderas. Años atrás, alguien había chocado contra la valla de contención allí arriba, en Herrontown Road, una noche de lluvia. El conductor y el acompañante murieron en el accidente, en el barranco, en lo que se dio en llamar una «bola de fuego» cuando el depósito de gasolina explotó.

Eso había ocurrido mucho antes de que nos mudáramos a la gran casa de madera del señor Lesinger en Herrontown Road. Antes de que mamá se casara con el señor Lesinger y nos trajera a nuestra *nueva vida*.

El señor Lesinger no nos había hablado del barranco ni del coche. Probablemente ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Los adultos no piensan en las cosas más obvias, como lo que hay detrás de tu propia casa, en un barranco. Parte de la finca del señor Lesinger era pantanosa, y a uno más le valdría no andar mucho por ahí.

El barranco tenía ocho o diez metros de profundidad, y el fondo estaba en buena parte lleno de basura. Apenas se distinguían los restos del coche, cubierto de enredaderas y tan chamuscado que parecía el esqueleto de un insecto gigante.

Hunt Lesinger, que era el sobrino del señor Lesinger, sabía lo del accidente, por supuesto, y la primera vez que vino a visitarnos, después de que nos hubiéramos mudado a casa de su tío, nos dijo que lo siguiéramos, que nos enseñaría algo que quizá todavía no sabíamos. Fue una sorpresa descubrir allí el coche destrozado, que no se veía a simple vista a no ser que supieras qué buscar.

Primero, observamos los restos del vehículo desde lo alto del barranco, que estaba cubierto de maleza. Después, Hunt quiso que bajáramos hasta el fondo. Había traído su rifle del 22, que dejó en el suelo, pues era peligroso (según él) trepar o descender por cualquier sitio con un rifle.

Caitlin no había querido bajar al fondo del barranco, por supuesto. Pero yo me moría de ganas de seguir a Hunt.

Nuestro medio primo era la clase de chico al que una quería impresionar, siguiéndole el ritmo. Y si Hunt contaba un chiste, una quería reírse.

Fue complicado abrirse paso entre la maleza y luego deslizarse por la pedregosa ladera hasta el fondo del barranco. Soy una chica fuerte y de piernas musculosas, pero aun así no fue tarea fácil. Una nube de mosquitos

zumbaba sin parar en torno a mi cara impaciente y húmeda.

—¡Esperadme! —exclamó Caitlin.

Llevaba puestas unas chancletas en sus larguiruchos y blancos pies, pantalones cortos y camiseta de tirantes. Caitlin era tan cursi que daba risa. Te entraban ganas de darle un buen bofetón para que dejara de ser tan tontaina.

—¿No habíais visto esto? ¿No os lo ha contado nunca mi tío?

Hunt nos explicó que estaba en el último curso de primaria cuando el coche atravesó la valla de contención, y que la noticia apareció en los periódicos locales y en la tele. Su tío le había contado que él y su mujer se habían ido a dormir sobre las once de la noche y que oyeron chocar el coche contra la valla, y luego cómo caía al barranco, sin saber qué estaban oyendo, y después la tremenda explosión cuando el depósito de gasolina estalló, «como si fuera el fin del mundo».

Se habían llevado ambos cuerpos, por supuesto. No había ningún resto humano en la escena (por lo que yo veía) que el fuego hubiera ennegrecido. Todas las ventanillas estaban rotas, pero quedaban esquirlas de cristal chamuscado todavía sujetas al marco y que parecían dientes. Si intentabas meterte en el coche podías cortarte de mala manera.

Pensé en entrar en la parte delantera, sentarme en lo que quedaba del asiento del conductor, ante aquel volante con pinta de derretido y el salpicadero carbonizado para fingir que conducía, pero decidí no hacerlo cuando Hunt negó con la cabeza.

—Mejor que no, Steff. Podrías hacerte daño.

Caitlin prefirió no acercarse al vehículo: las chancletas que llevaba eran demasiado ligeras, no podía arriesgarse a bajar por el barranco. Con su vocecita un poco ronca (no la que usaba para hablar en casa, sino sólo cuando quería impresionar a alguien especial), dijo que le daba miedo ver algo «espantoso» (¿como manchas de sangre?, ¿trozos de cuerpos?), y que debía de haber sido terrible, lo de esa pobre gente derrapando con el coche en la carretera y atravesando la valla.

—Deben de haber gritado durante toda la caída.

Hunt comentó que no habrían tenido mucho tiempo para pasar miedo, pues el depósito de gasolina explotó en cuestión de segundos.

Luego se rió, de esa manera en que se ríen los chicos cuando saben que han dicho algo perturbador. Hay ciertos pensamientos que a uno lo perturban

tanto que tiene que reírse.

Caitlin se tapó las orejas con las manos como si esa forma de hablar crispaba sus delicados nervios.

—Ay, Hunt, por favor. No me gusta pensar en eso.

Mi hermana era así. Si podía hacer algo, por insignificante que fuera, para llamar la atención, lo hacía. Pero Hunt le vio el plumero, me parece. Se había limitado a soltar una risita, mientras él y yo trepábamos para salir del barranco, y ni siquiera le contestó.

Más tarde, me dijo:

—Mejor no les digas a mi tío o a tu madre que hemos bajado al barranco, ¿vale? No tienen por qué saberlo.

Fue emocionante para mí que Hunt me dijera eso, en voz baja, como si compartiéramos un secreto.

## II

Se llamaba Hunter, pero todo el mundo lo llamaba Hunt. Era un nombre bonito y que le quedaba bien, porque significaba «cazador» y él lo era.

Era mi primo, aunque supongo que debería decirse *medio primo*. La primera vez que lo vi, cuando mi madre nos presentó, supe que Hunt y yo formaríamos parte uno de la vida del otro para siempre.

—Steff, éste es Hunt. Ya sabes..., tu nuevo primo...

—¡Hola, Steff! Mucho gusto.

Hunt me sonreía, y la suya era una sonrisa sincera. Hunt no se había reído. Sus ojos no se habían apartado de mí como los ojos de otros chicos cuando, al mirarte, descubren que no hay nada digno de su interés pero que deben sin embargo comportarse.

Justo entonces, Caitlin bajó por las escaleras. Incluso antes de que mi madre los presentara, vi cómo Hunt recorría a mi hermana con la mirada, con sus labios pintados de rojo y el pelo rubio platino surcado de mechas, apenas visibles, de colores lila y verde.

En ese instante, cuando Hunt alzó los ojos hacia Caitlin, advertí que se olvidaba de mí por completo.

Odiaba que mamá me llamara *Steff* en lugar de *Stephanie*, que es un

nombre mucho más bonito.

*Steff*, para mi gusto, suena mal porque se parece demasiado a «estafa».

Creo que lo hacen a propósito, mi madre y mi hermana, y todos los demás, para hacerme sentir inferior. No *Stephanie*, sino *Steff*.

Pero cuando Hunt dijo «*Steff*», no me sonó tan mal.

Hunt y su padre, Davis Lesinger, habían hecho el trayecto en el Jeep de este último desde Keene, en las Adirondack, en el estado de Nueva York, hasta Morgantown, en Pensilvania, que se halla a diez kilómetros al sur de Erie, en la parte oeste del estado. Se trataba de un viaje de doce horas que hacían por lo menos una vez al año. Los Lesinger eran todos cazadores, y Hunt y su padre habían traído consigo dos rifles de caza.

Hunt nos enseñó orgulloso el suyo, un Remington de calibre 22, con una bonita culata bien pulida; según él, siempre que podía lo llevaba consigo a todas partes.

El rifle de Hunt era un arma de caza con licencia. Era legal en todos los sentidos. Cuando lo vi llevárselo al hombro y acercar los ojos entrecerrados al punto de mira, sentí que un escalofrío me recorría la espalda, pero fue un escalofrío agradable, de emoción.

Inmediatamente, Caitlin dijo:

—¡Quiero una clase de tiro! *Porfaaaa*.

Hunt miró a Caitlin, y Hunt me miró a mí. Fue como si estuviera a punto de guiñarme un ojo.

*¡Menuda tontaina es tu hermana! ¿Cómo la soportáis?*

—Bueno, verás..., un rifle tiene retroceso, Caitlin. Puede hacerte daño en el hombro si no lo manejas bien. Y los disparos hacen mucho ruido.

Me sorprendió oír cómo Hunt pronunciaba el nombre *Caitlin*. Hacía que sonara especial.

De ese modo, Hunt logró disuadir a mi hermana. Pero conociendo a Caitlin, que era tozuda e insistente hasta salirse con la suya, yo sabía que eso sólo iba a ser temporal.

Por lo visto, la madre de Hunt ya no formaba parte de la familia. Hunt no explicó adónde se había ido y nosotras nunca se lo hubiéramos preguntado a nuestro padrastro Martin Lesinger, a quien le desagradaban las preguntas personales, sobre todo si venían de Caitlin y de mí.

—¡Quizá es igual que nosotras, *Steff*! Sólo que fue su madre la que se marchó, no su padre.

Cada verano, Hunt y su padre hacían aquel largo viaje en coche desde Keene para visitar a sus parientes en Morgantown. Se quedaban con los ancianos abuelos paternos durante una semana o diez días. A nosotras (mamá, Caitlin y yo) se nos hacía raro pensar que habían estado viniendo a Morgantown todos aquellos años sin que ni siquiera supiéramos de su existencia.

Ahora que mamá se había casado con Martin Lesinger, que era el hermano menor del padre de Hunt, nosotras también éramos sus parientes.

Fue una sorpresa para Caitlin y para mí. Una grata sorpresa, quiero decir. Teníamos un hermano, Kyle, que no vivía con nosotras. (Kyle vivía con nuestro padre.) Pero no había más familiares cercanos en Morgantown, ni en ningún sitio. Ningún primo de nuestra edad. Y de repente teníamos a Hunt Lesinger en nuestra casa, y mi madre se reía de nuestras caras.

—Chicas, éste es vuestro *medio primo*. Hunter es de la familia.

Cualquier otra cosa que se dijera en ese momento, a mí no me llegó. Debió de ser por la sangre que latía en mis oídos.

Ver a Hunt por primera vez, y ver cómo me había sonreído, fue como si el corazón me hubiera dado un vuelco. Como una de esas llaves diminutas que apenas se pueden sujetar entre los dedos, pero que cuando logras hacerlas girar, te abren una puertecita.

Nunca había visto a un chico de esa edad, ni más joven, ni mayor, tan amable y educado como Hunt Lesinger. Mamá nos había dicho que tenía dieciocho años; había acabado el bachillerato hacía tres semanas. En otoño, tenía una beca para estudiar ingeniería forestal en la Universidad de Syracuse. Era un chico alto, desgarbado y de piernas y brazos largos, con el pelo castaño y la costumbre de silbar flojito. Se reía mucho, pero no muy fuerte ni de manera desagradable. Sus ocupaciones preferidas (decía) eran cazar, escalar, ir en canoa y acampar en las montañas de Adirondack. Esperaba poder trabajar en el Parque Nacional de Adirondack una vez que se licenciara como ingeniero forestal. En otoño, tenía planeado alistarse en la Guardia Nacional del estado de Nueva York.

Mamá no paraba de decir lo estupendo que era tener de repente un «sobrino» (un *medio sobrino*).

Cuando se casó con Martin Lesinger, dieciocho meses atrás, le dolió mucho que prácticamente nadie de la familia Lesinger hubiera acudido a la boda, pese a que la mayor parte de ella vivía allí mismo, en Morgantown.

El nuevo marido de mamá era once años mayor que ella. Había sido su

jefe en el concesionario de Buick donde ella había trabajado hasta que se casaron, y no costaba ver que seguía siendo su jefe, por la manera en que le hablaba, no dándole órdenes exactamente, pues nunca olvidaba decir *por favor*, pero sí en un tono de voz que daba a entender que no había negociación posible.

Por supuesto, Martin Lesinger había estado casado antes. Su mujer había muerto de una enfermedad degenerativa como el Parkinson: había fotos suyas en la casa, que mamá tenía previsto esconder tan pronto como tuviera valor para hacerlo. Pero los hijos del señor Lesinger eran todos mayores y ninguno de ellos vivía en Morgantown, ni se habían molestado en acudir a la boda. A Caitlin y a mí se nos hacía extraño pensar que teníamos *hermanastras* y *hermanastros* casi lo suficientemente mayores como para ser nuestros padres y a los que jamás habíamos visto. Era muy raro.

Mamá nos contó que esos *hermanastros* no habían «dado saltos de alegría» al saber que ella iba a casarse con el señor Lesinger, cuya esposa había muerto tan sólo tres o cuatro años atrás.

Le preguntamos a mamá si a esos *hermanastros* les preocupaba que el señor Lesinger fuera a dejarle dinero a ella y no a ellos, y mamá dijo que no creía que se tratara de eso, o que en cualquier caso no tenían de qué preocuparse porque había firmado un *prematrimonial*.

Qué es un *prematrimonial*, quise saber yo, y Caitlin se volvió hacia mí y me soltó con desdén:

—Un contrato prematrimonial, Steff. Todo el mundo sabe qué es un contrato prematrimonial.

La manera en que Caitlin decía «Steff» hacía que me entraran ganas de darle una bofetada. Como si mi nombre no fuera lo suficientemente serio y pudiera reducirse a una fea sílaba, mientras que el suyo era tan especial que no permitía que nadie lo abreviara a «Cate».

Mamá me explicó lo que era un *contrato prematrimonial*. Una especie de documento legal que el señor Lesinger le pidió que firmara, donde se disponía que ella recibiría una «cantidad establecida» en caso de que él muriera y que se le permitiría seguir viviendo en casa del señor Lesinger pese a que no sería su propietaria legal, mientras que su patrimonio se repartiría entre los herederos del señor Lesinger.

Eso no me pareció nada bien. Caitlin dijo que antes muerta que firmar un contrato como aquél, que «si un hombre te quería, no te pediría que lo firmaras».

La cara de mamá se encendió como si le hubiesen dado una bofetada. Le dijo a Caitlin que hablaba desde la ignorancia.

—Hay distintas clases de amor. Algún día lo descubrirás.

Pero Caitlin se limitó a reír y a alejarse, como si mamá fuera la persona más digna de lástima que hubiera visto jamás.

¿Odiaba a mi hermana Caitlin? No.

¿Quería hacerle daño a mi hermana Caitlin? ¡No!

### III

En general, eran buenos tiempos para nuestra madre después de una mala racha muy larga. También eran días felices para Caitlin y para mí, o al menos se suponía que debían serlo.

Ahora vivíamos en una casa más grande, con más de una hectárea de terreno que bordeaba el lago Mineral. Ahora teníamos un padrastro, y no sólo *un padre que nos había abandonado*. (Como le decía mamá a cualquiera que estuviera dispuesto a escuchar.) En lugar de ser una *esposa abandonada*, mamá se había convertido en una *flamante esposa*.

Mamá estaba orgullosa de su nuevo título: *señora de Martin Lesinger*. En la cocina encontré un trozo de papel en el que había escrito «Señora Deborah Lesinger y señora de Martin Lesinger» media docena de veces en tinta roja. Lo rompí en pedazos y lo tiré a la basura. ¡Bochornoso!

Caitlin y yo conservábamos nuestro antiguo apellido, que era el de nuestro padre: Doherty.

Cuando llevaba un par de cervezas de más, el señor Lesinger hablaba de adoptarnos, cosa que a Caitlin la hacía reír y a mí me daba ganas de salir corriendo y esconderme.

Caitlin tenía dieciséis años. Yo tenía trece. *Demasiado mayores para que nos adoptaran, joder*. En todo caso, ¿podía un hombre adoptar a los hijos de otro hombre? ¿Era legal? Aunque papá nos hubiera abandonado y se hubiera mudado a miles de kilómetros de distancia (como le recriminaba siempre mamá), seguía siendo nuestro padre, y Doherty nuestro apellido.

Fue justo después de que yo cumpliera los once cuando se marchó papá.

Más tarde diría que había esperado hasta entonces a propósito, para no estropear mi cumpleaños, el 5 de marzo. (Pero todos los 5 de marzo siguientes iban a estar envenenados por aquel recuerdo. Qué curioso que a papá no se le ocurriera pensar en eso.)

Papá nos dijo que no nos había dejado porque ya no nos quisiera (se refería a Caitlin y a mí), sino porque *vuestra madre y yo ya no nos hacemos felices*.

Eso da bastante miedo, creo yo. En cuanto dejas de *hacer feliz a alguien*, puede abandonarte.

Sabíamos que nuestros padres discutían un montón, pero no nos lo habíamos tomado demasiado en serio. Llevaban mucho tiempo peleándose por las chorradas más inimaginables, como quién había sido el último en poner gasolina en el coche o quién había dejado el termostato demasiado alto. O cuando a papá se le derramaba algo en la nevera, llamaba a mamá para que lo limpiara, sin plantearse ni por un instante la posibilidad de hacerlo él mismo.

Por lo que Caitlin y yo sabíamos, nuestros padres jamás discutían por nada que fuera remotamente real.

Por supuesto, no sabemos sobre qué discutían cuando estaban solos en su dormitorio al fondo de la casa. Cuando cerraban la puerta de aquella habitación con ambos dentro.

En una familia, un día no es muy distinto de cualquier otro. Sobre todo cuando eres muy pequeña, «una cría». Lo importante en la vida es la rutina. Puedes confiar en la rutina. La rutina te da consuelo. Incluso encuentras consuelo en el aburrimiento de la rutina, pues donde hay aburrimiento no cabe el miedo.

Y entonces, un día, cuando mamá estaba en el trabajo y Caitlin, Kyle y yo en el colegio, pasó algo que no había pasado nunca: papá volvió a casa aprovechando nuestra ausencia, metió metódicamente todas sus cosas en maletas, mochilas y cajas, y se fue.

Se largó. Así, por las buenas. Y nunca volvió.

Costó lo suyo perdonar a papá por habérselo dicho a Kyle de antemano. Eso hizo que Kyle no se quedara tan anonadado. Pero Caitlin y yo y, por supuesto, mamá nos quedamos totalmente anonadadas.

Hay ciertas impresiones de las que una jamás se recupera.

Cada mañana, al despertar, hay una fracción de segundo durante la que



no recuerdas qué pasó, qué fue lo que partió tu vida en dos hasta que llegaste a pensar: *Nunca volveré a ser feliz*. Durante ese instante, puedes serlo. Pero entonces el recuerdo te empapa como agua sucia y, por supuesto, te acuerdas de qué es, o qué fue, lo que ocurrió que sesgó tu vida en dos y ya no puede cambiarse.

Que papá se marchara fue así. Cuando volvimos a casa y ya no estaba fue como la escena de una película en la que los actores quedan como tontos del bote por haberse dejado pillar por sorpresa. Estás conmocionada, te echas a llorar..., y el público se ríe de ti por no haberlo visto venir.

Sería incapaz de recordar, después, cómo nos enteramos de adónde había ido papá. Quizá Kyle nos lo dijo. O Kyle se lo dijo a mamá. Creo que fue eso, sí: Kyle se llevó a mamá al porche y se lo contó. Debió de ser algo parecido a: *Papá se ha ido y no va a volver. Dice que no intentes ponerte en contacto con él*.

Kyle era un cabrón, nunca podríamos perdonarle. Para no echarse a llorar, no paraba de contar chistes estúpidos.

Por supuesto, era evidente para nosotras que las cosas de papá ya no estaban. Había cogido la ropa de los armarios (las chaquetas gruesas del armario de la entrada) de tan malos modos que otras prendas habían caído al suelo, y no había tenido tiempo de volver a colgarlas, o ni se había fijado. No fue hasta la mañana siguiente cuando llamó a mamá, y para entonces mamá estaba en un estado lamentable.

Resultó que, en una de sus discusiones, mamá le había dicho a papá: «Si eres tan infeliz todo el putito rato, lárgate. ¡No te echaremos de menos!».

Mamá había dicho esa clase de cosas en el pasado. Mamá había gritado cosas así en el pasado. Pero papá no parecía tomárselo en serio, se limitaba a soltar algo cruel e hiriente a modo de respuesta, y la trifulca quedaba pronto olvidada, pasajera como el agua que corre a orillas del río. Sólo que esta vez papá había decidido no olvidar.

«Vuestra madre me dijo que me largara —nos diría papá con una sonrisita—, así que eso hice. Espero que ahora esté contenta.»

Que dijera esas cosas significaba que quería que Caitlin y yo nos pusiéramos de su lado en contra de mamá. Y quizá lo hacíamos, a veces. Pero teníamos que vivir con ella, no con papá, que no tenía espacio en su vida para nosotras (según decía), pero accedió a llevarse a Kyle (había circunstancias excepcionales en el caso de Kyle).

Mamá decía con tono de indignación: *Vuestro padre nos ha*

*abandonado*. Y también: *Vuestro padre es una rata que abandona un barco que se hunde*. Pero trataba de reírse como si eso fuera un chiste, o algo parecido.

Al oír que la familia iba a «partirse en dos» me pareció ver un gran árbol al que cortaban por la mitad con un hacha.

Durante mucho tiempo, mamá se negó a hablar con papá. Si tenía que referirse a él lo llamaba *vuestro padre*. Si hablaba con otra persona, decía *el padre de las niñas*. (Como si Kyle, que no vivía con nosotras entonces, no existiera.) Los labios de mamá se fruncían como si tuviera un mal sabor de boca, o como si se esforzara en contener las lágrimas.

De ese modo, nuestras vidas, que parecían tan conocidas y rutinarias, se volvieron extrañas, revueltas y complicadas como un ovillo de lana enredado. Cuando papá se fue, quedamos cuatro: Kyle, Caitlin, mamá y yo. Se suponía que papá tenía que vernos a Kyle, Caitlin y a mí los fines de semana, pero tenía una vida «difícil de organizar» y a menudo lo cancelaba; a veces, sencillamente ni se presentaba. La mayor parte del tiempo no teníamos la menor idea de dónde vivía, ni de si vivía solo o con alguien. En un momento dado se había mudado tan lejos, a Port Oriskany en el estado de Nueva York, que venir a recogernos, llevarnos al cine y a cenar suponía un trayecto de ida y vuelta de trescientos kilómetros, un verdadero engorro del que papá tendía a culparnos a nosotros. Mamá tenía problemas con Kyle, que andaba «portándose fatal» (en palabras de mamá), así que ella y papá decidieron que Kyle se iría a vivir con él, por lo menos de manera temporal, y Kyle se fue a vivir con papá a Port Oriskany y empezó a ir al colegio allí, pero entonces papá se mudó otra vez de vuelta a Pensilvania, a Jamestown, que al menos quedaba más cerca de Morgantown. A esas alturas, Kyle ya había acabado la escuela, pero aún no se había independizado, y buscaba trabajo. Y entonces papá se volvió a casar.

Eso fue un golpe tremendo para mamá. Tan tremendo que se hizo evidente que había abrigado la (secreta) esperanza de que papá volviera a su lado.

¡Pobre mamá! A Caitlin y a mí nos hacía sentir algo avergonzadas, entonces.

A veces, una pareja que se había divorciado se reconciliaba y volvía a casarse otra vez. Era como un final feliz de la tele. Aunque pasaba tan poco que casi podía decirse que no pasaba nunca; aun así, deseabas que ocurriera, querías creer que a ti y a tu familia os podía pasar.

¿Creía yo eso o algo parecido? Es posible.

Pero, visto el patético estado de mamá, nunca se lo hubiera dicho.

Yo tenía doce años y era una niña grandota para mi edad, casi tan alta como Caitlin. Me escondía para llorar, porque me avergonzaba ser tan débil. Detestaba ver a Caitlin llorando, normalmente era para salirse con la suya, no por pesar o tristeza de verdad, sino para darle lástima a la gente y que le hicieran favores.

Cuando mamá lloraba, el suyo era un llanto enfadado. Las lágrimas que le corrían por las mejillas parecían estar hirviendo. ¡Había que poner pies en polvorosa!

Fue en esa época cuando Caitlin se aclaró el pelo y se hizo mechas lilas y verdes. Caitlin se hizo agujeros en las orejas y se puso un *piercing* en la nariz, y empezó a vestirse con ropa sexy que papá no le habría dejado llevar. (Papá siempre decía que sabía en qué pensaban los hombres cuando veían a una chica vestida de manera provocativa. «Y no es algo bonito. Creedme.») Caitlin se volvió prepotente y estirada y sacaba todo su mal genio conmigo.

Antes éramos amigas, lo habíamos sido. Ahora apenas éramos hermanas.

Al igual que Kyle, yo tenía «problemas» en el colegio y me mandaron al psicólogo del centro, que fingía ser comprensivo conmigo y me animaba a llorar si lo necesitaba, empujando hacia mí una caja de Kleenex, e intentaba que admitiese que «odiaba» a mis padres por haber roto nuestro hogar; tenía que odiar a mi madre por haber obligado a mi padre a marcharse, y tenía que odiar a mi padre por haberse ido. Pero nada de eso era verdad. La única persona a la que yo odiaba era al psicólogo.

No odiaba a mis padres en absoluto. Sentía lástima por mamá y lo único que deseaba era que papá volviera, y todos lo perdonaríamos.

Entonces, un día, unos chicos mayores me dieron empujones en la cola de la cafetería, y yo empujé también, y una especie de furia me recorrió entera. *Os odio. Os odio odio odio.*

Al ver mi expresión y sentir lo fuerte que era en ese momento, así, de repente, tuvieron miedo. Se echaron atrás rápidamente.

Desde aquel día dejé de llorar. Ni siquiera lo hacía cuando estaba sola en mi cama. Pasado un tiempo, papá se convirtió en alguien a quien veía a cierta distancia, un rostro pequeño y borroso que ya no tenía el poder de hacerme llorar como un bebé patético.

Mamá tenía un nuevo trabajo, mejor pagado, en un concesionario de Buick en la carretera nacional. Empezó a cuidarse y a arreglarse el pelo y el maquillaje, y se vestía con mucha elegancia, como no se había molestado en hacerlo en años. A menudo se la veía emocionada y distraída cuando volvía del trabajo, tarde; muchas noches se iba a *tomar algo* con sus amigos.

Entre esos amigos había hombres, y a veces se quedaban a dormir en casa.

Caitlin decía que era «asqueroso», pero que mejor eso que tener a mamá deprimida y bebiendo sola. «Entonces tendríamos que cuidar de ella.»

Mamá empezó a irse los fines de semana: a Filadelfia, Atlantic City, Miami, Nueva York. Una vez, a Las Vegas. Sus amigos eran hombres divorciados y con hijos, que mantenían relaciones complicadas. Durante el fin de semana era algo corriente que vinieran extraños a cenar, o extraños que se quedaban a dormir; niños de nuestra edad, menores o mayores que usaban nuestro baño y dormían en el sofá de nuestro salón o en sacos de dormir en el suelo, que preguntaban si podían utilizar nuestro ordenador. Mamá siempre nos regañaba: *No seáis egoístas, niñas..., ésta es mi oportunidad de ser feliz. Aquí hay sitio de sobra para invitados.*

Un día de Acción de Gracias éramos once apiñados en torno a la mesa del comedor. Ni me pregunten quiénes eran. Con aquel nivel tan alto de decibelios, incluso Caitlin parecía callada. Era como si un tornado hubiera arrasado el mundo levantando casas y juntando gente que no casaba y que ni siquiera se conocían unos a otros, pero por lo visto era imprescindible sentarse todos a la misma mesa y *compartir el pan y la sal*, como decía mamá.

Fue por eso por lo que me hice una promesa: *Yo nunca. Nunca me casaré y nunca tendré hijos.*

Después, esa fase pasó. Porque mamá iba «en serio» con Martin Lesinger, y el señor Lesinger era su jefe en el trabajo.

Caitlin me dijo en voz baja: «¡Dios mío! Es un vejestorio», pero a mí me pareció bien que el nuevo amigo de mamá fuera mayor que papá, porque significaba que no se volvería impaciente y la dejaría como lo hizo él. Si era un vejestorio, sería más estable.

Y así fue.

## IV

—Hola, Steff.

Hunt vio cómo me estremecía y entendió que aquel nombre me hacía daño a los oídos. Y empezó a llamarme Stephanie, cosa que sólo hacían algunos de mis profesores, y me derretía por dentro.

Cuando estaba sola pronunciaba su nombre, «*Hunt*», en voz alta. No me atrevía a decir «*Hunt*» cuando alguien podía oírme, incluido mi *medio primo*.

Mientras el señor Lesinger y su hermano Davis, de Keene, Nueva York, se sentaban juntos en el salón, para fumar, beber cerveza y hablar en voz baja, Caitlin y yo pasábamos el tiempo con Hunt, fuera, en el porche de secuoya.

Era un caluroso día de verano y Hunt y Caitlin llevaban pantalones cortos, pero yo me había puesto mis tejanos viejos y gastados para disimular mis muslos gruesos.

Mamá dice que no estoy gorda, que soy *ancha de huesos*. Mamá no tiene ni idea.

Caitlin y Hunt eran quienes hablaban casi todo el rato. La mayor parte del tiempo parecía que ambos se hubieran olvidado de que yo seguía ahí.

Era típico de mamá preocuparse mucho por las cosas más simples. Era evidente que el señor Lesinger y su hermano tenían mucho de que hablar, en privado, durante un buen rato al menos, y no querían a mamá rondando por ahí y ofreciéndoles comida y bebida. Y cada pocos minutos mamá salía afuera, riéndose y sin aliento, para ver cómo estábamos.

—¿Puedo traerte algo, Hunt? ¿Otra cerveza?

—No, gracias, señora.

—Estoy pensando en hacer unos milhojas de queso. ¿Sabes lo que son? ¿Te apetece tomar uno?

Caitlin intervino con su voz quejumbrosa.

—Mamá, Hunt no tiene hambre. Acaba de comer. Vamos a ir a disparar al blanco en el barranco, va a darme clases.

—No, me parece a mí que no. No es una buena idea. A Martin no le gustaría.

Mamá hablaba de manera distraída, sin escucharse en realidad. Mientras hablaba con nosotros estaba pendiente de los hombres en el salón, como si temiera que estuvieran hablando de ella. O, peor incluso, que no hablaran de

ella en absoluto.

A la luz del sol, el pelo rubio platino de Caitlin brillaba. Salvo por las mechas lilas y verdes, tenía el pelo liso y fino, y había que reconocer que era muy guapa, de esa forma suya repipi y mal criada que yo odiaba. Pues tenía que ser absolutamente el centro de todo lo que la rodeaba.

Yo tenía el pelo más oscuro, como el color del barro. Era más grueso, no liso, y tenía la piel pecosa, como si alguien la hubiera borrado con una goma sucia. Me ponía enferma de envidia ver a Caitlin comer las mismas cantidades que yo, o casi, y estar tan delgada y sexy, mientras que yo era lo que mamá llamaba *ancha de huesos*.

Mamá siempre intentaba hacerme sentir mejor conmigo misma. Recurriendo a la psicología, supongo. *Steff, tienes unos ojos preciosos. Ojalá tuviera yo unas pestañas tan espesas...*

Eran gilipolleces. Tenía que hacer esfuerzos por no salir corriendo y esconderme.

Papá nunca había tenido armas, pero todos los hombres de la familia Lesinger las tenían.

Eran una familia de cazadores, algo común en un condado rural del oeste de Pensilvania, como también lo era al norte del estado de Nueva York. Su presa favorita era el ciervo, y hablaban de cazarlo, sin parar.

No me gustaba pensar que mi primo Hunt, que era tan buena persona y tan sensible, ¡podía llegar a matar a un ciervo! Podía creerlo de los Lesinger mayores, y, de hecho, de la mayoría de los hombres, pero no de Hunt.

Martin Lesinger tenía, además del rifle de caza, una escopeta de dos cañones que guardaba «bajo llave» en el sótano de la casa; y una pistola, un revólver, que según nos contó tenía licencia limitada a «un uso defensivo en viviendas privadas». Ese revólver nos lo había enseñado a mamá, Caitlin y a mí tan sólo una vez, para advertirnos que no lo tocáramos nunca.

Pero entonces añadió:

—A no ser que haya una situación de emergencia. Que alguien entre a la fuerza en casa cuando yo no esté. Alguien a quien haya que detener.

Mamá soltó una risa nerviosa ante ese comentario. Dijo que confiaba en que dicha situación de emergencia no llegara nunca, pues no tenía la más mínima idea de cómo disparar un arma y se moriría de miedo con sólo tocar su pistola. Y el señor Lesinger contestó con una sonrisa, con el talante de quien perdona a alguien estúpido a quien ama:

—Sólo tendrías que disparar al techo, Debbie. O al suelo. Cualquier intruso saldría por piernas de aquí al verte con una pistola.

El señor Lesinger se rió como si ésa fuera una idea graciosa, y Caitlin y yo también nos reímos.

Esa pistola, una «automática de calibre 45», como la describió el señor Lesinger, se guardaba, descargada, en la cómoda que había junto a su cama.

Al oír eso, Caitlin se atrevió a preguntar de qué servía tener *una pistola descargada*. Si te hiciera falta una pistola en una emergencia, la necesitarías cargada. Por ejemplo, si mamá tuviera que disparar al techo.

Era típico de Caitlin salir con alguna clase de comentario escéptico. Vi al señor Lesinger mirarla como si tuviera ganas de darle una bofetada. No entendí por qué le molestaba tanto la pregunta, que parecía razonable y que habría hecho yo misma de no ser por la timidez que me producía la cercanía del nuevo y siempre huraño marido de mamá; a no ser que hubiera algo que se me escapaba en todo aquello.

—Porque la pistola no está descargada, ¿lo entiendes? Claro que la pistola está cargada.

La cosa era complicada. El señor Lesinger quería que nos mantuviéramos alejadas de su pistola... ¿O teníamos acaso permiso para usarla? La pistola estaba descargada... ¿O cargada?

Incluso Caitlin dejó de hacer preguntas. Mamá nos sonreía a todos, claramente confusa y esperando a que la escena llegara a su fin; en su nuevo matrimonio había muchas de esas escenas, como de la televisión, en las que te veías inmersa, aunque básicamente esperando a que concluyeran. Y el señor Lesinger me ponía nerviosa cuando hablaba con tono amenazador.

Cuando un hombre está molesto, da la sensación de que esté a punto de blandir los puños. No con fuerza, y no para hacerle daño a alguien, ni siquiera a propósito, sino sólo como si fuera a hacerlo por puro reflejo y pudieras resultar herida si te encontraras demasiado cerca.

Y si un hombre te hace daño, y das muestras de dolor, y clavas tu mirada en la suya, jamás te perdonará. Porque serás para siempre la chica *a la que ha hecho daño*, lo que quiere decir que eres la chica *a la que siempre podrá volver a hacer daño*.

El señor Lesinger guardó la pistola en el cajón de la cómoda junto a la cama, lo cerró con firmeza y exclamó:

—¡Listo!

No tuvimos muy claro qué quería decir con ese «¡Listo!». Pero la escena había concluido.

En casa del señor Lesinger, en la planta baja y en la sala de la tele del sótano, había cabezas de ciervo disecadas en la pared. Eran de «ciervo macho», como nos explicó el señor Lesinger. Daba la sensación de que hubiera más, pero eran sólo tres.

El «ciervo macho» más pequeño se veía muy joven, y la cornamenta no era ni mucho menos tan grande como la de los otros dos. Caitlin me dijo en voz baja:

—Ay, por Dios. Qué pena me dan los ciervos.

A mí también me daban pena los ciervos. Me ponía enferma pensar en alguien disparando a esos animales tan bonitos. ¿Por qué los malditos Lesinger no se disparaban a sí mismos? Excepto Hunt, claro.

Cuando nos mudamos a casa del señor Lesinger, nos daban miedo las cabezas disecadas. Cuando alzabas la vista hacia los ojos del ciervo, habrías jurado que eran ojos de verdad, y no de cristal. Y con el alma de un ciervo ahí dentro, devolviéndote la mirada.

*No somos tan distintos. ¿Por qué me mataste?*

*Yo no te maté. Fue un cazador.*

*Pero ¿por qué?*

*No sé por qué. Supongo que... los cazadores cazan. Les gusta matar.*

## V

Aquella tarde, Hunt vino a nuestra casa con su rifle del 22 para hacer prácticas de tiro. Además, trajo dos packs de cervezas que había birlado de una barbacoa familiar en casa de su abuelo, una bolsa gigante de triángulos de maíz y hamburguesas a la parrilla (pero todavía goteando sangre) metidas en panecillos blanditos.

—¡Oh, Hunt! ¡Pero qué has hecho! —Caitlin estaba emocionadísima.

Se rieron juntos como niños pequeños. Hunt miraba a Caitlin como yo soñaba que me mirara un chico algún día: no sólo sonriente y simpático, sino mirando de verdad. Como si hubiera algo en la cara de Caitlin que lo



atrapara, que no le dejara desviar la mirada.

Caitlin llevaba puestos unos shorts muy cortos y una camiseta rosa de tirantes, y enseñaba la tripa, esa barriguita plana que tenía. Era asqueroso verla tan pendiente de sí misma.

Intenté ponerme una camiseta así el verano pasado, pero Caitlin me dijo que era vergonzoso, que estaba demasiado gorda. Mamá la regañó por usar la palabra *gorda* pero a mí me dijo:

—Caitlin es una grosera, aunque tiene algo de razón. Todavía no tienes la figura que se requiere para este tipo de ropa, Steffi.

Intentaba apaciguarme llamándome *Steffi* y no *Steff*.

Intentaba darme esperanzas al sugerir que un día, en un futuro no muy lejano, me sentaría bien esa clase de ropa ajustada y reveladora que lleva mi hermana. Si tenía suerte.

Estábamos solos en casa del señor Lesinger: Hunt, Caitlin, *Steffi*. Los adultos (incluida mamá) estaban en la otra punta de la ciudad, en casa de los abuelos de Hunt, donde hacían una barbacoa familiar en el jardín de atrás. Nos habían invitado, a Caitlin y a mí, pero de una manera que mamá optó por sugerirnos que no fuéramos. A la pobre mamá no le quedó otra que acompañar a su marido y confiar en que alguien de aquella familia se apiadara de ella y le hablara de otra cosa que no fuera lo mucho que echaban de menos a Evvie, la difunta esposa de Martin.

Hunt sólo se había quedado un rato en la barbacoa, y luego cogió el Jeep de su padre y condujo hasta nuestra casa como había planeado (supongo) con Caitlin. No estaba claro si su padre sabía que había venido a nuestra casa, o si alguien lo sabía.

Más adelante, los Lesinger expresarían la incredulidad y la sorpresa más absolutas ante el hecho de que Hunt no estuviera en la barbacoa familiar. Pero sí habían visto allí al muchacho, dirían.

Nadie lo había visto escabullirse y sacar el Jeep marcha atrás del camino de entrada a la casa.

Caitlin metió las hamburguesas en la nevera, por el momento. Hunt abrió cervezas para los tres, pero no pude dar más que un pequeño trago, el sabor era demasiado fuerte y demasiado amargo. Cuando me puse a toser, Caitlin y Hunt se rieron de mí.

—Steff es demasiado pequeña para beber cerveza, Hunt. No tiene edad suficiente.

—No me digas... ¿Y tú qué?

—Yo tengo la edad ideal.

Se rieron juntos, excluyéndome. Empezaba a odiarlos tanto a los dos que me dolía.

Odiar duele. En la zona del pecho.

Vestida de aquella manera y con las chancletas, Caitlin parecía una especie de absurda muñeca hinchable. Se le veía la parte superior de los pechos, blancos y pequeños, y un trozo de la espalda blanca y huesuda, y tenía las muñecas tan finas que daban la sensación de que podían partirse como una ramita. Y se reía de aquella manera que sonaba como un cristal haciéndose añicos, para acaparar la atención de Hunt. Nunca había visto a Caitlin actuar tanto, ni siquiera las noches en las que papá nos sacaba a cenar y nosotras pensábamos que (quizá), si podíamos ganarnos a papá, volvería a casa.

Estábamos fuera, en el porche de secuoya, pasando el rato. Tenía la impresión de que Caitlin y Hunt querían estar a solas, pero Hunt, al menos, era demasiado educado para decirlo. En la mochila también había traído un vídeo, con unos cuantos episodios de *Juego de Tronos*, que el señor Lesinger nos tenía prohibido ver en su televisor. Caitlin dijo que podíamos verlos más tarde, después de las prácticas de tiro. Mientras hubiera luz, quería que Hunt le diera una clase.

Pues sí, mi hermana era guapa. Con aquellas disparatadas mechas de color en el pelo y esos ojos brillantes, no costaba entender por qué un chico como Hunt la miraba como lo hacía.

Un pensamiento me pasó por la cabeza: *A lo mejor él le pegará un tiro. Quizá el rifle se le disparará sin querer. Eso le cerrará el maldito pico.*

¡Ay, pero no iba en serio! Me sorprendí por haber pensado aquello.

Era sólo un pensamiento descabellado que había aflorado en mi mente como una especie de vapor y que se había evaporado al instante. Apenas estaba articulado en palabras. No era un pensamiento que me perteneciera.

Hunt abrió otra cerveza. Caitlin ponía mucho empeño en acabarse la suya. Estábamos comiendo triángulos de maíz, y Caitlin cambió de idea respecto a las hamburguesas.

—Igual tenemos hambre ahora.

Me miró como si yo tuviera que saber cómo reaccionar ante ese comentario.

Dije que calentaría las hamburguesas en el microondas. Había ketchup en la nevera, podía sacarlo al porche. Estaba impaciente por ofrecer mi ayuda, por serles útil; me gustaba ayudar cuando podía. Como si quisiera gustarle a la gente, aunque ellos a mí no me gustaran; como si quisiera que pensaran que me gustaban. O quizá..., *quizá sí que me gustaban, y estaba desesperada por gustarles yo a ellos.*

Así que me fui a la cocina y calenté las hamburguesas durante un minuto, encontré el ketchup en la nevera y unas latas de Coca-Cola, unos pepinillos, salsa, las sobras de una ensalada de patata que había hecho mamá el día anterior, y me llevé todo eso fuera en una bandeja, con platos de papel y servilletas, el salero y el pimentero de cristal que había rellenado (algo que por lo visto yo sabía) la mujer que había sido la señora Lesinger antes que mamá. Y cuando empujé la puerta mosquitera, con torpeza, intentando que no se me cayera la bandeja (Hunt y Caitlin sí que se reirían de mí entonces) y salí a la tarima de secuoya, me sorprendí al ver que allí no había nadie.

Tan sorprendida estaba que creo que hasta me quedé boquiabierta.

—¿Hola? ¿Hola?...

Tuve que suponer que habrían bajado al lago, o al barranco (¿adónde podrían haber ido si no, tan deprisa?), pero no había nadie a la vista. Era extraño, y quizá hasta cómico... Dejé la bandeja en la mesa de pícnic, recorrí de un extremo a otro el porche de secuoya, buscando a Caitlin y a Hunt, exclamando «¿Hola? ¿Hola? ¿Dónde estáis?», y diciendo, de un modo bastante patético: «Vuestras hamburguesas están listas...».

Se me ocurrió que quizá se habían escondido por la casa. ¿En el garaje? ¿En la sala de la tele del sótano?

Lo único que sabía era que no habían entrado en la casa por la cocina. Por lo menos sabía eso.

*¡Steff! Se te ve un poco perdida.*

Eso era exactamente lo que me habría dicho mi madre, prácticamente me parecía estar oyéndolo. La voz de mamá casi susurrándome al oído.

Pero mamá no estaba, allí no había nadie. Nadie había hablado.

Sencillamente no conseguía imaginar dónde se habrían metido Caitlin y Hunt. Si habían bajado al barranco, era una caminata demasiado larga como para que pudieran llegar tan rápido, a no ser que hubieran corrido. (Pero ¿por qué correr? ¿Por qué correr para huir de *mí*?)

*Un poco perdida.* Era triste que mamá me dijera algo así, pero era

verdad. Mamá siempre me regañaba por no ir bien arreglada como Caitlin (ella decía «como otras chicas de tu edad», pero yo sabía que se refería a Caitlin), pero supongo que en el fondo me quería, y que sentía lástima de mí. Pero es precisamente cuando la gente es amable conmigo cuando me dan ganas de llorar, y me siento muy mal. Así que dije:

—Los odio a ambos. Ojalá Caitlin se *muera de una puta vez*.

Eso fue una sorpresa tanto para mamá como para mí. Era la primera vez que decía algo así, incluso para mí misma.

Mamá me miró asombrada. *Cuidado con esa boca, niña*.

Me di la vuelta para que mamá no pudiera verme. Movía la boca pero no salía ningún sonido de ella.

*Sabes que en esta casa no se permite ese tipo de lenguaje. Es grosero y vulgar y tu hermana también sabe que más le vale no hablar así, y si tu padrastro te oyera se quedaría horrorizado. Y si te oye cualquiera pensará que eres una barriobajera. Debería darte vergüenza.*

Pasados unos minutos, los llamé:

—¿Caitlin? ¿Hunt? —y fui al trote hasta el borde del lago, donde la tierra era pantanosa y olía mal, y hasta el barranco, donde los matojos eran tan altos y los árboles jóvenes tan espesos que casi no se distinguían los restos del coche allá abajo, y podía ver que no estaban allí, pero aun así los llamé de nuevo como una tonta:

—¿Caitlin? ¿Hunt?

Si eso fuera la tele, la gente se estaría riendo de mí. Un público invisible se reiría de la niña gorda que parece *un poco perdida*.

Volví al porche de secuoya y rodeé la casa hasta la entrada: ahí precisamente estaba el Jeep del padre de Hunt; no se había movido.

(De repente me había dado miedo que se hubieran ido en el Jeep y me hubieran dejado. Quizá habían decidido ir a la barbacoa de los Lesinger y de algún modo se habían olvidado de mí.)

Pero entonces volví a entrar en la casa. No se me había ocurrido que quizá habían entrado por la puerta principal y podía ser que estuvieran allí dentro en alguna parte.

Pero no estaban en ninguna de las habitaciones de la planta baja. Allí no había nadie excepto el ciervo disecado, que me miraba con expresión de lástima. *Niña perdida. Perdida como nosotros. Trofeos en la pared. Patético.*

Ahora sudaba, y respiraba con dificultad. ¡Me sentía tan avergonzada!

Dejé de llamarlos («¿Hunt? ¿Caitlin?») y pensé que si no me oían no podía culparlos por no contestarme; pero si continuaba llamándolos y resultaba que sí me oían, eso significaría que me estaban tomando el pelo y que se habían escondido de mí, y eso sería humillante.

Volví a salir al porche de secuoya y seguían sin estar ahí. Había una mosca merodeando por una de las hamburguesas, pero estaba demasiado distraída como para ahuyentarla.

La cerveza de Caitlin estaba en la mesa de pícnic. Creo que tenía que ser la de Caitlin porque estaba medio llena.

Había por lo menos dos vacías sobre la mesa. Ésas tenían que ser de Hunt. (Pero ¿se había llevado una tercera en la mano? ¿Se había ido con una botella?) La botella a la que yo había dado sólo un par de sorbos seguía donde la había dejado, sobre la barandilla.

La cogí con un gesto brusco y le di otro sorbo. ¡Qué amarga! Pero conseguí tragar, por puro rencor.

Se habían ido a alguna parte, y Hunt se había llevado consigo su botella de cerveza. Quizá. (Ahora me percataba de que el rifle de Hunt estaba en la tarima donde lo había dejado. Y su mochila. Ninguna de las dos cosas se había movido.)

Me pregunté si debería esperar a que volvieran. Era obvio que no podían andar muy lejos.

Naturalmente, aquello era una especie de broma. Que me gastaban a mí.

No una broma mezquina, sino sólo una broma.

—¡Eooo, Steff! Hola.

De repente me llegó la voz risueña de Hunt, y la risa aguda de Caitlin.

Habían estado abajo, en la sala de la tele, al fin y al cabo. Había una entrada al sótano en un lado de la casa de la que al parecer me había olvidado. Me quedé allí de pie en el porche parpadeando y confusa, pero al cabo de un minuto sentí alivio al oírme reír.

Me reía tanto que me dolía la barriga. Porque había conseguido acabarme la botella de cerveza, y me sentía..., bueno, rara.

¿Cómo lo llaman?... *Piripi*.

Hunt y Caitlin me contaban (¡como si esperaran que me lo creyera!) que habían decidido experimentar con el televisor, o el reproductor de DVD, sólo por ver si funcionaban.

—Para luego, cuando veamos el vídeo.

Hunt llevaba una botella de cerveza en la mano, en efecto. Tenía la sonrisa torcida y aniñada y arrastraba las palabras.

—Puede que queramos ver una peli online. Si el DVD no funciona.

¿Por qué me contaba Hunt tantas cosas? Como si fuera importante para él que yo le creyera.

Abrí otra cerveza. La pequeña chapa salió disparada para surcar la superficie de secuoya, y nos reímos al verlo.

Nos sentamos a la mesa a dar cuenta de la comida que yo había preparado. Caitlin no tenía mucho apetito para la hamburguesa ya tibia.

—Joder, Steff, ¡está dura como una piedra! ¿Qué le has hecho?

Pero se bebió la Coca-Cola como si tuviera mucha sed.

Hunt se zampó dos hamburguesas bañadas en ketchup y más de la mitad de la ensalada de patata.

—Gracias, Steff. Esto es genial.

*Steff.* Ni siquiera se había dado cuenta de lo que había dicho, de que copiaba a mi hermana.

Caitlin decía que comer carne era *asqueroso*. Que comer músculo y tejido animal era *asqueroso*. Últimamente había estado pensando en hacerse vegana.

—La carne es proteína —dijo Hunt—. Los veganos se vuelven flacos y enfermizos.

—Caitlin ya es delgada —puntalicé.

Era un comentario estúpido, pero todo el mundo se rió, incluida Caitlin.

Entonces, ella dijo:

—Steff, ¿hay helado? ¿En el congelador?

—No, creo que no.

—¿Por qué no vas y lo compruebas?

No había helado en el congelador. El señor Lesinger tenía debilidad por los helados, así que le prohibió a mamá que comprara. A veces nos dejaban tomar yogur helado, pero tampoco había yogur helado en el congelador. Quizá Caitlin no lo sabía o hacía ver que no lo sabía.

Era una indicación que me hacían, diciéndome que entrara en la cocina a comprobarlo. Que sacara al porche un tarro de helado y tres cucharas.

Así que entré, pero tuve que ir al baño. Y al salir miré en el congelador, que estaba de paquetes de carne y de sobras a rebosar, pero ni rastro de helado.

Encontré unas galletas de jengibre en el armario. En uno de los estantes más altos, donde el señor Lesinger le había pedido a mamá que las pusiera, para que no pudiera alcanzarlas con facilidad, o de lo contrario se comería la caja entera. Las saqué fuera.

Esta vez, al salir al porche, los vi a los dos alejándose, sin prisas y sin mirar atrás, hacia el barranco.

—¡Eh! ¿Hunt? Caitlin...

Hunt llevaba el rifle colgado del hombro. Caitlin lo había convencido de que le diera clases de tiro. Si mamá lo supiera se enfadaría mucho. Al señor Lesinger tampoco le habría gustado. Me vino un pensamiento malvado a la cabeza: *Caitlin se va a meter en un lío. Ambos lo harán.*

Me quedé en la tarima, mirándolos, sumida en mis pensamientos. La cerveza me ayudaba a pensar con claridad. *No voy a volver a perseguiros.*

Lo que hice fue recoger la mesa del pícnic. Como si ellos no me importaran lo más mínimo, o como si ni siquiera los hubiera visto. ¡Malditas moscas, qué pesadas! Servilletas llenas de ketchup, la hamburguesa y el pan hechos trizas de Caitlin. Todos los platos habían acabado embadurnados de mayonesa de la ensalada de patata. Y luego estaban las botellas de cerveza vacías, y había triángulos de maíz pisoteados en el suelo.

*Os odio tanto. Os odio odio odio tanto, ojalá estuvierais los dos muertos.*

Pensé que me comportaría de forma responsable, como lo haría mamá en una situación así. Cuando papá le decía cosas horribles y la hacía llorar, ella se refugiaba en la cocina y se ponía a lavar platos, a recoger. A veces fregaba el linóleo manchado, agachada en el suelo.

Evitábamos a mamá cuando pasaba eso. Caitlin, Kyle, Steffi.

*¡Pobre mamá! Es patética.*

*Mejor quitarse de en medio.*

Desde la cocina podía verlos por la ventana. Ahora estaban en el barranco, ahí de pie. Intenté imaginarme qué se estarían diciendo el uno al otro, pero no podía. Sin mí, hablarían de cosas que no podía imaginarme. Eso me dolía tanto que me estaba bebiendo la segunda, quizá la tercera botella de cerveza. El zumbido en la parte de atrás de mi cabeza era más fuerte ahora y despedía una luz amarillenta. Casi podía ver esa luz si cerraba los ojos.

Oí un disparo...; tenía que ser Hunt con su rifle.

Desesperada, pensé: «No volveré a correr detrás de vosotros. Nunca

más».

Arriba, en la habitación en la que dormían mamá y el señor Lesinger, en el lado del señor Lesinger había una cómoda, y dentro de uno de los cajones estaba la pistola. *No la toquéis nunca. Sólo en caso de emergencia.*

Me vi a mí misma abriendo el cajón, y vi mi mano cogiendo la pistola, que era muy *pesada*.

En realidad, sólo estaba mirando. El zumbido en la parte de atrás de mi cabeza se había extendido hasta la parte frontal, sobre los ojos, y observaba mis propios actos a través de ese zumbido que era como una luz fluorescente.

Tenía la pistola en la mano, *una automática de calibre 45*. Daba un poco de miedo, pero también resultaba reconfortante. Como si el hecho de tener algo tan pesado en la mano le diera a tu mano cierta distinción.

Como si eso fuera la televisión, o un primer plano de una película. La mano de la chica, y la chica en sí, a la que no querías mirar durante más de un segundo, tenían de pronto cierta distinción.

No pensé: «¿Estará cargada?». Por algún motivo, eso no se me pasó por la cabeza en ningún momento, al igual que (de algún modo) antes no se me había ocurrido que mi hermana y mi primo podían haberse escondido de mí en la sala de la tele del sótano, cuando tenía la puerta ahí mismo a la vuelta de la esquina.

Hay cosas que sencillamente una no piensa. Aunque luego se da cuenta de que son lo primero en lo que una debería haber pensado.

Parecía requerir mucho tiempo llegar hasta el final de aquel campo, al que el presuntuoso señor Lesinger insistía en llamar césped. El sol quemaba más que antes y empezaba a ver un poco borroso.

Hunt y Caitlin no estaban en el barranco ahora, sino de pie junto al lago en la zona pantanosa donde crecían aneas que a un adulto le llegaban al hombro. Había basura allí también, traída del barranco por una fuerte tormenta. Hunt miraba sobre el cañón de su rifle, apuntando a algo en el lago..., a un punto de agua reluciente. Disparó, y Caitlin soltó un gritito de susto. Pero era un susto falso, se notaba.

Ahora Caitlin no tenía tantas ganas de coger el rifle, supongo. Le había encantado tontear con Hunt, pero ahora que de verdad tenía que empuñar el rifle, no lo tenía tan claro.

—¡Eh! ¡Hola! —exclamé—. ¡Mirad lo que tengo!

Hunter se volvió, y cuando me vio con la pistola en la mano no pareció



tan contento de verme como había imaginado. Y Caitlin parecía horrorizada.

Había creído que mi primo, que adoraba las armas, quedaría impresionado por esa pistola. Y que, por supuesto, también yo lo dejaría impresionado.

—¡Steff, por el amor de Dios! ¿Qué tienes ahí?... ¿una pistola?

Caitlin estaba horrorizada, pero también furiosa. No pareció reparar en mi cara sonrojada, que sentía caliente e hinchada. El zumbido en mis oídos era como un rugido.

—¿Es... *su pistola*? ¿La has cogido de su habitación? Oh, Dios mío.

Hunt intentaba sonreírme, pero noté que ponía cara de reproche.

—¿Es ésa la pistola de mi tío, Steff? Quizá deberías bajarla.

Le dije a Hunt que yo también quería una clase de tiro. Que yo también quería aprender.

Caitlin dijo:

—Eso no es un juguete. Es la pistola del señor Lesinger. Vete a dejarla donde la hayas encontrado. No se lo diremos a nadie, pero más te vale hacerlo..., ahora mismo.

Sabía que mi hermana diría eso. O algo parecido. Era típico de Caitlin echar por tierra cualquier cosa que quisiera hacer yo, cuando por fin estaba a punto de ser feliz por una vez.

No deseaba más que asustar a Caitlin. Por lo mala que era conmigo y lo avergonzada que parecía sentirse de mí. El error fue mío, sé que fue mío, pero también fue de Caitlin, por ser tan mala conmigo. Se burlaba de mí, era una creída y una egoísta, y yo le importaba una mierda. Cuando estábamos con papá siempre acaparaba toda su atención, al igual que toda la luz de una habitación, o todo el oxígeno de una habitación, y yo no le importaba, y me sentía muy sola.

*Qué asqueada* parecía ahora, mirándome como si ni siquiera debiera tenerme miedo. Ni respeto.

Pues yo tenía la pistola del señor Lesinger, que tenía que sostener con ambas manos porque pesaba mucho. Y fingía que estaba cargada. Fingía que dispararía de verdad si apretaba el gatillo.

—¡Al suelo! ¡Al suelo, quedan arrestados!

Imitaba a los polis en las series de televisión, que siempre les gritan a los patéticos borrachos que están de whisky hasta las cejas y a quienes intentan echar el guante. «¡Al suelo! ¡Al suelo ahora mismo!» Los hombres se resisten

a obedecer, a veces por rebeldía pero a veces porque son incrédulos y están aturcidos y borrachos. En ocasiones, van incluso medio desnudos, sin camiseta y sin zapatos. Con michelines de grasa desbordándose por encima del cinturón. Cuando los ves en la tele te producen repugnancia, que es como una versión asqueada de la lástima. *¡Qué van a pensar sus hijos! ¿Tiene una hija? ¿Cómo puede presentarse ella en el colegio? Se siente más avergonzada de lo que yo lo estaré nunca.*

Caitlin me decía cosas malas e hirientes, Caitlin me amenazaba con contárselo a mamá y al señor Lesinger. Caitlin me hablaba con sorna como si ni siquiera me conociera, hasta ese punto yo era inferior a ella. Caitlin se acercó a darme una bofetada, o para quitarme la pistola..., eso es lo que recuerdo.

Y la pistola se disparó...; eso es lo que recuerdo.

Recuerdo que me escabullí por la hierba pantanosa, y que los pies se me hundían en el barro. Y debí de mover la mano que sujetaba la pistola. La dirección a la que apuntaba el cañón cambió. En ese momento no parecía tener control sobre el arma, pesaba demasiado, y no es la idea en sí de una pistola lo que resulta emocionante sino su peso y la sensación que te transmite, la de que es algo diferente. Porque es posible que Caitlin no se abalanzara sobre mí ni tratara de abofetearme, pero sí recuerdo la expresión de asco en su rostro. Y a Hunt, con expresión de sorpresa y de miedo, diciéndome:

—Eh, Stephanie..., no nos apuntes con eso.

Hunt tendía una mano hacia mí, y había hecho retroceder a Caitlin para que se quedara tras él, como si pretendiera protegerla. ¿Protegerla? ¿De qué! Me puso furiosa ver eso, porque al parecer había un malentendido. Y daba la sensación de que fueran a culparme a mí. Cerré los ojos. No apreté el gatillo, pero... la pistola se disparó.

Se oyó un fortísimo *¡bang!* La pistola del señor Lesinger se disparó sola, salió despedida de mi mano y cayó al barro.

Supe, entonces, que había ocurrido algo terrible. No fue culpa mía, no fue culpa de Hunt. Si alguien tuvo la culpa fue Caitlin, pero no sería a ella a quien castigarían.

Vi a Hunt de rodillas en la hierba, con una expresión de susto, dolor y miedo en el rostro. Y la sangre como una flor oscura que se abría en su camiseta, en lo alto del pecho. Y oí gritar a Caitlin. Y yo también gritaba...; creo que era yo quien gritaba.

## VI

—¿Stephanie? —La voz suena decidida pero amable.

En este sitio hay una atmósfera de aceptación, de que nada resulta sorprendente.

En realidad, no es lo que una llamaría confianza. Veo en sus caras, en sus ojos, que no se sienten cómodos conmigo, ni con otros menores remitidos allí por la justicia como yo, aunque puedan mostrarse bondadosos con nosotros y nos acepten como pacientes externos que reciben terapia por prescripción de un juez. Para ellos somos *trabajo*, y *trabajan* para conseguir que nos pongamos bien.

No le he contado a nadie del personal de la clínica que sufro un tremendo desengaño. Les he dicho que lamento muchísimo lo que hice, pero una parte de mi cabeza (es posible que el personal con mayor experiencia sea capaz de «leer» esa parte de mi pensamiento, pero finjo no saberlo) no cree en realidad que lo que ocurrió fuera culpa mía, o culpa mía del todo. ¡Mi hermana! Mi hermana es la culpable.

Hunt no murió. Pero Hunt tardó mucho tiempo en recuperarse, tras una operación cardiovascular de urgencia para salvarle la vida.

Hunt ya no se alistaría en la Guardia Nacional del estado de Nueva York, ni en ninguna otra de las fuerzas armadas. Probablemente, Hunt nunca estaría lo bastante fuerte para escalar y acampar en las montañas como le había encantado hacer.

Nunca volvería a ver a Hunt. Lo sabía.

Poco después del «accidente con arma de fuego» (así lo llamaron), me mandaron a vivir con mi padre y su nueva esposa en Jamestown, Pensilvania.

Hicieron eso, en parte, porque el señor Lesinger ya no me quería en su casa, nunca más. Pero también porque Caitlin había llegado a odiarme de verdad. (Antes no me odiaba, ahora me doy cuenta.) Y mamá parecía tenerme miedo, aunque insistía en que no era así y en que me quería *tanto como siempre*.

Se consideró que lo mejor sería que me fuera a vivir a algún otro lugar donde (casi) nadie me conociera. Un nuevo hogar, un nuevo distrito escolar. En el juzgado de familia de Morgantown se decidió que, como no tenía antecedentes delictivos, recibiría *psicoterapia* y *orientación psicopedagógica* como paciente externa. No me recluían en ningún centro.

Papá tiene ahora la custodia exclusiva por lo que a mí respecta, aunque diría que no le gusta semejante acuerdo, y sé que a su esposa no le gusta nada. Y hasta Kyle me tiene miedo a veces.

Porque me he convertido en una de esas personas de las que los demás dicen: *Hay algo en esa chica que no acaba de estar bien. Andaos con cuidado con ella.*

Y es así aunque no sepan quién soy, o que provoqué un «accidente con arma de fuego» cuando tenía trece años. Pese a que no sepan que sufro un tremendo desengaño, dirán de mí: *Esa chica, Stephanie. Sencillamente, andaos con cuidado con ella.*

Lo que sí es verdad es que mi corazón no acaba de estar bien. No puedo respirar profundamente como lo hacía antes, porque me duele el pecho. No puedo dormir más de una hora o así de un tirón: algo me despierta, como un bofetón. Oigo la voz aguda y gruñona de una chica, oigo gritar a una chica. Y me incorporo hasta quedarme sentada en la cama, jadeando. En la oscuridad, perturba lo que el día pueda traer consigo. A veces veo un barranco envuelto en sombras y con algo que reluce al fondo. Hay un lago, sin orilla opuesta que yo pueda ver, pero me hacen saber que, si consigo llegar nadando a esa otra orilla, todo volverá a estar bien y mi primo Hunt volverá a quererme.

En este sitio me siento muy sola. Pero estoy sola en todas partes, porque llevo mi soledad a la espalda como si fuera una pesada mochila.

Ya nadie me llama *Steff*, ni *Steffi*.

# LA CHICA AHOGADA

## I

Fue en un depósito de agua de cinco mil litros en el tejado, donde murió.

Al cabo de once días, su cuerpo desnudo estaba tan putrefacto que el agua del depósito quedó gravemente contaminada, rebosante de bacterias de la descomposición.

Pero durante once días el agua siguió llegando por las tuberías al edificio de debajo, un destartado bloque de tres plantas de piedra rojiza en Pitcairn Avenue, que se llamaba «El Magallanes», donde los estudiantes que no podían permitirse las residencias universitarias alquilaban habitaciones fuera del campus.

Casi todos ellos eran estudiantes extranjeros. Y de posgrado.

Unos cuantos aún cursaban la carrera, en realidad, pero no a jornada completa, y eran algo mayores.

*Abrí el grifo en mi lavabo, y el agua que salió, primero escupiendo a trompicones y luego a chorro, era de un repugnante color amarillento y apestaba a excrementos.*

*Antes de eso, llevábamos alrededor de una semana con la presión del agua muy baja. Abrías el grifo y sólo salía un hilillo. Pero entonces no parecía amarillenta..., aunque es posible que, con tan poca luz, no lo viera con claridad.*

*Horrorizado, sintiendo náuseas, dejé correr el agua hasta que saliera a borbotones...; supongo que pensé que acabaría «aclarándose», que finalmente se podría beber.*

*Por alguna razón, abrí también el grifo de la ducha, sólo por ver si el agua que salía por la alcachofa también era amarillenta..., aunque debería haber sabido que no hacía ninguna falta, porque también lo era, por*

*supuesto.*

—«Miri Krim.»

Yo susurraba a menudo su nombre. Si cerraba los ojos, «Miri» me sugería las alas relucientes de una mariposa.

Pero «Krim» me hacía pensar en un tajo profundo. Fino como el de una cuchilla, de esos que no sangran de inmediato y, cuando lo hacen, te asombra descubrir la sangre en tus manos.

Tenía diecinueve años cuando murió. Ahogada.

Es decir, *cuando la ahogaron.*

Pues, sin duda, Miri Krim no se había ahogado de manera fortuita. ¡No en un sitio tan terrible como ése, ni en esas circunstancias! Ni, desde luego, desnuda.

Y tampoco (como algunas autoridades —masculinas— tuvieron la desfachatez de sugerir) se había suicidado.

Nosotras (las chicas, las mujeres) sabemos cómo nos quitaríamos la vida, en caso de que decidiéramos hacerlo. Y sabemos, desde luego, *que no sería en un depósito de agua en un tejado. Y no lo haríamos desnudas.*

Yo no vivía en el Magallanes. Pero sí me atraía la fascinación del Magallanes.

De camino al campus universitario, pasaba todos los días por delante del edificio. Primero pasaba por el lado del edificio que daba a Humboldt Street; luego doblaba la esquina hacia la izquierda y pasaba ante la fachada, que daba a Pitcairn Avenue.

Desde la calle no se veía el depósito de agua. No.

Era *su edificio*. Aunque Miri Krim estuviera muerta, y nadie hubiera explicado nunca de forma convincente cómo murió, y los inquilinos más recientes del Magallanes fingieran no saber su nombre, el edificio seguía siendo suyo.

«¿Miri Kim? Nunca he oído hablar de ella, lo siento.»

«¿Quién? No.»

«¿De dónde es ese nombre? ¿Chino?»

«Lo siento. A lo mejor algún otro puede serle de ayuda.»

«Nooo.»

Fue en el instituto donde se me había despertado un interés por las epidemias. Por las enfermedades infecciosas. Había leído en *Scientific American* un artículo aterradoramente realista sobre el ébola, la mayor «plaga» del siglo xxi.

Nuestra biblioteca escolar en las Adirondack, en el estado de Nueva York, era muy limitada. Los ordenadores eran viejos y fallaban a menudo. Aun así, me las apañé para redactar un ambicioso trabajo de fin de trimestre sobre la rabia para la asignatura de Biología y Ecología, que mi profesor alabó ante la clase y por el que me puso un sobresaliente.

Patógenos (invisibles) (ingentes) que invadían un cuerpo (indefenso) con la intención de destruir al organismo huésped: era fascinante, espantoso.

Yo no creía en Dios, aunque siempre había encontrado cierto consuelo en el hecho de que algunos adultos sí lo hicieran. Pero ahora me parecía (obvio) que ni siquiera esas personas podían «creer» seriamente que Dios velara por los hombres más de lo que velaba por unos patógenos, que Él mismo había creado, con el poder de aniquilar por completo a la raza humana.

*Una chica ahogada. En un depósito de agua, en un tejado.*

El cuerpo de una muchacha al que se le habían hecho cosas (no identificadas).

¿Sabía yo de la existencia de Miri Krim antes de matricularme en la universidad? Me parece que sí, que algo sabía. Algo.

Es decir, que algo había oído, en el colegio universitario. Pero no lo sabía de primera mano.

Una atrocidad como ésa es como una sombra, o un eclipse. Lo «ves» con tus propios ojos pero no eres capaz de comprender su significado. Y tampoco pueden explicarlo otros, hasta tal punto es feo.

En la biblioteca de la universidad no me es posible acceder a menudo a un ordenador. Siempre los están usando. En la pantalla de mi maltrecho portátil aparece un mensaje permanente: «No hay conexión a Internet».

¿Pretenden burlarse de mí porque soy una alumna del norte que solicitó el traslado, una alumna «mayor»? ¿Porque no formo parte de los alumnos «acomodados» de esta universidad?

En la oficina de los servicios de alojamiento no son tan simpáticos si eres una alumna «mayor» y que estudia «a tiempo parcial». Si dependes de préstamos al estudiante y una matrícula «a plazos».

Tampoco es que te traten abiertamente con desdén, pero sí hay una clara frialdad.

Tengo varios años más de los que tendría Miri Krim si siguiera viva. Soy alumna de primero en la universidad, en la Facultad de Ciencias Sociales en la que Miri Krim estaba en segundo.

Aunque pedí el traslado de expediente de mi colegio universitario en las Adirondack, la universidad no quiso convalidarme los tres cursos que había cursado allí y en los que había sacado sobresaliente en todo. Así pues, injustamente en mi opinión, sólo soy una alumna de primero en esta universidad, a mis veinticinco años. Y no se me permite (todavía) cursar las asignaturas que me gustaría estudiar.

En la Facultad de Ciencias Sociales, en realidad, no se nos considera *alumnos de primero, segundo, tercero o cuarto*. No consideran esos términos dignos de nosotros porque sólo estudiamos a tiempo parcial y somos (o solemos ser) mayores que los alumnos universitarios a tiempo completo.

No pagamos la misma matrícula que los alumnos a tiempo completo. Pagamos por cada «crédito», que es como contar céntimos en la palma húmeda y maloliente de un extraño. Por muchos céntimos que pongas nunca son suficientes.

No soy una persona amargada; serlo no forma parte de mi naturaleza. La amargura no me viene «de familia», pues no sería una forma cristiana de comportarse. He expresado en muchas ocasiones mi gratitud por el hecho de que se me permita matricularme en la universidad ciñéndome al plan de pago aplazado que está disponible para aquellos alumnos que han cumplido con ciertos requisitos.

Tras su muerte, se revelaría que Miri Krim estaba en deuda con la universidad. Sólo debía mil setecientos dólares, que no parece una gran suma, salvo si mil setecientos dólares son para ustedes una gran suma, como lo son para algunos de nosotros.

Las noticias sobre la muerte de Miri Krim acapararon los informativos nacionales durante un par de días, y luego desaparecieron. En la zona del condado de Hudson, que es donde está la universidad, se proporcionó también, o quizá se filtró, la información de que Miri Krim estaba en deuda con la universidad y que, en el momento de su desaparición, su asistencia a clase no era continuada.

En ocasiones se dejaba caer que Miri Krim era una *alumna procedente de un colegio universitario del norte del estado*.



(Miri Krim había asistido un único semestre al colegio universitario del condado de Allegheny, que queda varios cientos de kilómetros al suroeste del colegio universitario de las Adirondack.)

(Miri Krim y yo no nos conocíamos. Sólo los habitantes del sur del estado de Nueva York eran capaces de pensar que las regiones de Allegheny y Adirondack están cerca una de otra.)

(No sólo no nos habíamos visto nunca sino que la posibilidad de un encuentro entre ambas es virtualmente nula, puesto que no asistimos a la universidad al mismo tiempo.)

(¿Qué significa «nula»? Pues que equivale a cero, es decir, nada de nada.)

De no ser por el Magallanes, ¿estaría Miri Krim viva hoy en día?

*La vimos en el vestíbulo, junto a los buzones. O eso creímos.*

*Resultó que a lo mejor no era ella, la chica a la que recordábamos.*

Miri Krim se mudó al Magallanes el 6 de septiembre de 2010, y el 30 de abril de 2011 se informó de su «desaparición», aunque nadie reparó en su ausencia en esa fecha, puesto que tenía pocos amigos y asistía a clase de manera irregular. Los vecinos del Magallanes no la veían (habitualmente) a diario.

Con el paso de los días, la ausencia de Miri Krim se volvería más evidente.

En el Magallanes, Miri Krim vivía (sola) en el 2 D, una habitación en el segundo piso con una única ventana que daba a Humboldt Street.

El Magallanes no es propiedad de la universidad, aunque figura entre los alojamientos que ésta supervisa.

Los Krim van a demandar tanto al Magallanes como a la universidad por «negligencia criminal» en la muerte de su hija.

La mañana del 10 de mayo, un conserje del edificio encontró el cuerpo desnudo y sin vida de Miri Krim, en avanzado estado de descomposición, flotando boca arriba, en poco más de tres metros de agua, en el depósito del tejado. Para entonces, el agua del Magallanes estaba claramente contaminada. De cada grifo y cada alcachofa de ducha brotaba agua amarillenta. Los inquilinos se quejaban de «un sabor asqueroso y un olor repugnante». Se volvió a llamar a los agentes de policía que habían registrado previamente el edificio, incluido el tejado, para que acompañaran al conserje allí arriba una vez más.

«¿El depósito de agua? Echemos un vistazo.»

Hicieron falta dos hombres para levantar la pesada cubierta.

¡Qué asco! Fue terrible, horroroso...

*Y pensar que nos habíamos estado bebiendo esa agua, que habíamos cocinado con esa agua..., hasta que se volvió tan amarillenta que supimos que algo andaba mal.*

*¡Madre mía! Lo sabía, creo que lo sabía, que lo supe al instante... Allí pasaba algo. Quizá pensé que se trataba de herrumbre en el agua, de las tuberías.*

*Imagínense, lavarse los dientes..., aunque para eso no hace falta mucha agua, sino sobre todo pasta de dientes...*

Cuando llegué a la universidad en septiembre de 2010, la gente seguía hablando de *la chica ahogada, la chica del depósito de agua*. Pero era raro que alguien pronunciara el nombre de *Miri Krim*.

El informe del forense del condado de Hudson no se había hecho público hasta el mes de agosto. No se dio explicación alguna de por qué la autopsia había tardado tanto.

Y el resultado no era concluyente: *suicidio o ahogamiento fortuito*.

Muchos no dieron crédito y se pusieron furiosos. ¿Cómo se las había apañado la chica para ahogarse en el depósito de agua? ¿Cómo había llegado hasta el tejado?, ¿cómo había levantado la pesada cubierta ella sola?

Si el cuerpo de Miri Krim había presentado heridas, para entonces estaba demasiado descompuesto como para identificar dichas heridas. Si Miri Krim se había quitado la vida, no había dejado ninguna nota de suicidio.

Si hubo «sospechosos» que vivieran o trabajaran en el Magallanes, o cerca, que pudieran haber tenido la oportunidad de haber secuestrado, violado y asesinado a Miri Krim, nunca se arrestó a ninguno.

Se recolectaron una serie de pruebas de violación que, tal como se dijo (según el departamento forense), se habían «extraviado» (las había perdido el departamento forense).

Esos pensamientos me rondan la cabeza como mosquitos. A veces, en mitad de las abarrotadas clases en la facultad, el zumbido se vuelve tan persistente que apenas oigo la voz del profesor y tengo que mirarlo muy fijamente como si leyera los labios.

Ha llegado a convertirse en un hábito, en una compulsión, mirar por encima del hombro, durante la clase, para examinar (rápidamente y con discreción) los rostros de los extraños que tengo detrás, porque me parece, como en uno de esos test de percepción en que se repiten hileras de figuras idénticas, y una única figura singular se oculta entre ellas, que el de *la chica ahogada* está entre esas caras.

Su rostro, el rostro de una chica muerta, entre los rostros de los vivos.

Trato de quitarme esos pensamientos de la cabeza, pero no suelo conseguirlo.

Hay momentos en que siento su presencia.

Incluso antes de que supiera que Miri Krim había vivido en el edificio ante el que yo pasaba cada día, y que su ventana en el segundo piso daba a Humboldt Street, muchas veces, cuando pasaba por la parte lateral del edificio, alzaba la vista hacia la segunda planta, hasta una de las ventanas, *como si una figura me hiciera señas desde allí*.

No veía un rostro en la ventana, sino más bien el ondulante reflejo de una cara (pálida). Si me detenía para fijarme bien, el reflejo se desvanecía.

Poco después, cuando me enteré de que la joven de diecinueve años llegada del norte del estado de Nueva York había tenido una habitación en ese edificio, comprendí (o creo que comprendí) por qué alzaba yo la vista hacia una de las ventanas, y no me sorprendió (o no me sorprendería cuando finalmente me enterara) que ésa fuera, de hecho, *la ventana del 2 D*.

Si me hubiera matriculado en la universidad un año antes, podríamos habernos visto. Miri Krim en la ventana mientras Alida Lucash (así me llamo; sí, ya lo sé, no es un nombre muy bonito) pasaba por la acera debajo de ella.

Habría ocurrido de esa forma fugaz en la que «vemos» a una persona extraña sin tener la menor idea de que, más adelante, pasará a formar parte de nuestra vida.

Una vez que lo supe, me detenía a menudo ante la entrada del edificio y escudriñaba el interior del vestíbulo. Si no había nadie mirando, entraba (pues la puerta principal no estaba cerrada con llave) y examinaba los buzones. Pero en el buzón del 2 D no figura nombre alguno, ni siquiera un pequeño rectángulo blanco en el que pudiera haberse impreso un nombre.

Quizá me preguntaran: «Perdone, ¿busca a alguien?», y yo respondiera: «A Miri Krim..., ¿la conoce?». Y quien contestara fingiría ignorancia, o

expresaría una rotunda negación: «¿Kim? ¿Es un nombre coreano o algo así?», y yo diría: «Miri Krim, no “Kim”. Antes vivía aquí», y la respuesta sería tensa y antipática: «Bueno, es que acabo de mudarme aquí, lo siento».

Después de que el cuerpo en avanzado estado de descomposición de Miri Krim apareciera en el depósito de agua, las autoridades acordonaron de inmediato el Magallanes y evacuaron a todos los inquilinos con el fin de llevar a cabo una exhaustiva revisión de las conducciones de agua por orden del departamento de sanidad del condado. No es de extrañar que pocos de esos inquilinos tuvieran deseos de regresar al 803 de Pitcairn, de modo que es muy posible que quienes aseguraran no haber oído hablar de Miri Krim estuvieran, de hecho, diciendo la verdad.

Desde el 5 de septiembre de este año vivo en el 22 de Humboldt Street, en una residencia privada en la que tengo una habitación alquilada y comparto cuarto de baño con otra inquilina, una chica de más o menos mi edad. Nuestra casera es una profesora universitaria retirada.

Humboldt Street es una calle de casas victorianas de estructura de madera (un poco venidas a menos) que se han dividido en habitaciones. En esas casas se vivían antaño vidas reales, vidas en familia. Tienen galerías y porches delanteros y los vestigios de jardines antes muy cuidados.

En el jardín trasero lleno de hierbajos del número 22 hay un resquebrajado bebedero de arcilla para pájaros que contenía lo que me pareció que era el diminuto esqueleto de un ave y resultó (cuando lo inspeccioné) un montoncito de ramitas.

Sólo hay un trayecto de tres minutos andando hasta el Magallanes, en la esquina de Humboldt y Pitcairn, con la fachada que da a Pitcairn.

Pero el edificio de apartamentos cuenta con una entrada trasera, en un estrecho callejón con un contenedor para escombros y cubos de basura. Allí prevalece cierto aroma a podredumbre.

Desde la acera no se ve el depósito de agua en el tejado del Magallanes. Desde la habitación 2 D se vería (posiblemente) el tejado del edificio de ladrillo de apartamentos de enfrente, donde se dice que hay un depósito de agua idéntico de cinco mil litros.

En una de mis asignaturas, el profesor preguntó a los alumnos cómo reconoceríamos *la parte frontal de un objeto*.

Planteó esa pregunta a modo de acertijo cuya respuesta (evidentemente) no esperaba que nadie supiera.

Yo no conocía la respuesta. Y no era capaz de figurármela.

Los acertijos me hacen sentir incómoda. Siempre tengo la sensación de que alguien se ríe de mí, y (en efecto) el profesor esbozó una sonrisita cuando finalmente nadie en la clase dio con una respuesta, de modo que dijo: «La parte frontal de un objeto es el lado que proporciona mayor información».

¿Es así? Nunca se me había ocurrido pensarlo, pero es verdad: la «parte frontal» de un ser vivo te revela mucho más sobre él que la parte posterior o los costados.

Sin embargo, la fachada castigada por los elementos del Magallanes te proporciona sólo una información mínima. Una entrada, un pórtico, seis peldaños, una pesada puerta. Tres hileras de ventanas.

Grabado en una piedra angular, 1931.

A menudo me paso un buen rato ante la entrada del Magallanes. Como si esperara que saliera alguien a recibirme.

Me he hecho una gráfica del curso. Con cada trabajo, cada prueba, cada examen, cada nota.

Hasta ahora, mis calificaciones no han sido tan altas como me habría gustado.

Para seguir disfrutando del pago aplazado de la matrícula, mi nota media debe ser de notable.

En la actualidad, mi nota media se encuentra justo por debajo del notable.

Estoy decidida a lucirme. No permitiré que me desanimen. Pero me perturba que, cuando trato de leer los libros de texto que me han indicado o de tomar apuntes, mi mente se vea inundada por pensamientos que no son míos sino de otra persona.

*¡Me dieron por desaparecida! Como si no se me hubieran llevado, como si hubiera sido un acto voluntario por mi parte. Y me arrancaron la ropa. Y lo que hicieron se consideró un «accidente».*

Esos pensamientos llenan mi cabeza. Y las emociones que traen consigo: dolor, rabia. Ira.

Pero esos pensamientos me han hecho cuestionarme: ¿qué significa que la consideraran *desaparecida*?

Como si una pudiera acabar *desaparecida* por voluntad propia.

Como si *desaparecida* fuera un lugar al que una pudiera ir, y no un

estado.

Como si una persona pudiera *desaparecer* de manera categórica. Como si no hubiera alguien que (sin duda) sabe dónde está (pese a que ella misma no lo sepa en absoluto).

*Una persona desaparecida..., un cuerpo desaparecido.*

*El cuerpo (desnudo) flotante de Miri Krim, bajo una cubierta tan sumamente pesada que hacían falta dos hombres para levantarla.*

*Tan hermosa..., con el rostro perfectamente intacto, como la cara de una muñeca. Los ojos, abiertos y ciegos.*

*Y el cabello (antes castaño) tornándose de un blanco plateado y flotando en torno al rostro como un halo cuando los hombres levantaron la cubierta y la luz grisácea incidió en él.*

*Pero el resto estaba sumergido en el agua...*

*... hinchado, putrefacto. Irreconocible.*

*Por supuesto, a Miri Krim la habían violado. Y le habían hecho cosas peores.*

*A Miri Krim le habían hecho cosas terribles que nunca se mencionarían.*

*¿Por qué el departamento forense había «perdido» las pruebas de violación?*

*¿Por qué la policía no había arrestado a ningún «sospechoso»?*

*¿Por qué ya nadie quiere hablar de ella, y lo que hueles en la gente es miedo?*

## II

—Querida, hay alguien en esta casa que desperdicia agua descaradamente. Candace me asegura que no es ella.

Nuestra casera, la profesora Ida Schrader, me mira con cara de reproche en cuanto entro en el vestíbulo de su casa. Pero soy demasiado rápida para la ceñuda mujer, pues ya estoy en las escaleras subiendo apresuradamente hacia el primer piso y mi habitación.

—Pues yo tampoco soy, señora. —Digo esas palabras por encima del

hombro con tono casi frívolo, desafiante.

Y no miro atrás, porque sé perfectamente que la profesora Schrader me observa furibunda a través de los gruesos cristales de sus ridículas gafas de plástico.

*Mira que desperdiciar agua... ¡Qué descarado!*

Es verdad, muchas veces dejo correr el agua en el lavabo durante unos segundos. Quizá un poco más.

Temiendo oír cómo protestan las viejas tuberías. Temiendo que la anciana, cuya audición deja que desear, oiga las tuberías y, la próxima vez que me vea, me reproche que desperdicio agua.

En todas partes en las que me veo obligada a utilizar un cuarto de baño o unos aseos públicos, dejo correr el agua todo el rato que considero oportuno.

Me inclino para examinar el agua que sale a chorro del grifo.

Su transparencia. Su olor.

*La chica ahogada* seguía este trayecto. Por esta calle, por estos escalones.

Es su mensaje para mí, que tema las infecciones que se transmiten por el aire. Porque las bacterias que se transmiten por el aire son invisibles, imperceptibles, inevitables.

El agua infecta puede verse, puede olerse. El aire infecto no puede verse, y para cuando lo hueles, puede ser demasiado tarde.

Y no hay mucha elección, pues una tiene que respirar.

Siento la presencia de Miri Krim en Pitcairn Avenue. En el paso subterráneo bajo las vías de ferrocarril de la New York Central siempre hay humedad y gotea el agua.

En la acera siempre hay charcos con forma de figuras boca abajo y espatarradas. Charcos poco profundos de agua estancada tan espesa como el pus.

Al igual que yo, Miri Krim seguía este itinerario para ir a la universidad, por supuesto.

No existe otro trayecto de Pitcairn Avenue a College Avenue y la larga ladera hasta el Pabellón de las Lenguas. No hay elección.

*¡Rápido! Corre.*

*Intenta no respirar.*

*Intenta no respirar hondo.*

Y al norte del paso subterráneo está College Avenue, con la larga pendiente que da al campus protegida como una fortaleza por altas vallas de hierro forjado y portones.

No resulta fácil acceder al campus de la universidad si vienes de College Avenue. Hay portones de entrada y guardias de seguridad.

Si tienes «aspecto sospechoso» (algo que la mayoría de los estudiantes —de piel blanca— no tiene), debes enseñarle el carnet de acceso a un guardia ante su garita.

A veces, pese a que soy blanca, el guardia frunce el entrecejo al enseñarle mi carnet e insiste en inspeccionar mi mochila: me indica que la vacíe por completo y, aun así, parece a punto de negar con la cabeza.

Me resulta un alivio, y me llena de gratitud, que el guardia murmure entonces: «Vale».

Me pregunto si a Miri Krim le habrían negado el paso alguna vez. Si su piel, bajo cierta luz con el cielo muy nublado, habría parecido ligeramente morena u olivácea, y no «blanca».

Pero Miri Krim era una alumna, pese a que fuera una alumna de la Facultad de Ciencias Sociales. Habría tenido un documento de identificación válido, el guardia de seguridad habría musitado «Vale», para luego indicarle con un gesto que pasara.

Y para a continuación apretar el paso hacia el venerado y antiquísimo Pabellón de las Lenguas (1849), con su pesada piedra gris que se ve tan húmeda como si la hubieran arrastrado hasta allí desde las profundidades del mar.

El campanario del Pabellón de las Lenguas es famoso: se ilumina por las noches y resulta visible desde kilómetros de distancia, como una luna.

Podías ver el reloj del campanario a lo lejos, como una luna, si estabas en un tejado en Pitcairn Avenue. Desde una ventana del segundo piso, o desde la calle, no se veía.

Pero a veces, en la quietud de la noche, oyes cómo tañen las campanas.

Campanas invisibles, con su repiqueteo casi inaudible: más que oírlo, sientes sus vibraciones, como el latido de un enorme corazón.

Es curioso, pero cuando me detengo a escuchar cómo tañen las campanas, ni siquiera soy capaz de determinar qué hora es.



En los folletos de la universidad, no se ve el barrio urbano que rodea el campus histórico. Y no se ve el paso subterráneo lleno de goteras..., ¡por supuesto!

Se ven fotografías de las residencias dentro del campus y de las llamativas fraternidades y hermandades en el extremo más alejado, en el lugar llamado la Colina Griega, pero no se ven fotografías de las residencias fuera del campus.

No se ven imágenes del Magallanes.

(Como yo), Miri Krim estaba matriculada en la Facultad de Ciencias Sociales. Creía que se había matriculado en un curso preparatorio para el ingreso en la Facultad de Medicina, pero, por lo que he averiguado, no existe tal curso preparatorio en la Facultad de Ciencias Sociales.

A mí no se me había ocurrido la posibilidad de estudiar medicina. En mi familia se habrían quedado todos perplejos. Miri Krim es una inspiración para mí.

Los cursos que llevo a cabo en Ciencias Sociales se consideran preliminares. Pese a mis sobresalientes en el colegio universitario de las Adirondack, no se me permite (todavía) cursar asignaturas con créditos superiores a cien.

¿Se me permitirá acceder al curso preparatorio para estudiar medicina si tengo buenos resultados?, le pregunté al tutor que me fue asignado; y aquel hombre de aspecto amable me contestó, con expresión compasiva, o de lástima, pues bien puede tratarse de una pregunta que le hacen a menudo los de Ciencias Sociales:

—Bueno, es muy posible. Si te va bien en todas las asignaturas y consigues el traslado de Ciencias Sociales a Medicina y Humanidades.

*Si te va bien. Si consigues el traslado.*

Me pareció razonable. Por supuesto, mi destino depende de mis resultados académicos.

Entonces, con cierta timidez, me arriesgué a preguntar, casi tropezándome con las palabras:

—Y si me va bien en el curso preparatorio, ¿me aceptarán en la Facultad de Medicina?

—Bueno, pues sí. Es... posible —contestó mi tutor con el ceño fruncido.

La universidad alberga una prestigiosa Facultad de Medicina, así como

acreditadas facultades de Derecho, Economía e Ingeniería.

No me atreví a preguntar si *había algún tipo de ayuda financiera* para estudiar medicina, pues mi tutor llevaba un rato echando vistazos al reloj de pulsera y parecía inquieto. Ya era hora de que me fuera, claramente.

Otros alumnos «mayores» y «a tiempo parcial» como yo esperaban en el pasillo para hablar con él. Había que apuntarse para ver al tutor, y la consulta no podía durar más de diez minutos.

Pero me detuve en el umbral y pregunté:

—¿Conoció a una alumna que se llamaba Miri Krim, señor?

¡Qué curioso que le hiciera esa pregunta! No había sido mi intención.

Y al ver la cara de desconcierto del tutor, añadí:

—Estudiaba lo mismo que yo.

—Muri Kim... Me parece que no.

—Miri Krim. Era amiga mía.

—No. Lo siento —(el tutor echó un vistazo al sobre manila que tenía delante, y que estaba a punto de archivar, para comprobar mi nombre)—..., Alida. Tienes que saber que los tutores de esta facultad tenemos muchos alumnos.

No tecleó el nombre de Miri Krim en su ordenador. Con qué facilidad podría haberlo hecho, pero no lo hizo.

*Sabe que está muerta, por eso no lo hace.*

—Adiós, Alida. Buena suerte con tus cursos.

Mi tutor dijo eso con entusiasmo fingido. Y en su voz capté desprecio ante el hecho de que alguien tan humilde como yo se atreviera a hablar de semejantes cuestiones.

En mi expediente se incluyó una nota que yo nunca vería.

*Ahora van a odiarte. Tratarán de hacerte daño.*

Desde ese momento, mi vida en la universidad quedó envenenada.

No importaba cuánto estudiara para un examen, no importaba cuánto me documentara para hacer un trabajo (en la biblioteca de la facultad, no sólo en Internet como otros alumnos), no importaba con cuánto cuidado y con qué empeño hiciera las cosas; mis notas eran bajas, apenas superaban el aprobado.

Había errores en las facturas que me enviaban. La tasa de interés de mi préstamo al estudiante se incrementó sin que me informasen de ello. Supuso

una noticia abrumadora que mi deuda con la universidad ascendiera a tres mil cien dólares antes siquiera de que hubiera completado el primer semestre.

Las tardes de los jueves, en la clínica universitaria en la calle Once.

—Vuélvete de costado, querida. Aprieta fuerte el puño.

Donar sangre no es doloroso. Cuando entra la aguja es como si me invadiera una especie de anestesia/amnesia, y es fría, antiséptica. Es como ruido blanco en el alma, y es reconfortante.

A veces, en esos momentos, cierro los ojos con fuerza. El tañido de las horas, cercano pero que suena distante y amortiguado, como si se desvaneciera, consigue apaciguar un corazón que late deprisa.

De hecho, te pagan en efectivo. ¡No con un cheque, gracias a Dios!

No nos fiamos de los cheques. Un cheque se puede anular.

Con el tiempo, llego a reconocer a algunos de los que vienen asiduamente. No se nos permite vender nuestra sangre con demasiada frecuencia, por supuesto, pues llevan registros exhaustivos.

En el cubículo de los aseos, cuento los billetes. Me tiemblan las manos, y un par de billetes caen al suelo, que es un suelo sucio, a modo de reprimenda por mi codicia.

No es tanto dinero como esperaba. O a lo mejor lo entendí mal.

Pero algo es algo, y es mucho mejor que nada.

Y es dinero *en efectivo*.

En el lado sur del paso subterráneo. En Pitcairn Avenue. Antaño esta avenida debía de ser una calle bulliciosa, pero ya no lo es.

Los antiguos edificios de ladrillo y piedra rojiza están grises como los manchones que deja una goma de borrar. Del pavimento resquebrajado brotan hierbajos formando un burdo encaje. Apesta al gasoil de los tubos de escape. Los autobuses urbanos se alejan de los bordillos entre quejidos y expeliendo más nubes tóxicas. Viviendas para alumnos fuera del campus, para alumnos casados; el Centro para el Alumnado Internacional, el Centro Afroamericano, los Servicios de Familia del condado de Hudson. Viejas casas victorianas donadas a la universidad por motivos fiscales. Y, allí cerca, licorerías, tabernas, una casa de empeños y un salón de manicura y pedicura, una lavandería, un templo de la Iglesia Bethel, una farmacia Rite-Aid..., el Magallanes.

Un barrio «variopinto» donde algunos parecen simpáticos y otros se me

quedan mirando como si tuvieran ganas de arrancarme la mochila y salir corriendo.

Cuántas veces tuvo Miri Krim que haber salido del Magallanes para cruzar el paso subterráneo hasta College Avenue y de allí subir hasta la facultad. Y en esas numerosas ocasiones, excepto en una, no le había ocurrido ningún daño.

¿Acaso la habrían acosado? ¿Le habrían avisado o amenazado?

¿Habría tenido una premonición? ¿Habría sospechado... algo?

Y así, sólo en una ocasión ocurrió algo que interrumpió la rutina de la vida de Miri Krim. Con casi total seguridad, sucedió en el extremo sur del paso subterráneo. En el Magallanes. Y la joven vida de Miri Krim fue extinguida como quien apaga una vela de un soplo.

*¿No hubo arrestos? ¿Cómo es que no arrestaron a nadie? ¿Por qué están protegiendo al asesino (o a los asesinos)?*

—No es una cuestión racial. La cosa no es tan sencilla.

Fue la profesora Ida Schrader, mi casera en el 22 de Humboldt Street, quien insistió en que el peligro en el barrio no tenía que ver con la raza sino con los trapicheos de drogas (que por lo visto llevaba a cabo gente de «raza mestiza») y con la «espiral descendente» en la economía americana, que corría pareja a una «espiral descendente» en el alma americana.

De algún modo, en opinión de la profesora Schrader, esa «espiral descendente» estaba relacionada con el calentamiento global del planeta.

No quedaba muy claro si el calentamiento global había precipitado el declive de la economía, o si el declive de la economía había precipitado el calentamiento global.

—A esa chica, a la que ahogaron y cuyo cuerpo dejaron en el depósito de agua a sólo unas puertas de aquí..., a eso me refiero exactamente.

La profesora Schrader pronunció esas duras palabras con tono de desaprobación y con un estremecimiento de sus pechos grandes y trémulos. Como si «la que se ahogó» hubiese atraído ese destino sobre sí, poniéndonos en peligro al resto.

—¡Sí! La policía dijo que la chica estaba metida en drogas. Probablemente estaba colocada, o borracha, y decidió bañarse en aquel depósito de agua. O se suicidó, pero la familia prefirió pagar para acallar los rumores. O —la profesora inspiró profundamente en este punto, con expresión de reproche— uno de sus amigos drogodependientes la asesinó, y

ahora nosotros tenemos que vivir con los tóxicos efectos colaterales de eso.

No me gustó oír esas palabras tan terribles. Parecían sapos envenenados que brotaran de la boca de la profesora. Y Candace Durstt, la otra inquilina, no ponía objeciones sino que parecía de acuerdo con ella, en su afán por congraciarse con nuestra casera.

Eran *mujeres*, y deberían por tanto haber sentido compasión por Miri Krim.

En casa de la profesora Schrader no solíamos toparnos unas con otras. O quizá nos evitábamos. No obstante, no podíamos impedir algún encuentro ocasional en el pasillo de la planta baja.

Sobre una mesa en el vestíbulo, la profesora nos dejaba el correo en dos montones separados. Ni Candace Durstt ni yo recibíamos mucho, y el que recibíamos consistía sobre todo en folletos publicitarios o notificaciones de la universidad.

La profesora Ida Schrader llevaba casi cuarenta y siete años viviendo en la casa victoriana de alto tejado a dos aguas y fachada de color melocotón, ahora desvaído, en el 22 de Humboldt Street. La casa había sido «una herencia de familia», «un domicilio precioso, originalmente», que había padecido el «desmoronamiento moral, cultural y político» de finales de la década de los sesenta.

—En esta zona, nunca se sabe cuándo van a apuñalarte por la espalda o arrastrarte hasta un callejón, o cuándo van a destrozarte la casa o a prenderle fuego. Ya puedes ser la persona más prudente y cautelosa del mundo, puedes ser «una buena chica», pero nunca se sabe.

Al verme la cara, la profesora se apresuró a añadir:

—Ay, y no es sólo la gente de otra raza, «la gente de color», la que nos es hostil. Lo sé de buena fuente. Son también los «blancos» como nosotros quienes andan metidos en drogas y recibiendo ayudas sociales. Y los «hippies», comoquiera que se llamen hoy en día. La gente de la calle.

La profesora Schrader hablaba con vehemencia y con cierto aire de amargura y disgusto. Y sin embargo era capaz de dar marcha atrás de repente y reírse de sus propias palabras, o eso parecía.

—Ay, cualquiera que me oiga... Parezco la típica vieja blanca «intelectual» que no para de despotricar, en la era del analfabetismo digital.

La profesora Schrader era una catedrática de Antropología retirada, antaño jefa de su departamento. Era una mujer oronda con una melena

revuelta de pelo blanco, de pechos y brazos flácidos, piernas (prácticamente) tan gruesas como mi cintura y pegadas entre sí y una cara aniñada. Llevaba enormes y ondeantes «pantalones informales», como ella los llamaba, de cinturilla elástica, y camisetas de manga corta, pues sudaba con facilidad, incluso cuando hacía frío. Sus ojos quedaban casi ocultos tras los gruesos cristales de las gafas de gato, pero se veía que eran sagaces, como también se advertía en el rictus de la boca una sonrisita contenida, una expresión de profunda suspicacia. No obstante, muchas veces parecía que yo, mi «aparición», le divirtiera (en esos casos me miraba por encima de las gafas bifocales con cara de sobresalto fingido).

—¡Madre mía! Qué sustos me das cuando apareces así, de repente, Lide.

Siempre me llamaba «Lide». No tengo ni idea de por qué le resultaba divertido ese nombre.

A Candace la llamaba a veces «Cancán». Se ve que eso también divertía mucho a la profesora Schrader.

Yo había mantenido pocas conversaciones con la profesora Schrader. Parecía preferir dirigirse a mí con cierta guasa, como si fuera una de sus alumnas, pero no una que tuviera en mucha estima.

No sabía cómo reaccionar a sus comentarios, a sus agudezas. ¿Trataba de insultarme o de tomarme el pelo? ¿O sólo estaba siendo simpática, aunque fuera de modo intimidatorio?

Era especialmente vehemente sobre la cuestión de *la chica ahogada*. Estaba claro que *la chica ahogada* le rondaba por la cabeza un montón de veces.

Yo no conseguía entender por qué la profesora Schrader, y ahora Candace Durstt, se mostraban tan poco comprensivas con Miri Krim, de quien parecían haber olvidado incluso el nombre, como si la joven, y no su asesino o asesinos, fuera una amenaza para ellas. Hablaban con desdén de *la chica ahogada*, que merecía aquello tan terrible que le habían hecho. (Pese a que yo estaba convencida de que ni la profesora ni Candace estaban al corriente de los detalles de su muerte.)

Finalmente, dije:

—Miri Krim tenía diecinueve años. Era una alumna de la universidad a la que violaron y ahogaron..., a la que asesinaron. —Me temblaba mucho la voz, pero continué, con la profesora Schrader y Candace Durstt mirándome perplejas—. Nunca arrestaron a nadie por ese crimen. No parece que la policía se esforzara mucho en dar con el asesino. Miri Krim no era adicta a

las drogas..., eso no es más que un rumor. Era una *estudiante de matrícula*.

Luego corrí hacia las escaleras. Sin mirar atrás. Porque sabía que los ojos de las dos estaban clavados en mí y sabía que, en cuanto hubiera cerrado la puerta de mi habitación, la profesora haría un comentario poco caritativo, un comentario ingenioso sobre «Lide», «la pobre Lide», y a Candace se le escaparía un resoplido de risa por los orificios de la nariz grandes y oscuros como los de un caballo.

No era cierto, estrictamente hablando, que Miri Krim hubiera sido una alumna de matrícula de honor en la universidad. Pero la profesora Schrader y Candace Durstt no lo sabían.

Había leído (en Internet) que Miri Krim había sido una alumna de matrícula en el colegio universitario en Allegheny, que había terminado el bachillerato como segunda de la clase y había pronunciado el discurso de graduación. En la universidad, sin embargo, por razones que no se conocían, Miri Krim había dejado de asistir a clase las últimas semanas de su vida.

Sus notas del primer año habían sido irregulares, con notables y bienes aquí y allá. Y, en química, un triste insuficiente.

Mis notas, también, han sido «irregulares». Pero estoy decidida a lucirme.

Mi historial de asistencia a la facultad es impecable. En la gráfica que llevo, he anotado en todas las clases y asignaturas que es así. Suelo llegar pronto a clase para sentarme en primera fila. (Sin embargo, no tengo muy claro que en estos cursos preuniversitarios cuente la asistencia, pues no tenemos asientos asignados como en el instituto. No quiero pensar: «A nadie le importa si asistes o no a una clase. ¿Por qué narices ibas a importarle a alguien?».)

Sentarse en primera fila en las clases es crucial porque las aulas de la universidad son enormes, algunas con cabida para trescientos alumnos.

Soy la chica que se sienta en primera fila del aula 101 del Pabellón de las Lenguas, justo delante de la tarima. Así pues, si resulta que el profesor de Introducción a la Psicología (el señor Gee) echa una ojeada a su público, es probable que me vea, y es posible que se pregunte quién soy, quién es esa chica tan seria, tan concentrada en tomar apuntes en una libreta de espiral, entre filas de alumnos aburridos y distraídos con los ordenadores portátiles abiertos frente a ellos, o teléfonos móviles medio ocultos en las manos.

El profesor Gee podría hacer preguntas al respecto. Podría incluir una

nota en su expediente de la clase.

*Alida Lucash. Curso preparatorio para ingreso en medicina.*

Paso ante el Magallanes en Pitcairn Street y doblo la esquina hacia Humboldt. Resisto el impulso de alzar la vista, de entrecerrar los ojos y sonreírle a la cara que desaparece en la ventana (pero no lo hace despacio, sino como si jugara conmigo), incluso cuando me paro en seco en la acera como una figura en el punto de mira de un rifle.

Oigo una voz tenue que se desvanece. *¡Alida! Me siento muy sola.*

Esta tarde, en la clínica universitaria, ha habido una escena inquietante.

Uno de los alumnos mayores ha acudido a dar sangre y estaba tendido en una mesa cerca de mí, sobre el costado; cerraba con fuerza los ojos y tenía los puños apretados; pero cuando la enfermera se ha acercado a él, lo ha hecho con malas noticias: ya no le permitirán donar más sangre porque es seropositivo.

(¿He oído algo que supuestamente no debía oír? Cierro aún más fuerte los ojos e intento no escuchar. Porque *yo no soy una cotilla* y no me producen placer los pesares de los demás.)

—No —dice el chico—. Se han equivocado... ¡Se trata de un error!

Aun así, la clínica ha rechazado al joven. Le han indicado que se bajara la manga y se fuera. Porque ya no admitirían su sangre en la clínica, nunca más.

—Esto es un error, joder... ¡Yo no tengo el sida!

Era un joven agresivo más o menos de mi edad, aunque con grandes entradas en la frente y manos temblorosas. Nadie quería mirarlo; era claramente una persona enferma, y su sangre, contagiosa y superflua.

Las personas como él son contagiosas y superfluas. Sus historiales médicos quedan marcados.

El joven seguía hablando, con tono amenazador. Han llamado a un guardia de seguridad. El chico hablaba deprisa y sin pronunciar bien. Tenía las pupilas dilatadas y el blanco de los ojos icterico. Yo no quería que me pillara observándolo porque reconocía el terror en su voz, y sabía que una persona aterrorizada puede volverse contra ti como un perro rabioso, como si fueras un enemigo y no un amigo.

Una vez fuera, en el pasillo, el joven se ha echado a llorar.

—¡Por favor! Su deber es ayudarme, ¿no? Alguien tiene que ayudarme.



Seguíamos oyéndolo débilmente mientras se lo llevaban hacia la salida.

—Por favor..., no quiero morir...

Me dejan sorprendida las «sumas ocultas» en las facturas mensuales de la universidad.

Por ejemplo, a todos los alumnos matriculados, incluso los que estudian a tiempo parcial en Ciencias Sociales, se les requiere el pago (nuevo, inesperado) de trescientos dólares para «el centro estudiantil». (Hay en marcha una gran campaña, pues la universidad espera reunir cien millones de dólares para un proyecto que incluye un centro estudiantil «como un palacio».)

«Yo no puedo afrontar este pago. Sencillamente, no puedo. Tengo un presupuesto ajustado para gastos, y en él no sobran trescientos dólares...»

Finalmente, ese pago mensual se añadirá a mi préstamo. Con intereses.

«Las odio. No me ofrecen la más mínima confianza. Especialmente *ella*.»

Quien más desconfianza me produce es la profesora Ida Schrader. Tengo motivos para creer que cada mes me cobra más que a Candace por mi habitación, pese a que la habitación de Candace es más grande, y su techo parece más alto que el mío, y tiene una vista mucho más bonita desde su única ventana que desde la de la mía, que da a un callejón que se parece al paso subterráneo de College Avenue.

En septiembre, podría haberme mudado a otra casa acreditada por la universidad, o a un bloque de pisos (como el Magallanes, aunque entonces no conocía la historia del Magallanes), pero el alquiler en casa de la profesora Schrader era irresistiblemente bajo e incluía el «derecho a cocina»; además, ahí sólo tendría que compartir el cuarto de baño con un inquilino más, otra mujer como yo.

Y las fotos de Internet de la casa victoriana en el 22 de Humboldt Street, con su empinado tejado a dos aguas, son muy tentadoras. En ellas no se veía la pintura desconchada como una piel deteriorada. No se olían los desagües del baño ni el hedor acre a muerto del interior de la nevera.

*Alida, ten cuidado. No confíes en ellas.*

Yo sabía que esa voz tenue y dulce era la suya. Pero no le contestaba, todavía no.

A menudo soy presa de la timidez cuando me aborda alguien para trabar amistad. Ante un nuevo amigo, la promesa de un nuevo amigo, de un nuevo

amor..., me vence el vértigo.

*Ellas no son tus amigas. No te desean nada bueno.*

*Si pudieras cogermela mano...*

En el solaz del sueño, a veces puedo. Unos dedos cálidos rozan los míos bajo las sábanas.

Siempre me llevo una impresión, con los pies descalzos sobre el desnudo suelo de linóleo y los gemidos en las tuberías cuando me atrevo a abrir un grifo. Para evitar a las otras, he empezado a levantarme temprano, cuando aún está oscuro.

En el cuarto de baño que hay entre mi habitación y la de Candace en el primer piso de la casa de la profesora Schrader, me tomo la molestia de limpiar el asiento del retrete varias veces con papel higiénico. (¡Es un asiento antiquísimo, de madera! Sería preferible uno más barato, de plástico blanco, estoy segura. Las bacterias se aferran a las superficies porosas como la madera y crían en sus microscópicas grietas. Las bacterias quedan expuestas en la superficie lisa del plástico y es más fácil acabar con ellas.)

La profesora Schrader se queja del desperdicio de agua, pero me siento obligada a dejarla correr del grifo hasta que sale ardiendo. Me veo obligada a usar todo el jabón necesario para limpiar el asiento del retrete y otras zonas del baño. Mi temor a los gérmenes en sitios compartidos se ha acrecentado en los últimos meses, desde mi llegada a la universidad.

En mi antigua vida, la de antes de la universidad, al parecer no tenía miedo al contagio; por lo visto no era consciente de la posibilidad de contagiarme con nada en nuestra pequeña población del condado de las Adirondack.

No me gusta «compartir» espacios con la otra inquilina ni, de hecho, con la profesora Schrader. Compartir el cuarto de baño con Candace Durstt es especialmente desagradable, pues esa chica no me cae bien y no confío en ella; sé que se ríe de mí a mis espaldas con la profesora, y se burla de mí, y que la profesora Schrader (posiblemente) le da una llave para poder entrar en mi habitación y hurgar en mis cosas; si pudiera, curiosearía en mi ordenador (y en mi alma también) para descubrir todos mis secretos, pero mi ordenador no funciona bien y el icono de un arco iris gira como un loco, ajeno a todo, cada vez que enciendes la pantalla.

Muchas veces, la pantalla de mi ordenador está negra. Totalmente negra. El cable eléctrico tampoco va bien.

Es curioso, por mucho que me desagrade Candace Durstt y me estremezca tener que tirar de la palanca de la cisterna del váter, los grifos del lavabo y la ducha, etcétera, que ella también toca, no creo (seriamente) que Candace sea portadora de bacterias letales, como en cambio sí podría serlo la profesora Schrader; a Candace Durstt no la rodea un aire húmedo, en el que prosperarían las bacterias, sino de sequedad. Pero me perturba de manera especial pensar en la robusta y sudorosa anciana depositando las nalgas en el asiento (¿de cedro?) del retrete... Me da un vahído cuando me imagino esas nalgas carnosas y celulíticas, esas carnes blancuzcas y pastosas, con arrugas y grietas, y *supurantes*.

¡No! No quiero imaginar una visión como ésa.

La profesora Schrader tiene su propio cuarto de baño, por supuesto, que se comunica con su dormitorio al fondo de la casa, en la planta baja. (Y que yo no he visto nunca. No tengo ningunas ganas de verlo.) Pero (a veces) utiliza nuestro baño, cuando le resulta conveniente. (La profesora Schrader tiene dificultades para caminar y no se mueve más de lo necesario por el interior de la casa.) A veces, la profesora murmura alguna clase de disculpa, que difícilmente suena sincera, y Candace, con su cara de caballo, le dice entonces riéndose como quien rebuzna:

—¡Oh, profesora, pues claro que no nos importa! Ésta es su casa.

(¡Como si a la bravucona vieja le hiciera falta que se lo recordaran!)

¿He mencionado ya que Candace estudia un posgrado en Antropología? Es alta y de extremidades larguiruchas como un arácnido; es preciso mirarla dos veces para comprobar que sólo tiene dos brazos y dos piernas. Hay algo en su boca que recuerda a una telaraña, un resto de saliva en las comisuras. La verdad es que trato de no mirarla.

Al principio, Candace había parecido (casi) simpática conmigo: me había encontrado muy alterada (pero no lloraba, creo), sosteniendo en la mano temblorosa una carta de mi casa, una de esas mal escritas y con faltas, pero muy perspicaces, de mi madre; Candace me había animado a dar rienda suelta a mis pesares, a contarle que mis padres habían cambiado de opinión y querían que volviera a casa, que habían decidido que no podían «permitirse» que estuviera lejos y que «les costara tanto dinero» (lo cual era una broma cruel, puesto que no pagaban un céntimo de mis gastos en la universidad); le había confiado a Candace que la universidad tenía que ser mi «salvación» (sabiendo, incluso mientras lo decía, que podía lamentar esas palabras tan chocantes en las que, hasta cierto punto, ni yo misma creía del todo; pues

comprendía que, incluso con un título universitario e importantes cartas de recomendación de mis profesores, tendría dificultades a la hora de conseguir un empleo decente en esta época de paro galopante). En otra ocasión en la que volvía vacilante de mi primer examen de matemáticas, en el que había obtenido una calificación del 17 por ciento, Candace insistió en examinar la hoja de papel marcada con crudos trazos en tinta roja como tajos en la carne, para ver si era posible que se hubiera cometido alguna equivocación; fue amable conmigo, asegurándome que ella no tenía la más mínima aptitud para las mates, y transmitiéndome su admiración por haberme atrevido a cursar una asignatura que, estrictamente hablando, los alumnos de la escuela de Ciencias Sociales no solían elegir.

Sin embargo, poco después, viendo que tenía sus ventajas conchabarse con nuestra casera en contra de mí, Candace se volvió desdeñosa y distante conmigo, y a menudo fingía no verme cuando nos encontrábamos por casualidad en el campus.

En una de las asignaturas nos han sugerido, en términos de causalidad científica, con su fundamento (esencialmente) materialista, que no existe la *casualidad* ni el *azar*, sino sólo el *determinismo* y la *necesidad*.

Por supuesto, en tales circunstancias no existe el *libre albedrío*. No quería levantar la mano y preguntarle al profesor: «¿Está todo decidido, entonces? ¿Por qué estamos estudiando aquí? ¿Por qué se molesta en ponernos exámenes, cuando nuestras notas están determinadas de antemano? ¿Y toda nuestra vida?».

He aquí otra cuestión: ¿por qué han creado un vínculo la profesora Schrader y Candace Durstt en su antipatía hacia mí? Trato de comprenderlo.

¿Es porque ambas son poco atractivas, a su manera? La una, obesa y asimétrica (la profesora cojea, para no forzar la rodilla derecha, hinchada); la otra, alta y con extremidades de araña. Mientras que Miri Krim era (a juzgar por las fotografías) una chica preciosa con facciones clásicas: ojos bien separados, nariz pequeña y recta, boca dulce y de piñón. Parece haber tenido el cabello levemente ondulado y del color del trigo; le llegaba hasta los hombros y, a menudo, lo llevaba detrás de las orejas. No de forma descuidada, sino con naturalidad. Tenía unos ojos oscuros e inteligentes, si bien un poco soñadores.

*¿Lo sabía ella? ¿Lo previó? ¿Estaba predeterminado? ¿Fue cosa del destino?*

*¿Se fue voluntariamente con su secuestrador/asesino? ¿Se resistió?*

*¿No hubo realmente nadie que oyera sus gritos, nadie que pudiera salvarla? ¿Acaso estaba eso predeterminado también?*

Cuanto más miras a los ojos a *la chica ahogada*, más atisbas en su alma. La experiencia es..., bueno, es muy perturbadora.

Antes de su muerte, Miri Krim pesaba (aproximadamente) cincuenta kilos; después, sus pobres y devastados restos pesaban apenas veinticinco. Antes de su muerte, Miri Krim medía aproximadamente un metro cincuenta y cinco; después, sus restos habían quedado tan descompuestos que no se la pudo medir de modo fiable.

A diferencia de Miri Krim, yo no soy preciosa, desde luego que no. Sé que es así y lo acepto.

Sin embargo, es una coincidencia que tenga más o menos su misma complexión: peso cincuenta y tres kilos y mido uno cincuenta y siete.

Sí, soy *menuda*. ¡Cómo detesto ser «menuda»!

Tengo el cabello castaño, de un tono muy corriente, y no es ondulado; mis cejas y pestañas son inusualmente pálidas, casi invisibles; mi boca es pequeña y poco firme y mi sonrisa (si me atrevo a sonreír, en presencia del profesor Gee, por ejemplo) es muy tímida.

A las personas voluminosas les resulta fácil ignorarme. Mis profesores de la universidad apenas advierten mi presencia.

Lo mismo les ocurre a personas (grandotas) como la profesora Schrader y la adúladora Candace Durstt.

—Es todo un honor ser su inquilina, profesora Schrader. ¡Le estoy tan agradecida! —halaga descaradamente Candace a nuestra obesa casera.

Candace siempre anda preguntándole a la profesora si puede coger prestado un libro de sus estanterías, que están atiborradas de volúmenes sobre temas crípticos. (¡La profesora Schrader tiene una biblioteca impresionante! Pero la mayoría de los libros son viejos, y no pocos de ellos parecen tener manchas de humedad y están alabeados.) La profesora siempre se siente complacida, aunque a veces finge irritarse.

—Sí, cómo no, querida. Si prometes devolver el libro al sitio exacto de donde lo hayas cogido.

Como si no se fiara de Candace, pese a dejarse adular y manipular por ella, la profesora Schrader toma nota del título del libro para asegurarse de que sea devuelto.

La casa victoriana en el 22 de Humboldt Street parece grande desde

fuera, pero, por dentro, las habitaciones son sorprendentemente pequeñas y angostas. Hay habitaciones apartadas en las que rara vez entramos. Todas están recubiertas de estanterías, y en un par de ellas, por pura picardía (no por malicia), he cogido un libro de un estante para ponerlo en otro sitio, en un estante distinto.

¿Lo ha notado la profesora Schrader? Nunca compruebo si el libro ha vuelto a su sitio original, pues supondría delatarme, si me pillara.

Al parecer, Ida Schrader había sido una antropóloga de renombre. Hasta que, en la década de los noventa, su campo de investigación aborígen se «vino abajo». Hubo acusaciones contra antropólogos (americanos) (blancos) de que explotaban a sujetos nativos, los «aborígenes». Peor incluso, muchos antropólogos fueron acusados de inventarse datos. En algunos casos, antropólogos de prestigio fueron engañados por sus sujetos nativos (astutos, maquinadores), que les seguían la corriente a aquellos chiflados entrometidos o les proporcionaban información falsa, como contraespías. Se habían hecho acusaciones de esa clase contra la más famosa de los antropólogos estadounidenses, Margaret Mead, con quien Ida Schrader había estudiado décadas atrás; así que la propia Ida Schrader se sintió forzada a pedir la jubilación anticipada y a dejar de publicar. En cualquier caso, su decrepitud física hacía improbable que pudiera continuar viajando a campos de investigación de los aborígenes en lugares lejanos como Australia y Papúa Nueva Guinea.

Cada vez me resulta más aterrador entrar en el cuarto de baño entre mi habitación y la de Candace y olisquear con cautela el aire (en contra de mi voluntad, pues no deseo en absoluto andar olisqueando en un sitio así) para detectar si la profesora Schrader, con su olor particular, lo ha utilizado en mi ausencia. Mis rituales de limpieza y restregamiento se han vuelto cada vez más complicados. Por supuesto, llevo mis propias toallas al baño, porque no me fío de que la profesora o la otra inquilina utilicen las suyas. La cara en el espejo del armario que hay sobre el lavabo se ve pálida y poco nítida; los ojos parecen irritados y desconfiados. (¿Son éstos mis ojos?) Me veo obligada a contener un sollozo, pues siento intensamente la inutilidad de mis esfuerzos por evitar el contagio, al igual que *la chica ahogada* fracasó no sólo en evitar el contagio de la muerte sino al convertirse ella misma, su ser físico, tras la muerte, en objeto de contagio. *Volverse putrefacta, recorrer las tuberías y amarillear el agua que sale de los grifos de unos extraños, provocar el terror*

y la repugnancia de esos extraños...; es un destino espantoso para cualquiera, pero en especial para una joven hermosa que (sin duda) habría sido concienzuda con su higiene y a la hora de arreglarse, y que habría pasado vergüenza de haber oído a sudor (por ejemplo) en un lugar público, o de haber aparecido en público con la ropa sucia.

Un destino que (me decía) yo debía evitar.

Aunque Candace Durstt dejaba el cepillo de dientes y sus artículos de aseo en el cuarto de baño, y a veces hasta ropa interior secándose en un toallero, cual alcaudón que exhibe descaradamente su presa, yo me llevaba el cepillo de dientes y los artículos de aseo, así como las toallas (húmedas), de vuelta a mi habitación. El riesgo de que una de las dos mujeres, o ambas, cogieran mi cepillo de dientes y lo profanaran en la taza del váter era demasiado grande; sólo pensarlo me daba náuseas. Me decía con severidad: «Pero nadie haría una cosa así, ni siquiera esta gente que me odia».

Alcachofas de ducha contaminadas. Moho. Puedes ponerte muy enferma por culpa del moho. Tiene esporas infecciosas. Provoca un tipo de tuberculosis, una bronquitis severa y crónica. La voz se te vuelve débil, vacilante. Eres portadora de una tos violenta que aleja a los demás de ti, asqueados.

El calor y la humedad de la ducha. Las esporas florecen en esos sitios. Brotan colonias de moho para formar parte del mundo en igual medida que el género humano. Resulta deprimente pensar que no careces de inmunidad ante el moho que hay en tu alcachofa de ducha.

En tus pulmones, las esporas proliferan a sus anchas. Humedad, calor, oscuridad, intimidad. Te despiertas un día pensando lo que el moho quiere que pienses. «Pero ayer yo no era así. Algo ha cambiado.»

Había leído sobre la legionela. Esporas de moho que se transmiten a través del agua para invadir el rostro y el cuerpo de un individuo que no es consciente de ello; el contagio es potencialmente mortal.

Quité con cuidado la alcachofa del baño y la sustituí por una nueva y reluciente que había comprado en la ferretería de Pitcairn por mi cuenta y riesgo.

Le dije a la profesora Schrader que la alcachofa se había caído y rajado, y que había salido de inmediato a comprar una nueva.

Al principio, la profesora Schrader se quedó sin habla. Empezó el ascenso de las escaleras con su cuerpo voluminoso, jadeando, para examinar

mi obra. ¡Cómo brillaba la nueva alcachofa, como una luna de acero inoxidable! Fue evidente que esa iniciativa por mi parte sorprendió a la profesora Ida Schrader y la estaba obligando a verme con otros ojos.

Finalmente, con el ceño fruncido, dijo:

—Muy bien. Pero no puedo deducirte el precio de la alcachofa del alquiler. Confío en que no esperaras que lo hiciera.

¡Ni siquiera se me había ocurrido! (Bueno, quizá sí, porque había conservado el recibo.)

—Porque, de hecho, has sido tú quien ha roto la vieja alcachofa, Alida. Ha sido un descuido por tu parte.

Aunque eso no fuera verdad, no podía negarlo.

(Y sin embargo, en cuestión de semanas, la nueva alcachofa perdería su lustre. El interior de la ducha estaba perpetuamente húmedo. Reinaba un olor a desagüe. Tanto en la alcachofa como en los grifos había salpicaduras de jabón que me empeñaba en quitar, con estropajo de aluminio de ser necesario.)

Aquí hay algo raro. No quiero ni pensar qué puede ser.

En una de las habitaciones más remotas de la casa de la profesora, en un estante lleno de libros de tapa dura y aspecto anticuado, he descubierto un libro de texto de química, en rústica, tan pesado que apenas puedo sostenerlo en la mano. En la portadilla, hay un nombre tachado con rotulador negro, un nombre que se parece a Miri Krim, aunque quizá no sea idéntico.

Devuelvo rápidamente el pesado volumen en rústica al estante, antes de que alguien me vea.

(La posibilidad de que Miri Krim alquilase una habitación aquí, antes de mudarse al Magallanes, es profundamente perturbadora. Pero no me atrevo a preguntárselo a la profesora Schrader.)

La lavandería en la calle Nueve. Tiene que ser la lavandería que utilizaba Miri Krim.

El olor de la colada caliente te llega como una vaharada cuando abres la puerta de la enorme secadora.

Nuestras manos se rozan. Bajamos la mirada. Pero estamos sonriendo, nos reconocemos la una a la otra.

Nos une el vínculo de la venganza. ¡Estamos a la espera!



«Sí, venía por aquí a veces. Creo que era ella. La chica que se ahogó en el depósito de agua»...

«Joder, no, pues claro que no se ahogó ella sola. Eso se lo hizo alguien, y nunca lo pillaron.»

«Tuvo que ser algún tío que trabaja en el edificio. O alguien relacionado con las fuerzas de seguridad, que pudiera encubrir el asunto.»

«¡Terrible! Es como si su espíritu siguiera aquí, con nosotros.»

«Somos todo lo que queda de ella. Nosotros.»

Edificios universitarios del siglo xviii. Tejados a dos aguas, chapiteles góticos. Piedra húmeda y gris oculta por la hiedra, pero si te fijas bien, ves que gran parte de la hiedra está muerta, seca. Quebradiza y marrón, repiquetea cuando sopla el viento.

Grandes robles centenarios reforzados con estacas. Sujetos con alambres. Y una verja de hierro forjado alrededor.

Se advierte cómo la clase dirigente mantiene su dominio con todo ese refuerzo, con esa seguridad. Mientras que a otros de nosotros se nos permite sufrir una muerte «natural».

—¡Alida! Me parece que tienes algo que confesar.

La severa profesora Schrader me está hablando a mí. El nombre «Alida» brota de sus labios como un hachazo, y me deja paralizada de terror.

—¿Qué..., qué quiere decir? ¿Confesar... el qué?

—Creo que ya lo sabes, querida, y perfectamente bien.

—¿Que sé qué?

La profesora Schrader me está tomando el pelo, me parece. Me impide el paso con su figura obesa cuando me dispongo a subir corriendo por las escaleras. Respira jadeante ante mi cara.

Candace Durstt nos observa desde ahí cerca, estremeciéndose con intensidad.

—¿Creías que no iba a enterarme? ¿Que no tengo recursos para enterarme de tus artimañas?

—Pero... ¿qué he hecho?

La cara me arde tanto que me palpita. La culpabilidad hace que me tiemble la voz. Aunque no sea culpable de haberme comportado mal, me siento rebosante de culpa.

Los ojos de la profesora Schrader se ven maliciosos tras los gruesos cristales de las gafas. Su delicado rostro está arrebolado de rencor.

—Tienes tratos con gente impura, Alida. Pones en peligro la salud de otros con quienes vives en circunstancias de intimidad..., esto es, la de Candace y la mía. En el contrato de alquiler que firmaste, prometiste *pulcritud*. Prometiste respetar las normas que impone la conducta decente. Así pues, debo pedirte que abandones el edificio. Y punto.

—¿Qué quiere decir... con que abandone el edificio? ¿Por qué?

—Según el contrato de alquiler que firmaste, tu casera no está obligada a explicar los motivos para el desalojo. Esto es una residencia privada, no es propiedad de la universidad. Estás obligada a obedecer.

Tartamudeo, tratando de entenderlo. ¿Pulcritud? ¿No he sido *pulcra* acaso? ¿En qué sentido *no lo he sido*?

Aun así, me invade esa sensación de culpa. Aunque no haya hecho nada malo (estoy segura).

Candace, que ha estado escuchando con mucho interés, se encoge un poco ahora, avergonzada. Pero no va a defenderme ante esta terrible mujer, lo sé.

—Lo que sí haré por ti, Alida Lucash, es lo siguiente: no te denunciaré ante el servicio de alojamiento de la universidad, pues eso te impediría alojarte en cualquier otra residencia que dependa de la universidad; y no informaré de esto al decano de la Facultad de Ciencias Sociales, pues eso podría comportar tu expulsión de la universidad durante un semestre. Por poco digna de confianza y astuta que seas, no estoy dispuesta a contribuir a tu ruina.

La profesora Schrader se lleva una mano a los flácidos pechos, respirando de forma audible.

—Pero..., por favor..., dígame qué he hecho.

—¡Ya es suficiente! Sabes exactamente qué has hecho. Al igual que tu amiga antes que tú, has traicionado una confianza.

*Tu amiga antes que tú.* Eso sólo puede significar *la chica ahogada*.

Me parece muy cruel, y sin embargo comprensible en cierto sentido, que la profesora quiera echarnos a las dos.

Aturdida, subo al primer piso y empiezo a recoger mis cosas. Para mí es devastador que me echen así a la calle. ¡Sin previo aviso!

Pero tampoco me sorprende tanto, ¿verdad? En un rincón de mi cabeza,

me lo esperaba.

Para cuando llega la noche he encontrado una habitación de alquiler prácticamente al mismo precio de la que tenía en casa de la profesora Schrader..., en el Magallanes. Pues, por lo visto, la habitación de Miri Krim estaba libre desde su partida.

*Para mí, la vida no ha empezado todavía, en realidad. En uno de mis sueños aparece un bebé grandote con los ojos cerrados como los de un ciego y una nariz muy chata como la de un cerdito y unos labios muy finos, y ese bebé (creo) se supone que soy yo, y todavía no ha vivido..., está esperando para empezar su vida.*

### III

Su habitación. Ahora es la mía.

*¡Duerme! Duerme y recupérate.*

*Y cógeme la mano, porque ya no estás sola.*

En el Magallanes, en la habitación 2 D, hay una única ventana que da a Humboldt Street. Enfrente se alza un edificio parecido al Magallanes, con un depósito de agua apenas visible en el tejado.

No he visto (todavía) el depósito de agua en el tejado del Magallanes (aunque sí he visto fotografías en Internet).

Me siento feliz en mi nueva habitación. Creo que aquí no estoy tan sola.

Aquí dispongo de un (pequeño) cuarto de baño (privado). Supone una enorme mejora con respecto al baño compartido en la casa «familiar» en Humboldt Street.

Aun así, tengo cuidado con los gérmenes, con las bacterias. Tengo cuidado con el asiento del retrete. Con el lavabo, que está permanentemente manchado; con el cubículo de la ducha y su goteante alcachofa.

Tengo buen cuidado en examinar el agua, que sale por el grifo como si lo hiciera a desgana. No sale a chorro ni ardiendo, sino tibia o fría.

¡Qué abarrotada está, esta tarde de jueves, la clínica universitaria!

¡Caras conocidas! Ojos asustados.

*Me tiendo sobre el costado. Cierro los ojos. Aprieto el puño. Inspiro profundamente. Exhalo despacio.*

Los detectives que investigaron el caso dejaron muchas cuestiones sin resolver. Por ejemplo, cómo se las apañó *la chica ahogada* para acceder al tejado del Magallanes cuando la puerta de las escaleras que suben hasta allí está siempre cerrada con llave; y cómo se las apañó una chica que apenas pesaba cincuenta kilos para levantar la pesada tapa del depósito de agua, cuando hacían falta dos hombres para hacerlo. O cómo pudo haberse metido en el depósito y haber vuelto a poner la tapa en su sitio. Y ¿por qué iba a quitarse la ropa? Y ¿qué ha sido de esa ropa?

El encargado del Magallanes insistió en que la puerta que conduce al tejado está siempre cerrada con llave, y en que lo estaba en el momento de la desaparición de Miri Krim. Los detectives sometieron a un largo interrogatorio a los miembros del personal de vigilancia del edificio, y ninguno de ellos fue arrestado.

«Podría haberse hecho un duplicado de una llave»; he aquí mi sugerencia.

Una de las llaves del tejado fue robada, y se hizo una copia en una ferretería; la original se devolvió a su sitio y nadie se enteró de que la hubieran cogido siquiera. Con esa llave, el individuo o individuos que secuestraron, violaron y asesinaron a Miri Krim pudieron abrir la puerta que daba al tejado en cualquier momento y llevar a su víctima allí arriba para asesinarla y deshacerse de su cuerpo.

No paran de hacerse duplicados de llaves. Incluso de esas llaves que llevan grabado «No duplicar».

No se cumplió con ciertas normas. Porque se hizo imposible cumplirlas.

*Según se afirmó, las pruebas físicas se habían deteriorado en el depósito de agua. Y ése fue el motivo (por supuesto) por el que el secuestrador o los secuestradores habían llevado a la chica ahogada precisamente a ese lugar.*

*En ciertos sectores se creyó que el forense había realizado una chapuza deliberada con la autopsia. Por qué, si no, se «extraviaron» las pruebas de violación.*

*La conclusión del forense fue que la causa de la muerte de la chica ahogada había sido suicidio o «accidente» en el depósito de agua, ¡como si*

*la víctima hubiera decidido bañarse una noche en el depósito con la pesada tapa puesta y luego no hubiera podido volver a salir!*

*Y se había quitado la ropa. Hasta quedar desnuda y expuesta a miradas burlonas.*

*Y ¿dónde estaba la ropa? La ropa que había llevado puesta Miri Krim..., ¿dónde estaba?*

*Nadie será arrestado nunca por la muerte de Miri Krim. Nada quedará resuelto nunca.*

*Y nos sucederá (una vez más) algo terrible.*

Me han subido la nota de matemáticas: a mitad de trimestre, está en un 46 por ciento.

Supone una mejora considerable en comparación con la deprimente nota anterior. Es casi un milagro.

Aun así, es una nota baja, un suspenso. Está a años luz de la nota que necesito.

He pedido cita para hablar con el profesor.

He ensayado lo que voy a decir: *Tengo que sacar un sobresaliente este curso. Si no consigo una nota media de sobresaliente me echarán del programa de ayudas al estudiante.*

*No puedo permitirme ni los intereses del préstamo (los préstamos).*

*No me aceptarán en el curso preparatorio para ingresar en Medicina, que es la razón por la que he venido a la universidad.*

*Por favor, dígame qué puedo hacer para subir las notas en mis exámenes, profesor.*

*Estoy dispuesta a trabajar, trabajar y trabajar. Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa. Seré su esclava.*

*(¡Lo digo en broma, profesor!)*

*¡Gracias, profesor!*

Cruzo el paso subterráneo corriendo. Hay cuerpos que yacen envueltos en harapos tan purulentos como paños sepulcrales.

Casi parecen... *Sólo son harapos. No mires.*

Pero si miras, si te detienes a mirar, a escuchar, a oler, comprendes que se trata de seres humanos..., seres humanos envueltos en capas de ropa y mantas mugrientas. Hay un hombre abotargado que se ha envuelto en una

bolsa de basura. Lleva la cabeza afeitada, tiene una cara de dibujos animados con una gran O por boca. Huele a sudor rancio y a cosas mucho peores.

—¡Eeeh, señorita!

No lo he oído. El corazón me latía demasiado fuerte en los oídos.

—Necesito ayuda para levantarme. Para ponerme en pie. ¡Gracias, querida! Por favor...

Ya estoy en las escaleras, dispuesta a subir corriendo hasta la luz del día, donde pueda respirar. Y cuando me llegan las palabras, es Miri Krim quien me susurra al oído: *En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis.*

De modo que vuelvo atrás para ayudar a ese hombre abotargado, envuelto en una bolsa de basura y cuyo cuerpo apesta, a ponerse en pie (tambaleándose).

No pedí hora para ver al profesor de matemáticas.

Donde la pedí fue en la unidad de donación de sangre de la clínica universitaria.

Es un jueves por la tarde. Algo no anda bien.

El procedimiento habitual ha cambiado. Al principio, un enfermero me ha pedido que me tendiera de costado, como otras veces; pero no viene ninguno a sacarme sangre. Transcurren al menos cinco minutos, en los que me siento muy incómoda.

Entonces me piden que me siente. La luz de los fluorescentes es muy brillante y desagradable.

Ha aparecido un médico, una mujer asiática. Me sonrío con vacilación. La expresión de sus ojos es prudente, cautelosa. Su sonrisa es tan precavida que apenas arquea sus labios.

Elige las palabras con mucho cuidado, como quien extrae con pinzas fragmentos de cristal de una herida abierta y supurante.

—Me temo, señorita Lucash..., Alida..., que su muestra de sangre ha dado positivo en...

No es posible: VIH.

¿O está vocalizando esa mujer otra palabra..., hepatitis?

Noto un clamor en los oídos. El de aguas turbulentas, aguas oscuras que se agitan, en el depósito.

No oigo lo que me dicen. (¿O sí?) Sentada en el borde de la camilla de

extracciones, clavo la mirada en la doctora con una sonrisa esperanzada.

Cuando se trata de enfermedades contagiosas, *positivo* no es la palabra que deseas oír.

Cuando se trata de enfermedades contagiosas, la palabra que deseas oír es *negativo*.

Me hacen preguntas relativas a *contactos sexuales*, a *jeringuillas compartidas*.

Los médicos de bata blanca no parecen creerme cuando insisto en que no he tenido *contactos sexuales*. Y aún menos he *compartido jeringuillas* con otros adictos.

Para entonces me siento muy débil. Desde luego es evidente que a mi sangre le pasa algo...; ¿será anemia?

Cómo se parecen *anemia* y *amnesia*.

Cuál es causa y cuál efecto, no se sabe.

Para entonces la sala de observación, que no es muy grande, está llena de personas de bata blanca. La doctora Liu (pues así se llama) es la residente que manda sobre los demás médicos en prácticas (más jóvenes) y estudiantes de medicina.

Aunque contesto con la verdad a las preguntas que me plantean esos individuos, ni una sola de mis palabras, ni una sola sílaba, suena auténtica o sincera. Cuanto más agitada esté, más probabilidades hay de que esté mintiendo; o, como sugiere la doctora Liu, «fabulando».

Me miran con lástima, compasión, abatimiento, desaprobación. Mi voz se ha vuelto ronca con la desesperación de una persona culpable a la que hayan descubierto, que haya quedado ignominiosamente expuesta como una rata en una jaula, una rata a la que han inoculado una enfermedad y que parpadea como una tonta ante sus torturadores.

Les digo que me gustaría volver otro día a que me hagan otro análisis de sangre. Últimamente no me he sentido muy bien, y tampoco duermo bien. Me han echado de la casa en la que me alojaba y me he visto obligada a mudarme a un edificio de apartamentos que el Departamento de Salud Pública del condado de Hudson tuvo que clausurar el año pasado.

Llevo semanas sin dormir bien. Y he tenido muy poco apetito.

He compartido el cuarto de baño con personas poco limpias. He consumido alimentos y bebidas posiblemente contaminadas; no he podido

evitar beber agua que podía no ser pura.

Todo eso puede haber afectado al funcionamiento de mi sangre. ¿Es posible que sea así?

—Oh..., sí. Es posible.

Del cuartucho del conserje en el Magallanes, del tamaño de un armario, he cogido la llave (crucial) de acceso al tejado.

En la ferretería, en la esquina de Pitcairn y Mercer, he hecho un duplicado.

(¿Le importa acaso al aburrido dependiente que la llave lleve grabado «No duplicar»? Pues no.)

Cuando nadie me vea, cuando el conserje esté vaciando cubos de basura en el contenedor del callejón, devolveré la llave original al cajón, en su cuartucho del tamaño de un armario.

El profesor Gee me tiende en silencio el trabajo de diecisiete páginas. Al cogerlo, con gesto torpe, advierto para mi asombro que la nota en la primera página y en brillante tinta roja es un «Sobresaliente».

Pero, cuando me fijo bien, veo que no pone sólo eso, sino «¿Sobresaliente?».

Al verme sin habla, el profesor Gee me dice con una fría sonrisa:

—¡Muy buen trabajo, señorita Lucash! De hecho, no se parece a ningún otro trabajo de fin de trimestre sobre el tema de la «memoria» que me haya entregado nunca un estudiante en esta universidad. Es decir, en veintidós años.

Las manos me tiemblan de emoción, pero también de miedo. Noto de pronto un sudor frío, enfermizo. Una parte de mí desea sonreír encantada y pensar: «¡Esto es lo que merezco, por fin! He trabajado muy duro para conseguirlo».

Pero ese interrogante que hay junto a la nota es inconfundible. Como también lo es la frialdad que emana del profesor Gee (siempre el docente ingenioso ante su público), y no hay duda del motivo por el que me ha hecho acudir a su despacho en una de las torres góticas del Departamento de Psicología de la universidad.

—Vamos a ver... Esto es un trabajo de sobresaliente, sin duda. Y, sin embargo, me veo obligado a preguntarme: ¿es este trabajo de sobresaliente obra de Alida Lucash? ¿Es enteramente obra suya?



En el rostro del profesor hay una expresión muda de desdén, de repugnancia. *Por supuesto, no esperaba otra cosa de ti. Tú y los de tu calaña me dais asco.*

Le digo al profesor que sí, que ese trabajo lo he hecho yo misma.

—Hable más alto, señorita Lucash. ¿Qué decía?

—Que..., que sí que lo he hecho yo...

Esas palabras que salen de mi boca, que de pronto se me ha quedado seca, son claramente fraudulentas. No es de extrañar que el profesor Gee se quede mirándome con algo parecido al odio.

Pero, cuando habla, el tono del profesor Gee es educado, incluso atento. Hasta hay un deje juguetón en su voz.

—Me gustaría ver sus notas para este trabajo tan ambicioso, señorita Lucash. Y si tiene algún borrador, me gustaría verlo también.

Me siento muy rara. Ahí, sentada en la silla de respaldo duro al otro lado del escritorio del profesor, esforzándome mucho por no sentirme molesta, o dolida, porque me haya acusado de..., ¿de haber hecho trampa?, ¿robado?, ¿plagiado?

—Sí —contesto con un hilo de voz.

Pero mis notas se han perdido, creo. Los primeros borradores de mi trabajo de fin de trimestre se han volatizado en mi (defectuoso) ordenador portátil. No estoy segura de haberlos archivado correctamente después de imprimir la versión definitiva, tras numerosos percances, en una impresora (defectuosa).

—O puede hacerme un resumen ahora mismo de su trabajo. Exponerlo, a modo de pequeña presentación. Me impresionan especialmente sus notas al pie, señorita Lucash. Es muy audaz por su parte que hayas citado fuentes que no coinciden con las de «Herman Gee».

Me he sonrojado, presa de la confusión. Esa nota al pie, cerca del final del trabajo, la había quitado y vuelto a incluir; y de nuevo quitado y vuelto a incluir; pues, tras darle vueltas, había llegado a la conclusión de que, a Herman Gee, esas consideraciones que entraban en contradicción con su propia obra sobre la memoria (tal como nos la ha expuesto este semestre en sus clases) le resultarían estimulantes e interesantes, y no una «amenaza» a su reputación profesional; aunque quizá, viendo ahora cómo aprieta los dientes el profesor, he sido una ingenua al pensar eso.

Titubeante, con mi tono más esperanzado, empiezo a resumir el trabajo.

Con la mirada del profesor Gee clavada en mí, cada vez me siento más confusa. (¿Me permitirá echarle un vistazo?, me pregunto. Me sería de ayuda releer unos cuantos pasajes de los más difíciles para explicarlos mejor.) Por suerte, al cabo de menos de sesenta segundos, el profesor Gee me interrumpe.

—Muy bien, gracias, señorita Lucash. Ya veo que ha memorizado una serie de pasajes.

No sé muy bien qué hacer. Qué se espera de mí.

*¡Confiesa! Eres una tramposa.*

*Sin duda, no mereces estar en la universidad, no perteneces a este sitio.*

No es cierto que haya plagiado ese trabajo, «Una teoría biológica de la memoria». Me documenté de manera exhaustiva para redactar ese trabajo. Invertí cien horas o más en la biblioteca de la universidad.

Sin embargo, me invade una terrible y angustiosa sensación de culpa. Me noto agotada. Y suelto una risa nerviosa que parece sorprender e irritar al profesor.

—Bueno, ya es suficiente. Insisto en pedirle que imprima sus notas y borradores y en que me los traiga, aquí, a mi despacho, mañana a mediodía. No cumplir con mi petición tendrá como resultado un suspenso en la asignatura y la posibilidad de que la hagan comparecer ante el comité disciplinario de la universidad.

No voy a poder cumplir con lo que me pide. No tengo forma posible de hacerlo. Noto el corazón como una esponja estrujada, un sucio estropajo de cocina.

Pero asiento con la cabeza ante el profesor como una cobarde.

—Sí, profesor Gee. Lo intentaré.

*Desliza la llave en mis dedos. Y mis dedos la aferran.*

*Con esa llave, abro la puerta que hay al fondo del pasillo del segundo piso del Magallanes, la que conduce al tejado.*

*Ella me precede en las escaleras. ¡Una sombra huidiza y caprichosa!*

*¡Ven conmigo! Corre, murmura.*

*Me resulta sorprendente salir al tejado, tan cerca del cielo (nocturno, cubierto). Una ráfaga de viento me hace lagrimear.*

*En el tejado, me acerco al depósito de agua, gigantesco como una montaña.*

*También me sorprende que el tejado me resulte tan familiar. Y el*

depósito de agua, y la escalerilla metálica contra uno de sus costados.

Aunque el olor a creosota y el aire frío y cortante no me resultan familiares. Ni este cielo opresivo con sus capas de nubes como masilla extendida con una llana y que, sin embargo, despide una luz fosforescente.

En la distancia, al otro lado de las vías férreas de la New York Central, se halla la larga cuesta que conduce hasta la universidad, de la que sólo se ve en la noche una hilera de farolas; y, en la cima de la colina, el campanario, como un ojo ciego y enloquecido.

¡Sube por la escalera! Corre, murmura.

Una fuerza inesperada me recorre los brazos y las piernas cuando aferro la escalerilla y empiezo a trepar por ella. Siento un repentino vahído, pero es sólo un instante. Es evidente que no me he debilitado, que mi sangre no se ha «infectado».

En lo alto de la escalerilla, utilizando hasta el último ápice de fuerza en mis brazos y en mis hombros, confío en ser capaz de levantar la pesada tapa, aunque sea sólo durante unos desesperados segundos.

Siento el corazón a punto de explotar, rebosante de felicidad en este extraño lugar.

Alguien me toca en el hombro, y me vuelvo, pero no hay nadie. (¿El viento?)

Durante un instante corro el riesgo de soltarme de la escalerilla mientras me recorre de nuevo una oleada de vértigo que hace flaquear mis rodillas.

En la distancia, el luminoso campanario.

¿Está tañendo una campana? ¿Qué hora es? Aunque aguzo la mirada, no consigo ver la esfera del reloj..., no consigo oír las campanadas.

¿Las diez? ¿Las once? ¿Medianoche?

Existe el riesgo de que no sea al fin y al cabo lo bastante fuerte como para levantar la tapa, pues no hay nadie para ayudarme.

El riesgo de que me suelte de la escalerilla y caiga al tejado, cinco metros más abajo, y no me encuentren hasta la mañana, o más tarde, cuando mis débiles gritos le lleguen a un extraño que pasa por Humboldt Street.

He decidido abandonar la universidad. Me marcharé del Magallanes sin avisar.

No me devolverán el depósito del alquiler. Pero es un pequeño precio que pagar a cambio de mi vida.

Siempre recordaré la preciosa y antigua universidad. La larga pendiente hasta el Pabellón de las Lenguas, el campanario en lo alto de la colina, y el tañer de sus (invisibles) campanas.

# SITUACIONES

## I. GATITOS

Papá nos llevaba a casa en el coche. Tres en el asiento de atrás y Lula, que era su favorita, delante a su lado.

—¡Oh, papá..., mira!

En el arcén, entre los matojos, había algo pequeño, peludo y blanco que parecía vivo.

—Ay, papá, por favor...

Papá se rió. Papá frenó hasta detener el coche. Lula se bajó de un salto. Corrimos con ella y descubrimos entre los matojos tres gatitos muy pequeños, blancos y con manchas negras y rojizas.

¡Cogimos a los gatitos! Eran tan diminutos que nos cabían en la palma de la mano, ¡debían de pesar sólo unos gramos! Maullaban, y apenas habían abierto aún los ojos. ¡Oh! ¡Nunca en la vida habíamos visto nada tan maravilloso! Corrimos de vuelta al coche, donde nos esperaba papá, para rogarle que nos dejara llevárnoslos a casa.

Al principio, papá dijo que no. Dijo que los gatitos se harían caca en el coche.

—Ay, papá, por favor —suplicó Lula.

Todos prometimos recoger las cacas que se hicieran los gatitos.

Así que papá cedió. A la que más quería papá era a Lula, pero los demás también nos sentíamos felices de ser sus hijos.

En el asiento de atrás llevábamos dos gatitos. En el delantero, Lula tenía el gatito más blanco.

¡Qué emocionados estábamos! ¡Qué encantados con los gatitos! Lula dijo que llamaría al más blanco *Copito de Nieve*, y nosotros dijimos que los nuestros se llamarían *Calabaza* y *Carboncito*, porque *Calabaza* tenía

manchas naranjas en el pelaje blanco, y *Carboncito* tenía manchas negras en el pelaje blanco.

Durante varios minutos, papá condujo en silencio. ¡Sólo parlotéábamos nosotros! Si escuchabas con atención, podías oír aullidos minúsculos.

Entonces papá preguntó:

—¿Eso que huelo es caca?

—¡No, no! —exclamamos.

—Creo que huelo a caca.

—¡No, papá!

—A tres cacas. Las huelo.

—¡No, papá!

(Y era verdad: ninguno de los gatitos se había hecho caca.)

Pero papá pisó el freno. Detuvo el coche en el puente sobre el río a las afueras del pueblo, a unos tres kilómetros de nuestra casa, al que se accedía por una rampa empinada.

—Dame a *Copito de Nieve* —le dijo a Lula.

Y luego nos miró a través del retrovisor entrecerrando los ojos y dijo:

—Dadme a *Calabaza* y a *Carboncito*.

Nos echamos a llorar. La que lloraba más fuerte era Lula. Pero papá le arrebató a *Copito de Nieve*, y luego alargó la mano hacia el asiento de atrás, con la cara roja y el ceño fruncido, para quitarnos a *Calabaza* y *Carboncito*. No teníamos fuerza suficiente ni éramos lo bastante valientes para impedir que papá cogiera a los gatitos con su mano enorme. Para entonces, los gatitos maullaban muy fuerte y temblaban de miedo.

Papá bajó del coche, y, con sus grandes zancadas, subió por la rampa hasta el puente y tiró a los gatitos por encima de la barandilla. Tres cositas diminutas que se elevaron al principio contra el cielo neblinoso, y luego cayeron rápidamente y desaparecieron.

Cuando papá volvió al coche, Lula exclamó entre lágrimas:

—Papá..., ¿por qué?

Y papá contestó:

—Porque soy vuestro padre, y yo decido cómo acaban las cosas.

## II. UN BESO FERROZ

En secreto, y a pie, se fue al continente. Vivía en una isla de aproximadamente veinte kilómetros cuadrados, con forma de bota como Italia. Entre la isla y el continente había un puente flotante de tres kilómetros de largo. Sus padres le habían prohibido ir al continente: representaba la vida fácil y holgazana; la isla era la vida de la disciplina, la severidad, la voluntad divina. Sus padres habían roto lazos con los parientes que vivían en el continente, quienes a su vez les tenían lástima a los isleños por ser incultos, supersticiosos y empobrecidos.

En la isla había colonias de gatos salvajes, en gran parte endogámicos, y feroces cuando se los arrinconaba o atrapaba, pero de una belleza incomparable. Una de las colonias se componía, sobre todo, de gatos atigrados de un naranja flamígero y con seis dedos; otra, de gatos negro azabache con ojos ambarinos; otra más, mayoritariamente de gatos blancos de pelo largo y con los ojos de un verde deslumbrante; y la más numerosa estaba formada, sobre todo, por gatos carey con intrincadas manchas en tonos piedra, plata y negro y ojos dorados, que parecían proliferar en una zona pedregosa cerca del puente flotante. En general, los niños de la isla tenían prohibido acercarse a los gatos salvajes o darles de comer; para cualquiera era peligroso aproximarse a los gatos con la intención de acariciarlos, no digamos ya de capturar a uno de ellos y llevárselo a casa; incluso de los gatitos pequeños se sabía que arañaban y mordían como locos. Sin embargo, de camino al continente, cuando se acercaba al puente flotante, no pudo resistirse a arrojarles trocitos de comida a los gatos carey, que lo observaban desde cierta distancia con ojos fijos y hostiles. «¿Gatito?... ¿Gatito?...» ¡Qué animales tan preciosos! Un día, sin pensar, se las había apañado para coger a un gato carey jovencito, poco más que un cachorro, muy flaco, con las costillas muy marcadas y orejas puntiagudas y en alerta, y durante un momento tuvo aquella vida temblorosa entre los dedos como si fuera su propio corazón arrancado del pecho; entonces el gato se retorció, frenético, siseó y arañó y le hundió los dienteitos afilados en el pulpejo del pulgar, y él lo soltó con un grito por lo bajo, «¡Joder!», y se limpió la sangre en la pernera del pantalón y continuó el trayecto a través del puente flotante.

En el continente la vio: una niña de su misma edad, imaginaba, o quizá algo más pequeña, que caminaba con otros niños. El viento costero estaba envuelto en una cortina de niebla y era húmedo y frío, implacable. En las

pestañas se le habían formado gotitas de humedad, como lágrimas. El largo cabello de la niña revoloteaba al viento. Apartaba de él su rostro perfecto, con timidez o con coquetería. Él se había vuelto atrevido, impulsivo; por lo visto, su experiencia con el gato carey no lo había desalentado sino todo lo contrario. Era un niño que fingía ser un hombre allí en el continente, donde se sentía mayor, más seguro de sí mismo. Y ahí nadie sabía su nombre ni el de su familia. Anduvo junto a la niña, apartándola de los demás niños. Le preguntó su nombre: Mariana. Le cogió la mano, una mano pequeña que al principio se resistió. La besó en los labios, con suavidad pero con mucha emoción. Como ella no se apartó, la besó de nuevo, esta vez con más fuerza. La niña se apartó de él como si fuera a echar a correr. Pero él le cogió la mano, el brazo; la retuvo con insistencia y la besó tan fuerte que notó la huella de sus dientes contra los de él. Le pareció que le devolvía el beso, aunque con menos fuerza. La niña se apartó, le cogió la mano y, riéndose, lo mordió en la base del pulgar, en la carne blanda del pulpejo. Atónito, él se quedó mirando cómo brotaba la sangre. La herida era diminuta, y sin embargo... ¡cuánta sangre! Le manchó las perneras de los pantalones. Le salpicó las botas. Retrocedió, y la niña salió corriendo para alcanzar a los demás niños; y él advirtió que todos corrían juntos por la playa ancha y pedregosa y cubierta de restos de las tormentas, entre risas agudas y burlonas, y que ni uno solo de ellos miraba atrás.

Atenazado de repente por el temor de que el puente se hubiera alejado flotando, volvió hasta él. Pero ahí seguía, azotado por los vientos costeros, y parecía más pequeño y más maltrecho. Era finales de otoño. No conseguía recordar la estación en la que había empezado a hacer eso...; ¿había sido en verano? ¿En primavera? El mar se elevaba en olas airadas y revueltas. La isla era prácticamente invisible tras una cortina de niebla. En las olas, veía los rostros de sus parientes mayores de la isla. Hombres con barba, mujeres que fruncían el entrecejo. El regreso a la isla cruzando el puente bamboleante lo dejó sin aliento. En la orilla, no prestó atención a la colonia de gatos carey que parecía estar esperándolo entre las rocas con sus maullidos burlones y sus maliciosas caras felinas. La herida en el pulpejo del pulgar le dolía; lo avergonzaba aquella herida, las marcas perceptibles de unos dienteitos afilados en la carne. Al cabo de unos días, la herida se amorató, y con un cuchillo de pesca cauterizado en una llama volvió a abrirla para dejar que la sangre fluyera de nuevo, caliente. Se envolvió la base del pulgar con una venda. Explicó que se había hecho daño sin querer con un clavo o un gancho



oxidados. Retornó a su vida, que no tardó en arrastrarlo como las olas que llegaban a la playa y rompían entre las rocas. Un día, cuando se quitara el vendaje, vería la diminuta cicatriz dentada en la piel, prácticamente curada. En secreto, besaría esa cicatriz en un vertiginoso arranque de emoción, pero, con el tiempo, dejaría de recordar por qué.

### III. ESPERANZA

Papá nos llevaba a casa en el coche. Sólo íbamos dos en el asiento de atrás, y Esther, que era la favorita de papá, sentada delante a su lado.

—¡Ay, papá!... ¡Cuidado! —exclamó Esther.

Un animal peludo cruzaba la carretera ante el coche de papá, con las patas moviéndose muy deprisa. Podría haber sido un gato grande, o un zorro joven. Papá ni siquiera aminoró la marcha, no giró el volante ni frenó para evitar atropellar al animal, aunque tampoco apretó más a fondo el acelerador para arrollarlo a propósito.

La rueda delantera derecha lo golpeó con un ruido seco.

Se oyó un gritito agudo, y luego se hizo el silencio.

—Ay, papá, por favor... Por favor, para.

Esther dijo eso con un hilo de voz lastimera, y aunque sonó suplicante, era una voz sin esperanza.

Papá se rió. Papá no frenó ni detuvo el coche.

Atrás, nos arrodillamos sobre el asiento para mirar por el parabrisas trasero y vimos, entre los matojos del arcén, al animal retorciéndose en plena agonía.

—¡Papá..., para! Por favor, para, papá..., el animal está herido.

Pero nuestras voces eran débiles y lastimeras y no había esperanza en ellas. Papá no nos prestó atención y continuó conduciendo, tarareando para sí, mientras en el asiento delantero Esther lloraba quedamente con su tono desamparado de siempre, y en el asiento trasero nos habíamos quedado muy callados.

Uno de nosotros le susurró al otro:

—¡Era un gatito!

Y el otro musitó:

—¡Era un zorro!

En el puente que cruza el río, donde hay una rampa empinada, papá detuvo finalmente el coche. Papá fruncía el ceño y parecía irritado, y le dijo a Esther:

—Baja del coche.

Luego se volvió hacia nosotros y, con los ojos echando chispas, nos dijo que también bajáramos del coche.

Estábamos muy asustados. Pero en el asiento trasero del coche de papá no había donde esconderse.

Fuera, Esther estaba temblando. Del río envuelto en niebla soplaba un viento helado. Nos apiñamos con Esther mientras papá se acercaba.

En la cara de papá había pesar y remordimiento. Pero era remordimiento por algo que todavía no había pasado, y que no podía evitarse. Con calma, papá le asestó un puñetazo a Esther en la espalda, que la hizo caer como un disparo, sin aliento, tanto que al principio no pudo gritar ni llorar, sino que se quedó ahí en el suelo, temblando. Nosotros queríamos echar a correr pero no nos atrevíamos a hacerlo, porque papá nos atraparía con sus largas piernas, lo sabíamos.

Papá nos golpeó también, a uno primero y al otro después. A uno en la espalda, como había hecho con Esther, y al otro le soltó un golpe de refilón en la sien como quien no quiere la cosa, como si en ese caso (era mi caso) el crío fuera tan incorregible que no valiera la pena disciplinarlo. «Ay, ay, ay.» Habíamos aprendido a sofocar nuestros gritos.

Con sus largas zancadas, papá volvió al coche a fumarse un pitillo. Eso había pasado antes, aunque no de la misma manera, y cuando una cosa pasa de forma parecida a una anterior es más terrible que si no hubiera ocurrido antes, de la forma que fuera. Nos quedamos ahí tendidos en la tierra desigual, sollozando entre los matojos secos, tratando de recobrar el aliento. Esther, que era la mayor, se recuperó primero, se arrastró hasta donde estábamos Kevin y yo y nos ayudó a sentarnos y luego a ponernos en pie con las piernas de palillo, temblorosas. Estábamos aturdidos por el dolor, y también por la mareante sensación que tienes cuando no te esperas que algo ocurra de un modo determinado pero, cuando empieza a pasar, te acuerdas de que en realidad ya lo has experimentado antes, y ese hecho da pie, como si te hallases ante una serie de pestillos que cierran una serie de puertas, a la certeza de que volverá a pasar.

Papá estaba sentado en el coche, fumando. La puerta del conductor

estaba medio abierta, pero aun así el interior se iba llenando de un humo azul como la niebla.

Entre Esther y papá, la situación era única, como antaño había sido única la situación entre Lula y papá: si Esther había decepcionado a papá, y había recibido un castigo por decepcionar a papá, tenía permitido, incluso quizá se esperaba que lo hiciera, hacer referencia a ese castigo siempre y cuando no desafiara a papá ni lo decepcionara más. Muchas veces, una pregunta clara y simple por parte de Esther parecía, para nuestra sorpresa, ser bien recibida.

Con la voz entrecortada, Esther dijo:

—Ay, papá..., ¿por qué?

Y papá contestó:

—Porque soy vuestro padre, y mis hijos nunca deben perder la esperanza.

## LA GARZA AZULADA

¡Ese grito! Un grito ronco, que no es humano y se desvanece casi al instante, pero que ha bastado para despertarla.

El grito venía del lago, supone. En el lago hay búhos. Y aves acuáticas: somorgujos, gansos, ánades reales. A través de la noche, en su sueño inquieto, oye sus gritos tristes y hermosos, que suelen sonar amortiguados como voces humanas llegadas de la distancia. A veces capta cierta agitación en el agua, lo que parece un aleteo frenético, y aguza el oído, confiando en no captar gritos de sufrimiento.

Es demasiado pronto para despertar. Demasiado pronto para estar consciente.

Últimamente se ha sentido agotada, el sueño es muy valioso para ella.

Nota el camisón desagradablemente húmedo de sudor. Las sábanas están empapadas. Su respiración es entrecortada, leve. El grito procedente del lago la ha perturbado: no parecía humano, y sin embargo le resulta familiar.

Susurra el nombre de su marido. No quiere despertarlo, pero se siente realmente inquieta, muy sola.

La cama es más grande de lo que recordaba. Apenas tiene la certeza de que su marido esté ahí, en el otro lado (el izquierdo).

Pero sí, ahí está, dormido al parecer. Le da la espalda, la ancha espalda desnuda.

Ella se le acerca poco a poco, suavemente, ávida del tacto de otra persona, de los brazos protectores de otra persona.

Su marido parece estar sumido en un sueño tranquilo. Fuera lo que fuese el grito procedente del lago, no lo ha despertado.

Se ha destapado casi del todo, sus hombros y su espalda están fríos cuando ella los toca. Sin abrir los ojos, el marido se vuelve soñoliento hacia ella para estrecharla entre sus brazos.

Qué fuertes y protectores son los brazos de su marido. Y su respiración profunda y lenta se le antoja también una especie de protección. Apoya la

cabeza junto a la de él, en una esquina de su almohada. Cuando duerme, su marido hace cosas extrañas y esculturales con las almohadas: las dobla por la mitad, las coloca en vertical bajo la cabeza, funde dos en una, se apoya en ellas en un ángulo incómodo con la cabeza ladeada. Pero duerme como un tronco, y las aves nocturnas rara vez lo despiertan.

Marido y mujer se sienten muy cómodos juntos. Sin necesidad de hablar, se comunican a la perfección en la cama, en la oscuridad. La mujer asegura que tiene el sueño ligero, pero a menudo se duerme profundamente junto a su marido de esa manera, compartiendo con él sólo una esquinita de su almohada.

Y ese sueño, cuando comparte la esquina de la almohada de su marido, es el más puro.

En torno al tejado de la casa hay pájaros más pequeños. Los cardenales son los primeros en despertar, al alba. Sus reclamos, dulces y tan conocidos, son vacilantes, interrogativos. Están preguntando: «¿Qué es todo esto? ¿Dónde estamos? ¿Qué se espera de nosotros?». Debe de ser terrible ser pájaro, piensa ella. Tienes que buscar alimento constantemente, nunca puedes descansar, o tu diminuto corazón dejará de latir.

Tienes que volar, tienes que ejercitar las alas. Tus frágiles huesecillos pueden quebrarse fácilmente. Pero esos huesos son lo bastante fuertes como para elevarte y mantenerte en el aire toda tu vida.

Ésos son los pájaros del día, las aves cuyos trinos resultan familiares. En el lago y en las tierras pantanosas que lo rodean hay aves más grandes, más misteriosas, que gritan, reclaman, ululan, gimen, chillan, murmuran y emiten voces temblorosas, risas ásperas y maníacas que resuenan en la noche.

La lechuza, con su ulular singular y estremecedor.

La garza azulada, con su reclamo como un graznido ronco.

Cogidos de la mano, pasean juntos por la orilla del lago. La tierra bajo sus pies es blanda, esponjosa. Es una fría mañana de mayo. Los colores han palidecido, tanto en la tierra como en el cielo. Las hierbas altas junto a la orilla parecen tronchadas, pisoteadas. Huele a hojas mojadas, podridas. Pese a que es primavera, a esa hora en que reina aún la penumbra, todo lo que ella ve no parece vivo del todo, ni del todo muerto.

Agarra la mano de su marido sólo un poco más fuerte de lo habitual. Es posible que su marido cojee..., sólo levemente. Para la mujer, entrelazar sus dedos con los de su marido es un gesto natural. Él es el más fuerte de los dos, y ella se deja llevar por él incluso para la simple cuestión de pasear juntos. Al

poco de conocerse habían empezado a cogerse de la mano de ese modo, y eso fue muchos años atrás, pero en ese momento, en la luz crepuscular del lago, la esposa es incapaz de calcular cuánto tiempo hace. Un extraño silencio se ha posado en ella como un velo prieto que le cubre la boca.

—¡Ven aquí! Ven a ver esto.

El marido guía con cautela a su mujer. Casi oculta entre la hierba alta y las aneas de la orilla hay lo que parece ser una pequeña colonia de nidos de pato, de ánades reales.

Se trata de los patos más comunes en la zona. La mujer reconoce la elegante cabeza verde oscuro del macho, el plumaje marrón de la hembra.

Cae una lluvia fina que hace estremecerse la superficie del lago como el pelaje de un animal vivo. Más que salir por el este, el sol parece materializarse tras masas de nubes, pálido, incoloro, pura luz.

Ella agarra con fuerza la mano de su marido. «Nunca hemos sido tan felices», piensa.

¿La ha traído hasta ahí para decirle eso? ¿Por qué la ha traído?

A esta hora, el lago se ve distinto que durante el día. Parece más grande, como si no tuviera límites. Columnas de niebla se elevan de él como alientos exhalados. Durante el día puedes ver cada árbol, pero en esta penumbra todo son sombras como manchones gruesos de pintura. Y la superficie del lago refleja tan sólo un mortecino lustre metálico.

Tan brumoso y pálido se ve el sol, que podría ser la luna. (¿Será en efecto la luna?) Medio cubierto por nubes que parecen inmóviles, clavadas en su sitio.

Hay algo melancólico en toda esa belleza, se dice la esposa. Pues el lago se ve hermoso incluso despojado de color. Es uno de los sitios bonitos de su vida, ha llegado a ser valioso para ella. Aunque no se trata de un gran lago en las montañas, sino tan sólo de uno a medio camino entre una zona residencial urbana y una zona rural, con una superficie de apenas tres kilómetros, cuya profundidad máxima no alcanza los cinco metros, y en la mayor parte de la orilla con sólo un par de palmos de agua colmada de aneas.

Cuesta lo suyo rodear el lago andando, pues no hay un solo sendero entre la densa maleza. Especialmente densas son las franjas de *Rosa acicularis*, el rosal espinoso silvestre que se engancha en la ropa y deja arañazos sangrantes en la piel desprotegida.

Cogidos de la mano, recorren la orilla. Han llegado al final de su finca y

se abren paso por una senda apenas visible en el pantano. La mujer se ha echado a temblar, se le están mojando los pies; le gustaría dar la vuelta, pero el marido sigue adelante, tiene algo que enseñarle. Durante su largo matrimonio, ha sido el marido quien ha tenido muchas cosas que enseñarle a la mujer.

Sobre el lago se vislumbran destellos de relámpagos, mudos.

En el lago de color acero se ven sombras de figuras: una flotilla de barnaclas canadienses. El matrimonio se queda muy quieto observando los preciosos gansos de plumaje gris que flotan en la superficie del agua, con la cabeza bajo el ala como ilustraciones en un libro de cuentos para niños.

Todo está sereno, prácticamente inmóvil, como en un sueño.

Entonces, a seis o siete metros de distancia, al parecer salido de la nada, aparece un animal de patas largas que se abre camino por la orilla en dirección a los nidos de los ánsares reales.

La mujer lo mira fijamente, horrorizada. Se trata de una gran garza azulada, un ave de presa, muy flaca, con un cuello largo y sinuoso, patas escamosas y un pico largo y puntiagudo. Resulta inquietante y perturbador que el bicho, la criatura, no haga intento alguno de usar las alas para volar, sino que se limite a andar con torpeza, pero deprisa, como un ser humano disminuido o desfigurado en algún sentido.

Antes de que cualquiera de los ánsares se percate de la presencia del depredador, la garza ataca el nido más cercano. Su pico acuchilla sin piedad, con precisión robótica. Hay un violento alboroto, chillidos y frenéticos aleteos de los ánsares mientras la garza asesta golpes en el nido, perforando huevos con su pico; en cuestión de segundos se ha zampado los huevos, del todo indiferente ante las aves acuáticas más pequeñas, que sisean y aletean a modo de protesta.

En otro nido, la garza descubre diminutos patitos implumes. Los espantados padres son incapaces de intervenir mientras la esbelta ave levanta un polluelo tras otro con el pico, rápidamente, y se los traga enteros.

Para entonces, todos los ánsares reales chillan a modo de protesta. Debe de haber dos docenas de ellos en estado de alarma. Algunos están en la orilla; otros aletean en el agua. Emiten sus *cuac, cuac, cuac* con furia y desesperanza. Su alarma no sirve de nada. La gran garza azulada permanece impassible, indiferente. En cuestión de un minuto se ha alimentado hasta saciarse, y ahora despliega las amplias alas de plumaje gris, extiende el cuello de aspecto correoso y levanta el vuelo para cruzar el lago con una calma

espeluznante.

Sólo entonces el ave de presa emite su reclamo, un graznido áspero y ronco, que suena triunfal y hace daño en los oídos.

—¡Ay, Dios! —Ahora sí se ha despertado.

Ahora sus ojos están abiertos, muy abiertos y ciegos. Tan sorprendida está que al principio no ve nada.

Pasa largos minutos sin poder moverse mientras el corazón le palpita con fuerza. Está tan aturdida como si su cuerpo, en la zona del corazón, hubiese quedado perforado también por el largo y puntiagudo pico del ave de presa.

Hace un esfuerzo por despertar del todo. La suya es una decisión consciente, moral, y se dice: *Despierta del todo*.

Aparta con determinación las sábanas, que la están sofocando, se quita el camisón empapado en sudor y lo arroja al suelo como si fuera algo de lo que avergonzarse.

A su lado, la cama está vacía. Por supuesto que la cama está vacía.

Han pasado tres semanas y dos días desde la muerte de su marido.

*Se ha ido. Se ha marchado. No regresará.*

Se dice esas palabras diez o doce veces al día. Esas palabras que constituyen la más rotunda recitación del espanto y que sin embargo, de algún modo, no le resultan del todo inteligibles. Y por tanto debe repetírselas.

*Se ha ido. Se ha marchado. No regresará.*

Un tintineo en la puerta principal. No hay manera de dejar fuera al intruso.

Él no es un ave de presa, sino un ave carroñera. Con unos hombros encorvados como alas deformes, unos ojos rapaces y brillantes que recorren a la viuda con avidez.

—Querrás vender esta finca, claro.

*Pues no. No quiero vender esta finca.*

El cuñado habla con tono solemne, aunque ella le ha dicho al cuñado que hace demasiado poco de la muerte de su marido para pensar en esas cosas.

—... Siempre he dicho que esta finca era excesiva para sólo dos personas. Y ahora...



Se había plantado en la entrada tocando el timbre.

—¡Claudia! ¡Clau-dia! Soy yo.

¿Y quién es ese «yo»? se pregunta ella.

¿Qué tiene que ver ese «yo» conmigo?

No podía dejar fuera de la casa al cuñado. No podía salir corriendo para esconderse en el piso de arriba, porque él habría llamado al teléfono de emergencias para informar sobre una mujer desesperada que (posiblemente) corría peligro de lesionarse a sí misma, o, peor incluso, habría entrado a la fuerza en la casa para encontrarla con gesto triunfal.

Y luego diría: «¡Pobre Claudia! Es posible que le haya salvado la vida».

Ella ya no tiene ningún control sobre lo que diga la gente, ahora que su marido ha muerto.

Es asombroso: el cuñado (al que nadie ha invitado, que está de más) se ha sentado en la sala de estar de esa casa a la que no acudía (nunca) de visita si no estaba presente su hermano.

Es la primera vez (en la vida) que el cuñado está a solas con la esposa de su hermano, que hace mucho que recela de él: de sus ojos brillantes, de su sonrisa demasiado cordial.

El cuñado incluso se ha servido una copa: un whisky de color ámbar que ha vertido en un vaso, de una botella que se guardaba en un armario junto a otras selectas botellas de licor. El cuñado le ha preguntado a la viuda si quería tomar una copa con él, y ella ha declinado el ofrecimiento con una sonrisa nerviosa. Resulta extraño que le pidan a una que se tome una copa con un intruso que está de más, y murmurar «No, gracias» en tu propia casa.

Una oleada de espanto entumecido brota de pronto en la viuda ante todas las cosas a las que ha renunciado, que ha perdido.

Con su tono más ferviente de vendedor, el cuñado está hablando de planificar el futuro, el futuro de la viuda. Es la albacea de la propiedad de su marido, lo que implica una gran responsabilidad y una «pericia» que la viuda no tiene, como es comprensible.

—Yo puedo ayudarte, Claudia, por supuesto...

Qué extraño suena su nombre en boca de ese hombre: *Claudia*. Para empeorar las cosas, a veces la llama *Claudie*. Como si hubiera una intimidad especial entre ambos.

El cuñado habla de «finanzas», «impuestos», de una «propiedad a orillas del lago», como si se viera obligado a pronunciar verdades dolorosas. Como

si esa visita no la hiciera por propia elección (¡en absoluto!) sino por su responsabilidad como hermano (menor) del difunto marido, como el (preocupado y atento) cuñado de la viuda.

La viuda lo escucha con educación, muy erguida.

En realidad, la viuda no está escuchando.

La viuda sólo oye hablar al cuñado débilmente, porque en los oídos sólo oye el clamor de una cascada distante. Apenas es consciente de esa boca que se mueve. Una boca que parece tener bisagras, como la de un ave carroñera.

¿Qué hace él aquí? ¿Qué hace aquí con ella? Esta persona que es la única en el mundo que no le despierta confianza. Esta persona que, según ella cree, le pedía prestado dinero a su marido con el acuerdo tácito por ambas partes de que ese dinero (probablemente) no sería devuelto.

El cuñado, que ha expresado un embarazoso y poco deseado interés por ella, como si hubiera alguna especie de complicidad entre ambos. «Sabes, y yo también lo sé, que nunca se lo dirás a Jim.»

¡Jim! Aunque el marido se llamaba *James*.

Pero había veces en que el cuñado, con una sonrisa burlona, lo llamaba «Jim». O peor incluso, «Jimmy».

Pero es cierto: ella nunca le había contado a su marido que su hermano pequeño tiene la fastidiosa costumbre de acercársele demasiado, con aquel corpachón suyo plantado ante ella y la cara pegada a la suya, de abrazarla demasiado fuerte cuando se despide, para transmitirle la desagradable sensación de solidez y calor de su cuerpo (viril). Y cómo se dirige a ella por lo bajo y con una sonrisa sugerente: «Hola, Claudie. Te he echado de menos».

A menudo, en las reuniones familiares, el aliento del cuñado huele a whisky. Cálido, gaseoso. Y su opresiva mano se le posa en el brazo como quien no quiere la cosa.

Nunca se lo ha contado a su marido. Le habría dado vergüenza contárselo a su marido. Prefería guardarse para sí aquel desagradable secreto que compartirlo con otros y preocuparlos.

El amor que sentía por su marido había sido un amor protector, y no deseaba ponerlo en peligro. No quería ser la portadora de noticias perturbadoras para aquel hombre bueno, dulce y confiado, por lo que le había ocultado muchas cosas en los largos años de su matrimonio.

Como le ocultaría ahora, si pudiera, la crudeza de su dolor. No querría

que el (difunto) marido supiera cuánto lo echa de menos.

No querría que el (difunto) marido supiera cuánto le desagrada su hermano y hasta qué punto desconfía de él y le tiene miedo.

En todo caso (se dice), es poco probable que llegue a pasar nada entre ella y el cuñado porque ella nunca lo permitiría.

—Se te ve muy pálida, Claudia. Confiemos en que duermas lo suficiente.

Al oír eso, ella esboza una sonrisa irónica. ¡Que duerma lo suficiente! Sólo podría dormir *lo suficiente* si cerrara los ojos para siempre.

—¿Seguro que no quieres una copa? Creo que voy a ponerme otra..., sólo un poco más...

El cuñado ronda los cincuenta y cinco, de modo que es varios años más joven que el (difunto) marido y más o menos de la misma edad que la viuda. Va alardeando de ser un hombre muy familiar, pero ha organizado cuidadosamente su vida para pasar el menor tiempo posible con su familia. De cuerpo macizo y grandes brazos, pese a los hombros levemente encorvados, tiene la cara rubicunda de un golfista y el talante de alguien siempre dispuesto, de ser necesario, a hacerse cargo de todo con sus propias manos.

La viuda es capaz de ver esas manos agarrándola a ella.

Como si fuera un palo de golf. Un instrumento del que hará buen uso alguien siempre dispuesto a hacerse cargo de todo.

—El mercado inmobiliario no está muy boyante en este momento, eso sí lo reconozco. Los tipos de interés hipotecario están muy altos. Pero con una buena estrategia de mercado, y si se hacen inversiones sensatas una vez que se haya vendido la finca...

Los ojos del cuñado son húmedos, inquisitivos. Recorren el cuerpo de la viuda como un enjambre de hormigas mientras se sirve otra copa, y se la toma.

—... Ha supuesto un golpe terrible para ti, por supuesto. Ha sido un trauma. Y es por eso por lo que...

El cuñado confía en que convencerá a la viuda. El silencio de ella es un incentivo para su ingenio. La buena educación y la gentileza de la viuda, así como su costumbre de tratar a la gente con deferencia, son un estímulo para su locuacidad. El cuñado no tiene muy claro (tampoco tiene claro que importe demasiado) si la viuda está casi catatónica por la pena o si

simplemente está rígida por pura obstinación femenina y se opone a él precisamente porque tiene el mejor consejo que ofrecerle.

Las mujeres son así..., ¡perversas!

En su vida profesional, el cuñado ha sido un banquero de inversiones. Ahora ya no es banquero de inversiones (la viuda no sabe con seguridad si tiene «su propio negocio» o si está «en un ínterin entre uno u otro empleo»), pero conserva las aptitudes, la información, la experiencia en inversiones bancarias o al menos el vocabulario de quien tiene datos confidenciales, y al fin y al cabo es el cuñado de la viuda, alguien a quien sería natural que la viuda recurriera en esos momentos de aflicción.

(Y desde luego la viuda ha tenido un comportamiento extraño desde la muerte de su marido: está muy reservada, evita incluso a su propia familia, sus parientes y amigos más cercanos. Lo evita a él, nada menos.)

—Jim querría que confiaras en mí, ¿sabes? Querría que acudieras a mí con cualquier duda que tuvieras sobre la finca, los temas financieros, el impuesto de sucesión, el impuesto de la renta, cómo poner la casa en el mercado...

*Pero yo no quiero poner la casa en el mercado.*

Estará encantado de asumir la responsabilidad como albacea del patrimonio de su marido, dice el cuñado. Si ella lo quiere así. Nombrarlo albacea en su lugar requerirá tan sólo que la viuda solicite una cita con su abogado. Un arreglo como ése es «de lo más corriente», aparte de «muy buena idea», cuando una viuda no tiene experiencia en «cuestiones de dinero» y se ha llevado una impresión terrible.

—¿Te parece que fijemos una fecha? ¿Para una cita? Puedo llamar yo mismo a tu abogado, y podemos concertar una cita a principios de la semana que viene...

La viuda apenas parece oírlo. Es verdad que está muy pálida, amarillenta casi, y su piel irradia una especie de luminiscencia que la hace parecer más joven de lo que es, mientras que el cabello suelto, un poco despeinado, con vetas grises, plateadas y blancas, le cae hasta los hombros y le otorga cierto aire entre el desespero y la euforia desenfrenada.

—He dicho que llamaría a tu abogado y concertaría una cita para los dos...

La viuda mira a través de una ventana de la parte de atrás de la casa; a poca distancia, al final de una leve pendiente, el lago ondulado por el viento

refleja la luz del atardecer.

—¿Claudia? ¿Estás bien? Confío en que me hayas estado escuchando...

La voz del cuñado denota irritación. El cuñado es un hombre al que más vale no desairar. Lleva una camisa de cuello abierto de una tela fina y cara; algodón egipcio, quizá. La camisa es de un azul lavanda pálido y los pantalones de pana, de un azul lavanda oscuro. Va calzado con unas deportivas de lona. Pone siempre mucho cuidado en vestir bien, aunque la ropa suele quedarle apretada y parece embutido en ella, como una salchicha deforme.

La viuda recuerda cómo, en un encuentro familiar, sólo unos días antes de que su marido sufriera el ataque y fuera hospitalizado, el cuñado la había abordado cuando estaba a solas, como desafiándola a reconocer su interés sexual y a apartarlo de ella.

«Te he echado de menos, Claudia. Te veo estupenda.»

Siempre, de manera insultante, el cuñado se ha sentido obligado a hacer comentarios sobre el aspecto de la esposa de su hermano. Como si hubiera alguna clase de competición entre las mujeres de los hermanos, de la que las mujeres en sí no son conscientes.

Desde que el cuñado ha entrado en la casa, y se ha sentado en la sala de estar repitiéndole sus palabras ensayadas a la viuda, ella se ha dedicado a observar los movimientos de las aves acuáticas en el lago; de los patos, los gansos. Las aves de presa no se han zampado todos los patitos y ansarinos de la temporada. Hay incluso varios polluelos de cisne, pues una pareja de esas aves reside en el lago. Cisnes de un blanco deslumbrante y de belleza y serenidad incomparables.

Cuando se siente muy triste, sola y angustiada, la viuda huye de la casa, donde es probable que suene el teléfono, y recorre la orilla del lago contando patitos, ansarinos. Polluelos de cisne.

Ha visto a veces a la gran garza azulada, la cazadora solitaria. Durante el día, el ave no parece tan aterradora como por las noches.

—¡Oh, mira ahí! —exclama con excitación la viuda al ver un pájaro grande y flaco abriendo de pronto las alas para levantar el vuelo, con torpeza al principio, sobre el lago, solitaria.

—¿Qué estás mirando, Claudia? Joder, ¿qué puede haber ahí fuera que sea tan interesante? —El cuñado se vuelve para mirar por encima del hombro, y se le forma una arruga en la rechoncha barbilla.

La garza azulada es un animal prehistórico de belleza extraña e inquietante. La viuda observa embelesada cómo se aleja volando lenta y dignamente hasta que desaparece de su vista. Y, sin embargo, el cuñado ni siquiera parece haber reparado en ella.

—Bueno, es una vista estupenda, sí. Qué suerte la tuya, eso de tener una finca a orillas del lago. Jim tuvo una gran idea, esta propiedad es toda una inversión...

Con mayor aspereza de la que pretendía, la viuda protesta:

—James no la consideraba «una inversión». Era..., es... nuestro hogar.

—¡Claro, por supuesto! No era mi intención...

—Elegimos la casa juntos, James y yo. Creo que ya lo sabías. No fue decisión de uno solo.

—¡Sí, sí! No hace falta que te alteres, Claudia.

—Creo que..., creo que deberías irte ya. Tengo muchas cosas que hacer.

La viuda oye la disculpa en su propia voz, y la enerva. Pese a que el desagrado ante el intruso la hace temblar, siente que debe hablarle con tono conciliador.

El cuñado sonrío y suelta, medio burlón:

—«¡Muchas cosas que hacer!» Pues desde luego que sí, Claudia. Hay cosas que deberías hacer, y con las que yo puedo ayudarte.

—No. Me parece que no.

—¿Qué quieres decir con «me parece que no»? Jim estaría preocupado por ti, Claudia.

La viuda se siente herida por la ligereza con la que el cuñado viene pronunciando el nombre de su marido, como si fuera un nombre cualquiera que lanzar de aquí para allá, igual que en un partido de ping-pong.

—No. He dicho... que no.

El cuñado parpadea y arquea las cejas, fingiendo una leve sorpresa. Ella corre el peligro de hablarle de malos modos. Corre el peligro de traicionar sus emociones. Sabe que el cuñado la observa muy atentamente, sabe que informará a los demás. «Claudia tiene una pinta horrorosa. Es evidente que no duerme bien. Confío en que no esté bebiendo, en secreto. ¡No consigo imaginar en qué estaría pensando Jim, mira que nombrar a esa pobre mujer albacea de su patrimonio!»

La visita ha llegado a su fin. Pero el cuñado no tiene prisa por marcharse.

Ha dejado el vaso de whisky, que al parecer ha apurado. Tiene la cara arrebolada y rubicunda, y los ojillos de hormiga le brillan con una suerte de satisfacción maliciosa, pero agresiva. Porque el cuñado es de los que quieren más, siempre más.

De camino a la puerta, el cuñado sigue hablando. La viuda es consciente de cómo gesticula; los gestos de ese hombre son siempre floridos, exagerados. Es de esas personas que parecen hechas para la televisión...; podría ser vendedor de espacios publicitarios, o político. La viuda tiene buen cuidado de no acercarse demasiado a él, pues el cuñado está considerando (ella lo sabe) si ponerle una mano en el brazo o rodearle los hombros. Está considerando si agarrarla con fuerza, en un abrazo inconfundible, o limitarse a apretarle la mano y rozarle la mejilla con los labios... Para entonces, la viuda está trastornada, pese a sentirse como si su columna vertebral estuviese hecha trizas, por cómo es capaz de caminar bien tiesa y de ocultar el malestar que siente.

Con una punzada de pánico, la viuda advierte que ha dejado la puerta principal sólo entornada...

*Es el principio. Sólo el principio. De mi pérdida de control.*

Se asegurará de que la puerta quede bien cerrada tras el cuñado. Echará el cerrojo.

Con tono jovial, el cuñado dice:

—¡Bueno, Claudia! Te llamaré esta noche. Quizá me pase mañana. ¿Estarás en casa sobre las cuatro?

Ella se apresura a decir que no. Que no estará en casa.

—¿Y después? ¿A media tarde?

¡Qué agresivo es el cuñado! Qué desagradablemente cerca lo tiene, ahí de pie, soltándole en la cara su cálido aliento apestoso a whisky, como si la desafiara a echarlo a empellones.

—¡Adiós! Lo siento, pero ahora mismo no puedo hablar más...

La viuda quiere cerrar la puerta tras ese visitante no deseado, pero el cuñado se vuelve con una sonrisita maliciosa para asirla de los hombros, atraerla hacia sí y plantar un beso con sus labios carnosos en los labios apretados de ella, tan deprisa que no lo ve venir.

—¡No! Basta.

—¡Por el amor de Dios, Claudia! Haz el favor de controlarte. No eres la primera persona en el mundo que ha perdido a un ser querido.

El cuñado le habla con tono de desprecio. Los ojos húmedos y muy juntos sueltan chispas de rabia.

El cuñado cierra la puerta con un sonoro portazo. Está muy enfadado, la viuda lo sabe. Ella no puede resistirse al impulso de limpiarse los labios con el dorso de la mano, en un gesto de aversión.

Desde una ventana, la viuda observa cómo se aleja de la casa el coche del cuñado, erráticamente al parecer. Como si deseara pisar a fondo el acelerador pero se estuviera conteniendo. «Pero va a volver —piensa ella—. ¡Cómo voy a evitar que vuelva por aquí!»

Se estremece, está asqueada. No ha podido comer nada desde primera hora de la mañana. El resto del día —el atardecer, el crepúsculo, la noche— se extiende ante ella como un paisaje devastado.

Cuando vuelve a la sala de estar, encuentra el vaso de whisky vacío dejado con descuido sobre la mesita de café de caoba. La boca del cuñado ha dejado un borrón en el borde. El líquido ambarino debe de haberse vertido en algún momento, pues hay un leve cerco sobre el precioso sobre de madera de la mesa, una mancha que no tiene remedio.

Vive sola desde la muerte de James.

La exaspera que le pregunten, como ha hecho el cuñado, ¿vas a vender la casa?

Con tono sutilmente insinuante: ¿Vas a vender esta casa tan grande?

Y peor incluso: ¿Has pensado en agenciarte un perro?

Amigos, parientes y vecinos bienintencionados. Colegas de la escuela privada en la que da clases. A menudo se siente incapaz de contestar. Se le cierra la garganta, nota puntitos de calor que le sonrojan la cara. Ve a esas buenas personas mirarse unas a otras, preocupadas por ella. Las recorre un leve escalofrío como una llama fugaz: su inquietud por la viuda las une en una suerte de emocionante conspiración.

Tiene un ataque de tos. Una espina en la garganta que no consigue tragar. Una espina en una galleta de las que le ha traído una de las personas bienintencionadas, y que ella no quería comerse, pero que ha mordido para probar hasta qué punto está recuperada, qué bien está y cuán normalmente está comiendo; ha cometido la imprudencia de morder la galleta maldita, como salida de un cuento de hadas, porque no tiene elección, pues esas galletas siempre hay que morderlas. Y empieza a ahogarse, porque no consigue tragarse la espina ni escupirla.



—¿Claudia? ¿Estás bien? ¿Quieres un vaso de agua? —llegan los gritos, rápidos y furiosos como abejas.

Se apresura a negar con la cabeza.

—No, no, gracias. —Por supuesto que está bien.

Le corresponde a la viuda tranquilizar a los otros, a esos otros tan numerosos, con sus ojos impacientes y sus ansias de ser buenos a expensas de ella, diciéndoles que por supuesto que está perfectamente.

Su marido era una persona que caía muy bien; muy querida, de hecho. Ser la viuda de un hombre muy querido supone una carga inesperada. Tienes la obligación de aliviar el dolor de los demás. Tienes la obligación de ser simpática, considerada, generosa y compasiva en todo momento, cuando lo que te apetece es huir corriendo de esos ojos amables y entrometidos y encontrar un lugar a oscuras en el que dormir, dormir, dormir, y no volver a despertar nunca más.

Traen niños a la sombría casa de la viuda. Niños que la miran fijamente, para quienes la muerte es una novedad que amenaza con volverse aburrida en cuestión de unos pocos minutos.

Adultos a quienes la muerte de su querido amigo James proporcionará alguna clase de lección o entreacto educativo para sus hijos.

Un crío con mucho desparpajo suelta:

—Dice mi mamá que tu marido se ha muerto.

La viuda ve expresiones de horror y desaprobación en las caras de los adultos. Bochorno en la cara de mamá. La viuda siente deseos de ocultar su propio rostro, de que el crío con desparpajo no vea cómo la han hecho llorar esas palabras tan crudas.

La viuda balbucea una excusa. Se bate en retirada hacia la cocina.

La viuda no oye murmurar a las visitas en la habitación contigua porque han bajado mucho la voz, y preferiría hacerse un buen tajo en el antebrazo con un cuchillo de trinchar afilado que oír lo que están diciendo.

¿Se ha convertido la viuda en alguien que da miedo? ¿En alguien que da pánico?

¿Se ha vuelto fea?

¿Se ha vuelto vieja?

Piensa en las brujas. En mujeres sin hombres que las protejan. Mujeres cuyos maridos han muerto. Mujeres cuyas propiedades bien pueden anexionárselas vecinos avariciosos. Por suerte, la viuda no vive en tiempos

tan bárbaros.

A esta viuda la protegen las leyes. El marido dejó un testamento detallado y que cumplía con las formalidades, en el que la hacía heredera de todas sus propiedades, de su finca.

Cuando la viuda vuelve a la otra habitación, los invitados le sonríen con nerviosismo y preocupación. Han preparado unas palabras, y es su más antigua amiga quien se levanta para abrazarla y decirle que James había visto siempre «lo mejor de cada cual», que había sabido «sacar a la luz lo mejor de cada persona», y la viuda permanece muy quieta en ese abrazo, con los brazos pendiendo flojos en los costados, unos brazos que no son alas, unos brazos que carecen de la potencia muscular de unas alas para desplegarse, para liberar a la viuda de ese abrazo y permitirle levantar el vuelo y alejarse, pues su obligación es someterse a la conmiseración de los demás y no gritarles: «¡Fuera de aquí todos! ¡Por el amor de Dios, largaos y dejadme en paz!».

—¡James! Cariño, ven a ver.

Ha empezado a avistar la garza azulada con mayor frecuencia, a horas impredecibles del día.

Cree que hay una única garza azulada en el lago. O al menos nunca ha visto más de una al mismo tiempo.

La gran ave de presa le parece fascinante. Hay algo muy hermoso en ella, y a la vez algo muy feo.

En sus paseos, la viuda ha descubierto a la garza solitaria pescando en un riachuelo que desemboca en el lago y que limita la finca, plantada en el agua que fluye despacio, muy quieta y preparada para atacar.

La garza permanece largos minutos sin moverse. Casi parece que no sea un ser vivo, sino algo heráldico labrado en peltre, una reproducción antiquísima. Y entonces, cuando un pez comete el error de aparecer ante sus ojos, la garza pasa a la acción instantáneamente: hunde el pico en el agua, aletea para mantener el equilibrio y emerge triunfal con el pez retorciéndose en su pico.

¡Es un espectáculo espeluznante! Y emocionante.

Un instante después de que la viuda haya vislumbrado al pez atrapado en el pico de la garza, ésta lo engulle de golpe, derecho al gatzate. La voracidad de la naturaleza es impresionante. He ahí el ansia en bruto, primitiva. Puro instinto, más allá de toda conciencia.

A veces, si el pez es demasiado grande para que la garza se lo trague entero, o si la ha distraído algo allí cerca, el ave levanta el vuelo con el pez vivo brillando y contorsionándose en el pico.

Esa escena es particularmente sobrecogedora. La viuda mira abstraída, petrificada. No le cuesta tanto imaginar una garza gigantesca abatiéndose sobre ella para atraparla con su pico y llevársela... ¿Adónde?

La garza se aleja siempre hacia la orilla opuesta del lago, donde desaparece en las marismas. Su vuelo es un poco torpe, falto de elegancia como el de un pelícano, con las enormes alas de un gris pizarra abriéndose como un paraguas y las patas colgando. Si uno desconoce hasta qué punto puede ser la garza una máquina de matar, ni cuán precisos son sus movimientos, casi puede parecerle cómico.

Pero no lo es, por supuesto. La garza azulada es una de las reinas de los cielos en igual medida que otras aves de aspecto más compacto y elegante.

La viuda está horrorizada y, al mismo tiempo, fascinada: los ojos de la garza azulada tienen la misma fijeza que los de un reptil. Es evidente que su vista debe de ser tan aguda como la de un águila para discernir el movimiento de las presas en un elemento tan denso y a menudo ensombrecido como el agua.

Con esas patas largas y flacas como palos que penden bajo ella cuando el ave vuela batiendo las grandes alas. El cuello en forma de S, el pico largo y mortífero del mismo tono que el marfil viejo y manchado.

Es difícil llegar a acercarse al ave siempre alerta, pero la viuda ha comprobado que tiene la cara blanca y plumada, y que de detrás de los ojos sale un plumaje gris oscuro que le rodea la cabeza como una máscara. Posee asimismo un curioso penacho oscuro, bastante airoso, que sobresale varios centímetros en la zona occipital, una característica que (según descubrirá después) es propia sólo del macho. Las grandes alas son de color pizarra con leves trazos de color azul, que se ven mejor desde abajo, cuando la garza lo sobrevuela a uno.

Y, aun así, es extraño que se la conozca como «garza azulada», pues la mayoría de sus plumas son grises o de un marrón rojizo tirando a grisáceo: muslos, cuello, pecho.

La viuda ha oído muchas veces el reclamo de la garza: un graznido ronco y seco como un ladrido. Se hace imposible no imaginar algo desdeñoso y triunfal en ese grito.

—¡James, escucha! Hemos pasado años oyendo a la gran garza azulada

sin saber qué era...

El áspero reclamo es una burla de los cantos musicales de los pájaros que acuden en bandadas a la casa, atraídos por los comederos. (James y ella siempre habían tenido comederos. Entre sus recuerdos más queridos se halla el de James mordiéndose el labio inferior, muy concentrado, mientras vertía semillas en los comederos de plástico transparente en la terraza de la parte trasera de la casa, incluso en lo más crudo del invierno.)

Con la lectura de libros de su marido, la viuda se ha documentado sobre la garza azulada, la *Ardea herodias*. De hecho, se trata de una criatura primitiva, descendiente de los dinosaurios: una carnívora voladora.

Sus presas son peces, ranas, pequeños roedores, huevos de otras aves, polluelos y pájaros pequeños. Las águilas, depredadoras naturales de la garza, no son autóctonas en esta zona del noreste.

Considerando su tamaño, la garza es sorprendentemente ligera: los ejemplares más pesados apenas superan los tres kilos y medio. Su envergadura aproximada oscila entre los noventa y los ciento treinta centímetros, y su altura entre el metro diez y el metro cuarenta. Se la describe como un *ave zancuda*, y su hábitat se extiende por toda Norteamérica, fundamentalmente en los pantanos.

James y ella habían preferido los pájaros cantores familiares (cardenales, carboneros, herrerillos, carrizos y gorriones de muchas especies) y tenían menos interés en las aves acuáticas que tan a menudo armaban alboroto en el lago; ahora, ella está menos interesada en los pájaros pequeños y más dóciles y se siente más atraída por el lago y los pantanos que lo rodean.

Por las noches, el reclamo espeluznante de la lechuza la despierta, pero también la reconforta. Deja la ventana abierta, incluso en las noches frías, porque no quiere perderselo.

Ha llegado a recordar el ataque de la garza a los nidos de los ánades reales como un incidente verídico, que compartió con su marido. El contexto no le queda muy claro, pero los detalles son vívidos, y está convencida de que fue la última ocasión en que ella y James habían paseado juntos por la orilla del lago, cogidos de la mano.

*Ahora sólo quiero hacer el bien. Quiero ser buena.*

*Si soy buena, todo dará marcha atrás y esto tan horrible no habrá ocurrido.*

El cementerio queda a solamente diez minutos de la casa. Y es muy fácil llegar con el coche hasta allí, haga el tiempo que haga.

No es el cementerio que prefiere la familia de su marido, que se encuentra en la próspera comunidad de Fair Hills, a veinticinco kilómetros de distancia. No es el cementerio que habría cabido esperar que la viuda eligiera para enterrar a su marido; es decir, sus «restos mortales». No, se trata de un antiguo cementerio presbiteriano en un pueblo cercano, que data de la década de 1770. Es pequeño y no está muy bien cuidado. Ya no es exclusivo para miembros de la Iglesia, sino que se ha convertido en cementerio municipal. Las lápidas más antiguas, cerca de la parte posterior de la adusta iglesia de piedra, son de un color gris apagado y uniforme, y el tiempo ha ido desdibujando las letras cinceladas hasta volverlas indescifrables. Las lápidas en sí son casi tan finas como naipes; se inclinan en ángulos distintos y vistosos en la tierra cubierta de musgo.

Las lápidas más recientes son más sólidas e imperturbables. Al parecer, la muerte pesa más ahora. En ellas pueden descifrarse palabras y fechas. «Querida madre. Amado esposo. Querida hija de una semana de vida.»

Cada día, a media tarde, la viuda visita la tumba de su marido, que sigue siendo la más reciente, la más «nueva» de las tumbas del cementerio.

La lápida que la viuda compró para su marido es de un granito precioso y liso del mismo tono que el hielo, con los bordes raspados. No es muy grande, pues James no habría querido nada llamativo, ostentoso o innecesariamente caro.

Bajo tierra, en una urna sorprendentemente pesada, reposan las cenizas del (difunto) marido.

Pese a que la viuda ha esparcido semillas, no ha crecido todavía hierba alrededor de la tumba.

(¿Se estarán comiendo los pájaros las semillas? ¡Cree que sí!)

Le parece reconfortante que haya tan pocos cambios en el cementerio de un día al otro, de una semana a la otra. La hierba alta se poda de forma aleatoria. La mayoría de los visitantes llegan antes que ella y se marchan al atardecer. Si hay alguna actividad en la iglesia, tiene lugar por las mañanas. La viuda rara vez se encuentra a otro desolado, de modo que ha llegado a tener la (ingenua) sensación de estar a salvo en ese sitio tranquilo donde nadie la conoce...

—Perdone, señora. ¿Qué diablos está haciendo aquí?

Hoy, en este lugar habitualmente desierto, ha aparecido una mujer con una truculenta cara de pequinés. Como un personaje de dibujos animados, la enfurruñada mujer hasta se ha plantado con los brazos en jarras.

¡Claudia está perpleja! Se sonroja de vergüenza.

La han pillado en la tumba de un extraño, que yace enterrado junto a su marido, de rodillas y arrancando enérgicamente malas hierbas.

—Ésa es la tumba de mi marido, señora.

La voz es seca y discordante, y los ojos, que la miran fijamente, no sugieren el menor atisbo de diversión a expensas de Claudia, ni la más mínima alegría. Ha hecho un sutil énfasis en «mi» apenas perceptible.

Sintiéndose culpable, Claudia balbucea que acude a menudo al cementerio y que se le ha ocurrido que podría «quitar unas cuantas malas hierbas» cuando las ha visto... No hay posibilidad de explicarle a esa persona tan antipática que la falta de pulcritud la pone nerviosa y que ha llegado a obsesionarse con *hacer el bien*, con *ser buena*.

He ahí el destino de su vida de viuda: caprichoso, desorientado, y sin embargo compulsivo. Tras la repentina muerte de James, la directora del colegio le sugirió que se tomara una excedencia, de modo que había accedido, aunque dudaba que fuera buena idea.

Una excedencia de cinco meses. De entrada, a la viuda le pareció una especie de sentencia de muerte.

Se ha ocupado de traer flores frescas a la tumba de James y de quitar las marchitas. Ha recortado la hierba de alrededor, aunque es un ritual carente de sentido (lo sabe), un gesto inútil que nadie, excepto ella, lleva a cabo.

No hay gran cosa de la que ocuparse en la tumba de James, tan pulcra y nueva. Impulsada por el temor a no hacer nada, así como por el deseo de hacer algo, la viuda ha empezado a despejar de desechos y malas hierbas las tumbas vecinas.

*¿Por qué necesitas mantenerte ocupada, Claudia? Todos nuestros afanes llegan al mismo fin.*

¡Ya lo sabe! La viuda sabe que es así.

Más motivo, pues, para mantenerse ocupada.

En el abandonado cementerio, la viuda ha empezado a sentir lástima por aquellos individuos desconocidos para ella y James que están enterrados ahí, olvidados (al parecer) por sus familias. El vecino más cercano de James es *Amado esposo y padre Todd A. Abernathy, 1966-2011*, cuya lápida de

guijarros está rodeada por hierbajos, cardos y dientes de león.

Desparramadas por la hierba se observan macetas de barro rotas, geranios y pensamientos secos. Hasta los girasoles artificiales están maltrechos y descoloridos, convertidos en mera basura.

Claudia ha empezado a llevarse al cementerio herramientas y guantes de jardinería. No ha decidido *hacer el bien* de manera consciente; por lo visto ha ocurrido *motu proprio*.

La única forma sincera de *hacer el bien* es siendo anónima. O eso cree.

Pero ahora la han descubierto. Su conducta, reflejada en la cara enfurruñada de una extraña, no parece tan buena al fin y al cabo.

Se pone rápidamente en pie, se sacude las rodillas. Siente un calor desagradable bajo la ropa oscura y de buen gusto.

Oye su propia voz, vacilante y poco convincente:

—¡Lo siento! No pretendía sorprenderla ni hacerla enfadar. Es sólo que... me gusta usar las manos, supongo. Como vengo tan a menudo al cementerio...

—Bueno, pues es muy amable por su parte.

La mujer cede sólo un poco. Aunque no parece hablar con ironía o con mala intención, es evidente que la caridad de Claudia no le merece muy buena opinión que digamos, pues ha proyectado un reflejo nada lisonjero sobre ella como cuidadora chapucera de la tumba de Abernathy.

A diferencia de Claudia, que siempre va bien vestida (es demasiado insegura para vestir de otra manera), la mujer enfurruñada lleva ropa arrugada, unos tejanos manchados y chancletas en los pies regordetes. El cabello con mechas rubias se ve despeinado, y la cara luce una palidez blancuzca. También es una viuda, y a ella la pérdida la ha vuelto rencorosa y resignada como quien se planta bajo la lluvia sin un paraguas.

Claudia se oye decir impulsivamente que su marido también está enterrado ahí.

—Ha muerto hace poco..., en abril...

No es propio de la viuda mostrarse tan comunicativa. De hecho, no es nada propio de la viuda hablar sobre su vida personal con una extraña.

Claudia no tiene ni idea de qué está diciendo ni de por qué se siente obligada a hablarle a esa extraña que no le da pie a hacerlo en absoluto y cuya expresión se ha vuelto avinagrada. Tiene la sensación de que una descarga de luces le haya inundado el cerebro. ¿Cómo ha hecho para seguir con su vida

siendo viuda? ¿Cómo consiguió perdonarse? ¿Por qué se niega a sonreírme? ¿Por qué ni siquiera me mira?

—Vale. Pero, en el futuro, ocúpese de sus propios asuntos, señora. Como hacemos los demás.

Con gesto grosero, la mujer se vuelve para darle la espalda a Claudia. O quizá no pretendía ser grosera, sólo contundente.

Claudia vuelve a la tumba de James, pero está muy trastornada, le tiemblan las manos. ¿Por qué esa mujer se muestra tan hostil con ella? ¿Tan terrible ha sido que se atreviera a arrancar las malas hierbas de una tumba vecina?

*Olvídate de ella. Se acabó. Ya nada de eso importa..., por supuesto.*

Qué ironía: Claudia se las apaña para evitar a amigos y parientes que expresan preocupación por ella y les inquieta que se encuentre todavía en un precario estado mental; y sin embargo ahí, en el cementerio, donde Claudia sí hablaría con otro desconsolado, se ha visto rechazada.

De pie ante la tumba de James, titubea. Agradece que, en cierto sentido (su cerebro está aturdido, no piensa con claridad), su difunto marido se haya librado de ese vergonzoso intercambio. Todavía lleva puestos los guantes de jardinería y empuña el desplantador. Su bolso de piel está en el suelo, sobre la hierba, como si lo hubiera dejado caer ahí con despreocupación. ¿Por qué le afecta tanto una tontería como ésta? ¿La rudeza de una extraña? ¿O tiene razón en sentirse culpable, ha sido indiscreta y arrogante? Claudia es una mujer tranquila, una de los docentes más benévolos de su escuela, pero en ocasiones la han criticado por ser distante, por su indiferencia, tanto hacia los alumnos como hacia los colegas. Se estremece al pensar hasta qué punto es injusta esa opinión.

No quiere marcharse del cementerio demasiado pronto, pues la mujer se dará cuenta y se burlará de ella a sus espaldas. Por otro lado, tampoco quiere quedarse demasiado rato en ese lugar que se le antoja inhóspito. Teme que otra persona se una a la mujer enfurruñada, y que ésta le cuente lo que ha visto que hacía Claudia en la tumba de Todd Abernathy, y lo que Claudia estaba haciendo se malinterpretará entonces, se considerará erróneamente alguna clase de vandalismo.

En lo alto, un ave solitaria vuela en círculos. Claudia ha advertido su presencia hace unos minutos, pero no ha alzado la vista porque supone que será un halcón, pues los halcones abundan en esa zona, y no una garza azulada, porque ahí cerca no hay ningún lago ni pantanos...



Quiere creer que se trata de una garza azulada. El corazón le da un vuelco cuando una sombra con enormes alas desplegadas y unas patas flacuchas y colgantes se desliza por el suelo ante ella y desaparece.

—¿Señora? —La mujer enfurruñada le está hablando.

—¿Sí?

—En la tumba de mi marido había unos geranios en macetas. ¿Los ha cogido usted?

—¿Unos geranios en macetas? Pues no...

—¡Sí! Había geranios aquí. ¿Qué ha hecho con ellos?

Titubeando un poco, Claudia le explica a la mujer que es posible que haya visto unas macetas de barro rotas en la hierba, pero no plantas de geranio; es decir, plantas vivas, no. Es posible que haya visto unas plantas muertas...

—¿Y unas flores artificiales? ¿Aquí, en una maceta?

—No..., me parece que no...

—Señora, creo que está mintiendo. Creo que ha estado robando cosas de las tumbas. Voy a denunciarla...

Claudia protesta, asegurando que ella no ha robado nada. Ha recogido desechos y hojarasca, y ha quitado malas hierbas... Todo lo que ha tirado está en el montón de basura que hay al fondo del cementerio... Pero la mujer enfurruñada habla con aspereza, enfadadísima; se ha puesto como una fiera y muy desagradable, y parece a punto de empezar a gritar. Claudia está asustada. Se pregunta si se habrá internado sin querer en el reino de la locura.

¿Es esto lo que viene ahora, tras el dolor? ¿Acaso no hay esperanza?

Claudia se deshace en disculpas. En un fugaz momento de inspiración, durante el que ve la cara burlona de su cuñado, se ofrece a pagar por los geranios «desaparecidos».

—Tome. Por favor. Siento muchísimo este malentendido.

Saca de la cartera varios billetes de diez dólares. Le tiemblan las manos. (Ve a la mujer mirando con codicia la cartera y el bolso de piel oscura.) Le tiende los billetes a la mujer, que los acepta con cara de desdén, como si le hiciera un favor a Claudia al aceptar un soborno y no denunciarla.

—Vale, señora, gracias —dice la mujer con amarga satisfacción—. Y, como le decía, la próxima vez ocúpese de sus malditos asuntos.

En el coche, Claudia trata con torpeza de meter la llave en el contacto. Es consciente de que su coche es un bonito BMW negro; el único otro

vehículo que hay en el aparcamiento, una maltrecha camioneta Chevrolet, tiene que ser el de la mujer enfurruñada. Una prueba más de que Claudia es de algún modo despreciable para esa desdeñosa mujer.

Está muy alterada. Tiene que huir de ahí. El cementerio, que ha sido un refugio para ella, está ahora contaminado.

Una sombra se desliza por el reluciente capó negro del BMW, o quizá son varias. Siente el cerebro tan cegado como si le hubieran abierto un postigo de par en par a pleno sol. Experimenta el poderoso impulso de correr de vuelta a la mujer enfurruñada, inclinada ahora sobre la tumba de su marido fingiendo quitar malas hierbas. De agarrarla por los hombros y sacudirla una y otra vez..., de acuchillar esa cara amargada y contrariada con algo parecido a un pico puntiagudo...

Por supuesto, la viuda no hace nada parecido. En el reluciente BMW negro, conduce de vuelta a la casa (vacía) en Aubergine Lake.

—¿Claudie? Me gustaría pasarme un momento esta tarde. Tengo una propuesta que hacerte...

—No. Me parece que no.

—He hablado con un agente de Sotheby's, un tipo fantástico..., ya sabes que sólo están interesados en propiedades excepcionales...

—He dicho que no. No voy a estar en casa, no es un buen momento.

—¿Mañana, entonces? ¿A eso de las cuatro y media, digamos?

—No..., no voy a estar en casa a esa hora. Estaré en el cementerio.

—¡Estupendo! ¡Genial! Entonces me paso por tu casa y te recojo..., ¿a menos cuarto? ¿Qué te parece? Tenía ganas de visitar la tumba de Jimmy, pero llevo unas semanas de locura, así que es una oportunidad ideal para que vayamos los dos juntos. Gracias, Claudie.

Claudia trata de protestar, pero al otro lado de la línea ya no hay nadie.

*Tu marido se ha ido. Tu marido ya no está. Tu marido no va a volver.*

La voz la acosa con calma, con crueldad. La viuda es especialmente vulnerable cuando está sola en la casa.

No es su propia voz, sino la de otro que habla a través de su boca, tan entumecida como si le hubiera puesto novocaína.

*Tu marido se ha ido. Tu marido ya no está...*

Agita el frasco de somníferos para verter pastillas en la palma de la mano. ¡Qué valiosas, esas pastillas! Una, dos, tres...

Pero el teléfono sonará si trata de dormir. Aunque no haya nadie para oírlo, el teléfono sonará. Se dejarán nuevos mensajes entre una sucesión de mensajes sin contestar, como huevos embutidos en un nido que empiezan a pudrirse... «¿Claudia? Por favor, llámanos. Estamos preocupados. Pasaremos por tu casa si no tenemos noticias tuyas...»

Sonará el timbre. Y él, el cuñado codicioso, estará ante la puerta.

«No. Ya te lo he dicho..., ¡no!»

A toda prisa, se pone unas botas de agua y una vieja chaqueta L.L. Bean de su marido, con capucha. Ha encontrado unos prismáticos en uno de los armarios de James, y los lleva al cuello cuando se dirige a los pantanos que rodean el lago.

Allí, la viuda no es tan vulnerable a la voz que hay en su cabeza. Y no sufre el acoso del teléfono ni del timbre de la puerta.

Descubre que la lluvia no es disuasoria. Las aves acuáticas del lago no le prestan la menor atención al chaparrón: están en su elemento y les sienta de maravilla.

Se oye un grito ronco repentino, y cuando se vuelve la garza azul volando sobre ella. ¡Qué enormes son sus alas desplegadas! Mira fijamente al ave, presa del asombro.

Un poco tarde, se lleva los prismáticos a los ojos para observar el vuelo de la garza sobre el lago. El lento batir de esas grandes alas que la mantienen en lo alto con tan poco esfuerzo aparente.

*El ave sobrevuela el lago. El lago de color pizarra que se riza bajo la lluvia. Soplan ráfagas de aire gélido, jirones de niebla se elevan del agua. Pero la vista de la garza es tan buena que el minúsculo movimiento de un pez en el lago, el destello de las escamas de un pez diez metros más abajo, bastan para alterar en un instante su trayectoria de vuelo, y la garza vira bruscamente, se lanza en picado hacia la superficie, apresa al pez (vivo y coleando) en su pico y continúa sobrevolando el lago.*

¡Ese pico como un cuchillo! En la vida de la viuda no ha habido nada parecido hasta ahora.

Está decidida, va a ser *una buena persona*. James querría que siguiera con su vida siendo lo que había sido durante más de cincuenta años: fundamentalmente, *una buena persona*.

Este desastre en su vida, esta profunda herida invisible a los ojos de los demás, cree que acabará por sanar, o quedará adormecida. *Si es buena*.

Se obliga a contestar los correos electrónicos. (¡Tantos! El verso de *La tierra baldía* aparece en su pensamiento: «Nunca habría creído que la muerte hubiera deshecho a tantos».) Se obliga a contestar los mensajes telefónicos (con astucia, le parece) llamando a amigos, parientes y vecinos a horas en las que está razonablemente segura de que nadie contestará al teléfono.

«¡Hola! Soy Claudia. Perdona por haber tardado tanto en responder a tu llamada..., tus llamadas...»

«¡Lo siento muchísimo! Confío en que no estuvierais preocupados...»

«Me parece que mi contestador automático no acaba de funcionar bien...»

«Sí, por supuesto que estoy bien...»

«Sí, por supuesto que ahora ya consigo dormir...»

«Sí, por supuesto que son momentos ajetreados para... una viuda...»

«Gracias por la invitación, pero ahora mismo estoy un poco atribulada...»

«Gracias por el ofrecimiento..., sois muy amables, pero...»

«Sí, confío en veros muy pronto. En algún momento...»

«No, lo siento, no puedo. Ojalá pudiera...»

«Gracias, pero...»

«Cuánto lo siento. He sido una egoísta, no he pensado en *vosotros*.»

El teléfono se le cae de la mano. La viuda está temblando de rabia.

Aun así, la viuda está decidida *a hacer el bien, a ser buena*.

Crearé una beca con el nombre de su marido en la universidad en la que él se había licenciado con tantos honores.

Organizaré un funeral por su marido, en algún momento impreciso del futuro... «Antes de Acción de Gracias, me parece.»

Donará la mayor parte de la ropa de su marido a organizaciones benéficas respetables, incluyendo los preciosos jerséis de lana que ella le había regalado, las muchas corbatas y los trajes y americanas que ella le había ayudado a elegir, y tantas camisas, tantos zapatos, tantos calcetines que ni siquiera soporta pensarlo; no se siente capaz de sacar las preciosas prendas de su marido de los armarios, ni siquiera de sacar sus calcetines y calzoncillos de los cajones; ha cambiado de opinión: no donará la mayor parte de su ropa —de hecho, ni una sola prenda de su ropa— a organizaciones benéficas respetables. *No, no lo hará.*

¡Ese grito tan áspero y ronco! Se lo han arrancado a ella de la garganta.

Está volando, hacia lo alto. El aire neblinoso sobre el lago resulta tener la textura de una tela. No es fino, ni invisible, ni carece de sustancia apreciable, sino que este aire es lo bastante denso para que las grandes alas se aferren a él y sigan batiendo para ascender más y más con muy poco esfuerzo.

Se ha convertido en un ser alado que remonta las ráfagas de aire como si fueran peldaños. Tiene el corazón lleno de júbilo. Nunca ha sido tan feliz. La alegría resuena, palpita y se estremece con cada latido de su ser. El duro músculo bajo el huesudo pecho lleva un ritmo acelerado como un metrónomo.

Vuela bajo sobre el lago. Ascende volando entre columnas de niebla. La garza azulada es la primera ave de presa en despertar por las mañanas, en la gélida penumbra que precede al alba. Supone una felicidad casi insoportable batir esas magníficas alas grises, tanto más grandes que el cuerpo que podrían envolverlo en su interior, y ocultarlo.

Desciende hacia los cenagosos bosques y vuela bajo. Su aguda mirada está fija en el suelo. Los pequeños roedores son sus presas. Los pajarillos distraídos son sus presas.

Se adentrará en el agua poco profunda de la orilla, moviéndose despacio sobre sus patas larguiruchas, o esperará inmóvil. Es muy paciente. Su pico arremete, se traga la presa entera y viva, que se retuerce y chilla de terror.

Luego viene el grito áspero y ronco, una proclamación de pura alegría.

Pero cuando es más feliz es cuando vuela. Cuando se eleva en las corrientes de aire, cuando planea y flota en las ráfagas de viento. Y si detecta movimiento abajo, un destello de color, de los colores de un pez, su cuerpo esbelto se convierte al instante en un elegante misil que apunta al suelo y se lanza en picado a matar.

Surca el aire, y su puntiagudo pico es preciso e implacable al apresar un pececillo, que de forma instintiva engulle vivo, de modo que aún se retuerce cuando le recorre el gástrico.

Caza sin cesar, pues siempre está hambrienta. Es el hambre lo que la mantiene en constante movimiento, como las olas, que nunca llegan a su fin ni se detienen, sino que se renuevan una y otra vez.

De nuevo ese grito triunfal que una oye en sueños. *Estoy viva, estoy aquí, soy yo y tengo hambre.*

Ha ocurrido todas las mañanas. La viuda despierta con repentina violencia como si la hubieran arrojado a la vigilia.

Un grito ronco procedente del lago.

Una luz cegadora que le inunda el cerebro.

Está furiosa con su (difunto) marido. No se lo ha contado a nadie.

*¿Por qué te marchaste cuando lo hiciste? ¿Por qué no te cuidaste un poco más? ¿Por qué fuiste negligente con las vidas de ambos?*

*Cómo voy a perdonarte...*

Por qué había muerto, cuando podía no haber muerto. Del mismo modo que había vivido, en silencio, sin molestar a nadie. Siempre tan *buena persona*.

Siempre tan amable. Tan considerado con los demás.

Había tenido dolores en el pecho, dificultades para respirar y leves mareos, pero no quiso contárselo a ella. Había prometido recoger al hijo de su hermana en el aeropuerto de Newark para llevarlo a casa de unos parientes en Stamford, Connecticut; no había motivo por el que el chico de diecinueve años no pudiera coger un autobús o un taxi, pero James había insistido, diciendo que no suponía ningún problema, de verdad, cuando de hecho sí lo supone: es un trayecto de varias horas, algunas con muchísimo tráfico. Cuando se disponía a marcharse, ella vio algo en su cara, una pequeña mueca repentina, un instante de alarmada concentración, y le preguntó con la preocupación propia de una esposa: «¿Te pasa algo?», y él se había apresurado a responder: «No, no es nada», y por supuesto que James diría al instante «No es nada», porque él era así, era esa clase de hombre. Y es por eso por lo que James (piensa amargamente la viuda) ya no es un hombre de ninguna clase, ya no *es*, sino que  *fue*. Y ella quizá lo había sabido. Quizá lo había percibido, al preguntarle «Pero ¿te duele algo?», y él había negado ese dolor, al igual que un malhechor negaría haber obrado mal, porque él era así.

Ella le dijo, con un poco de mal genio (lo sabe), que por qué no contrataban un coche con conductor para el sobrino, aduciendo que aquel trayecto era excesivo para él, porque encima tendría que hacer luego el viaje de vuelta, y añadió que lo pagarían ellos, por supuesto, pero James dijo que claro que no, que había prometido llevar a su sobrino a Stamford, y que sería una ocasión para que él y Andy hablaran un poco, porque se habían visto de uvas a peras en aquellos últimos años. Y dijo que su hermana y su cuñado no

permitirían que el coche lo pagaran ellos dos, lo cual a Claudia le pareció fuera de lugar, y añadió, exasperada: «¡Pues entonces que lo paguen ellos!». ¿Por qué nos estamos peleando?, ¿de qué va todo esto?

Bueno, sí que lo sabía. Ella sabía de qué iba aquello: de la sensación de obligación que James tenía hacia su familia. De la costumbre de James de *hacer el bien*. De su obsesión por hacer siempre *lo correcto*, incluso si *lo correcto* no tenía sentido.

Incluso si *lo correcto* fuera a costarle la vida.

De la obsesión del marido por ser generoso, amable y considerado con los demás, porque ésa era su forma de ser.

Y los dolores no habían remitido sino que habían aumentado mientras James transitaba por la autopista y, en plena pesadilla del tráfico interestatal, su vehículo se había salido de la calzada justo antes de la salida del aeropuerto de Newark. Y lo llevaron en ambulancia a Urgencias en la propia Newark, donde sobreviviría durante noventa y seis minutos, hasta justo antes de la llegada de la aterrorizada esposa.

Había pasado horas exhaustas e insomnes en el escritorio de su marido, luchando a muerte con cuentas bancarias, extractos, facturas por pagar.

Luchando a muerte contra la muerte.

El cuñado ha dejado un reluciente folleto de Sotheby's. El cuñado ha dejado un reluciente folleto de un instituto de investigación sobre «modificación genética» en Hudson Park, Nueva Jersey, en el que ha garabateado: «Aquí hay una oportunidad fantástica para la inversión, pero es muy “volátil”; hay que espabilarse o las acciones subirán hasta la estratosfera».

El cuñado ha dejado un insidioso mensaje en el contestador: «¿Claudie? Debes saber que soy tu amigo, y (también) que ya no tienes muchos amigos ahora que Jim ya no está».

¡No se siente desgraciada! Han llegado a gustarle mucho los días de lluvia, los días en que no brilla el sol, los días llenos de barro en que puede chapotear por los pantanos con sus botas de agua. Con la vieja chaqueta L.L. Bean que era de su marido, que tiene unos maravillosos bolsillos con cremallera y solapa en los que puede meter pañuelos, guantes y hasta un móvil.

No suele contestar al móvil cuando suena. Pero siente la obligación de comprobar quién desea hablar con ella. A quién podría devolverle la llamada. No es el caso del cuñado. A él no.

Va de camino a casa cuando ve su vehículo en el sendero, un Land Rover de color bronce. Sabe que estará llamando al timbre, golpeando con fuerza la puerta con los nudillos. Lo ve escudriñar a través de una ventana, protegiéndose los ojillos brillantes con la mano.

—¿Claudie? Claudie, soy yo... ¿Estás ahí dentro?

En la esquina de la casa, entre árboles que gotean, la viuda espera, escondida.

Lo que dirá después será: *En el lago siempre hay mucho silencio, mucha tranquilidad. Es un lago muy solitario.*

*Casi siempre.*

—¡Basta! Parad de hacer eso...

Llevándose las manos ahuecadas a la boca, les grita a los niños que les tiran piedras a las aves del lago.

A la viuda le resulta asombroso que esté... gritando.

No recuerda haber gritado en mucho tiempo, durante años. El esfuerzo le resulta apabullante, nota la garganta como si se la hubieran raspado con una hoja roma.

—¡Basta! ¡Parad!...

Los niños se quedan cortos con casi todas las piedras que arrojan. Sólo han alcanzado a algún que otro pájaro de los más pequeños..., polluelos, ansarinos. Los críos parecen tener entre diez y trece años y no se han internado en el agua (como si fueran demasiado perezosos o negligentes para dar caza a sus presas con energía), sino que corretean por la orilla soltando vítores y gritando. Los ánsares reales, gansos y cisnes adultos han huido hacia el centro del lago, aleteando de angustia entre graznidos y chillidos. Los niños ríen a carcajadas: el terror de las aves les resulta divertido. Claudia está furiosa, asqueada.

—¡Basta ya! Voy a llamar a la policía...

Claudia tiene la audacia de acercarse a los niños, confiando en espantarlos. Está jadeando y la adrenalina le hace latir el corazón con fuerza. No parece considerar la posibilidad de que los niños se vuelvan para apedrearla a ella.



El júbilo les cripa las caras toscas y crueles. A Claudia apenas le parecen humanos. La miran furibundos, con lascivia, tratando de determinar (supone ella) si es alguien que pueda reconocerlos y chivarse a sus padres; si es alguien cuya autoridad deberían respetar.

—¿No me habéis oído? ¡He dicho que basta! Esto va contra la ley, es «crueldad hacia los animales»... Voy a denunciaros en la oficina del sheriff...

Las palabras «oficina del sheriff» parecen causar impresión en los chicos mayores, que empiezan a retroceder. Claudia los oye murmurar «Váyase a la mierda, señora» y «Que le den, señora» entre risas desdeñosas, pero ya se están alejando y chapotean por el pantano de vuelta a la carretera.

Son seis niños en total. Le desconcierta que no se arrepientan en absoluto, y que sean tan pequeños.

Claudia supone que esos niños viven por ahí cerca. No en el lago, pero sí cerca. Le llegan sus risas a través del pantano. Se siente muy afectada por su crueldad, y por la estupidez de esa crueldad. ¡Qué habría hecho James!

En el lago, las aterrorizadas aves continúan con sus protestas, graznando como locas. Nadan en círculos frenéticos. No logran entender qué les ha pasado a sus pequeños, qué clase de devastación acaba de caer sobre ellos. La viuda está terriblemente alterada y no puede acercarse más a la carnicería. Unos cuantos polluelos habrán resultado muertos en la lluvia de piedras. Otros habrán quedado heridos. No quiere ver a los animalitos vivos y heridos flotando en el lago. No quiere ver sus alitas maltrechas, no quiere ver la angustia de los pájaros adultos; ya ha tenido suficiente, ya ha tenido más que suficiente, no quiere sentir nada más..., en este momento, no.

Y sin embargo da caza a los niños desde el aire, batiendo las grandes alas, de músculos tan poderosos. Cuando alzan la mirada, la ven abatirse sobre ellos con caras embelesadas de asombro, de susto, de terror. Tienen la sensación (quizá) de que los animales a los que han estado atormentando han adoptado la forma de una única criatura para perseguirlos. Les parece (quizá) que se está llevando a cabo alguna clase de justicia primigenia. La criatura que se abate sobre ellos no es una gran ave de presa, no es un águila. Pero sus alas extendidas de color pizarra son tan grandes como las de un águila. Su pico es más largo que el de un águila, y más puntiagudo. Los gritos de los niños crueles no la hacen desistir...; nada la hará desistir de su propósito.

Los niños corren, tropiezan, caen de rodillas antes de llegar a la

carretera. Tratan de protegerse el rostro levantando los brazos. El ave es feroz en su ataque, arremete contra ellos con ambas alas como lo haría un cisne irritado, para derribarlos y hacerlos caer. Y una vez que están en el suelo se ven indefensos contra las fuertes garras que los aferran mientras el pico, implacable, acribilla sin cesar cabezas, cueros cabelludos, rostros, ojos.

Los gritos de angustia de los niños eran lastimosos, suplicantes. La sangre goteaba de una docena de heridas y oscurecía las hierbas del pantano bajo ellos.

Sus sueños se han vuelto realmente agitados, le da miedo dormir.

Y en particular le da miedo dormir en la gran habitación del piso de arriba que da a la parte de atrás de la casa y al lago.

Se traslada a una habitación más pequeña, un cuarto de invitados que da al jardín delantero. Esa habitación tiene paredes tapizadas en cretona amarillo pálido, cortinas de organdí. Por las noches deja bien cerradas las ventanas. Está decidida a recuperar su alma.

Compensará a la gente por su conducta.

—¡Vaya, si es Claudia! ¡Hola!

—¡Claudia! Menuda sorpresa...

En la escuela privada la reciben con cariño cuando se acerca a hacerles una visita. Ha pasado demasiado tiempo, dice: ¡cuatro meses, dos semanas y seis días! Los ha echado de menos a todos.

No se le escapa que cada colega que se encuentra, cada persona que le estrecha o coge la mano, que la abraza, que exclama lo mucho que la ha echado de menos, no puede evitar bajar la vista hacia el dedo anular de su mano izquierda: hacia los anillos que la viuda (por supuesto) continúa llevando.

¿Esperabais no ver nada ahí? Pero sigo casada, por supuesto.

En la sala de reuniones, se reúne con sus alumnas del cuadro de honor. Son unas chicas brillantes y encantadoras que han echado mucho de menos a su profesora favorita. Todas saben que su marido ha muerto y se sienten cohibidas en su presencia. Varias le habían escrito cartitas vacilantes que ella leyó con lágrimas en los ojos y luego dejó a un lado, con la intención de contestarlas en un futuro, al igual que pretende hacer con todas las cartas que ha recibido.

Sin embargo, las chicas no miran de reojo los anillos de la viuda. Son demasiado jovencitas, no tienen ni idea de esas cosas.

(Pero ¿qué ocurre? ¿Pasa algo? En pleno debate concienzudo sobre el poema de Emily Dickinson cuyo primer verso es «Después de un gran dolor, viene un sentimiento solemne», la viuda empieza a sentirse débil, mareada.)

Quizá es demasiado pronto para que la viuda regrese a la escuela donde antaño fuera tan feliz, y también más joven. Demasiado pronto para hablar animadamente con sus brillantes alumnas como si estuviese tan incólume como ellas, esbozando una sonrisa con la herida que tiene por boca.

Un rato después, hablando con sus colegas en la sala de profesores, la invade el impulso abrumador de salir huyendo, de correr a esconderse. Le duelen los brazos a la altura de los hombros, de tanto que ansía desplegar las enormes y musculosas alas y levantar el vuelo hacia donde nadie la conozca.

Se excusa y se dirige a los lavabos dando traspiés. Todos sus colegas son mujeres, y bajan la voz para decir con preocupación algo que ella desearía de verdad no haber oído:

—¡Pobre Claudia! Tiene pinta de llevar semanas sin dormir.

Anda metiendo ruido ante la puerta de entrada. La viuda saldría huyendo, pero no puede hacerlo, pues es incapaz de mantener al intruso lejos de su casa.

La llama Claudie con su voz de regañina fingida y le pone la pesada mano en el brazo como quien tiene derecho a hacerlo.

¿Ha tomado una decisión sobre la casa?, pregunta el cuñado frunciendo el entrecejo.

Con lo de incluirla en el catálogo de Sotheby's como él le ha insistido en hacer. Tienen casas privadas y fincas excepcionales. El cuñado se ha puesto en contacto con un agente inmobiliario que si ellos lo llaman se planta ahí mismo en menos de una hora.

No, le ha dicho ella. No, no.

¿Y lo de la empresa de investigación farmacéutica? Es «urgente» invertir sin que pase un solo día más, ha tratado de explicarle el cuñado.

El cuñado se divierte a sus expensas, ¿no? ¿O quizá ella lo exaspera, lo irrita?

Desea terriblemente convertirse en albacea del patrimonio de su difunto hermano, pues (por supuesto) la afligida viuda no es capaz de serlo.

*Yo te ayudaré, Claudie. Sabes que Jim querría que confiaras en mí.*

Ella advierte cómo la mira, con los ojillos brillantes recorriéndola como

hormigas. Lo tiene muy cerca, se le ha plantado delante y está a punto de asirla de los hombros para posar su carnosa boca en la de ella, pero la viuda es demasiado rápida para él y lo ha apartado de un empujón, sin aliento, excitada.

*¡Claudie! Qué narices te crees que haces...*

Tiene el rostro arrebolado y jadea. Va a agarrarla, a hacerle daño. Pero ella lo esquiva, y sus brazos se extienden hasta transformarse en alas, su cuerpo esbelto se vuelve más flaco incluso, puro músculo. Su cuello se alarga, curvo como una serpiente.

Y ahí asoma el pico: largo, puntiagudo, letal.

El cuñado está aturdido y confuso. La transformación se ha completado en fugaces oleadas, y la sensación ha sido exquisita, indescriptible.

Se ha echado sobre su enemigo, para asestarle picotazos con el pico largo y puntiagudo. Ha sucedido tan deprisa que el enemigo no tiene forma de protegerse. La gran garza azulada se ha abatido sobre él, que trata, aterrorizado, de protegerse con los brazos la cabeza, la cara, los ojos, mientras el pico arremete una y otra vez, en la mejilla izquierda, en el ojo izquierdo, en la boca que gime y en la garganta, y la sangre salpica las hermosas plumas pizarra del pecho de la garza entre los gritos de pánico y de dolor del enemigo.

Después, ella se preguntará si parte de ese pánico lo provocaría que el cuñado la hubiese reconocido: a la viuda de su hermano, a Claudia.

¡Qué emoción produce la caza! La garza se muestra despiadada, infalible.

Una vez que tu presa ha caído, ya no volverá a levantarse. Ya no tendrá escapatoria posible de las punzadas furibundas de tu pico, no hace falta apresurarse en darle muerte.

Una, dos, tres... La viuda deposita somníferos en la palma de su mano.

¡Cómo ansía dormir! Dormir y no volver a despertar.

En la moqueta de lana color crema de la habitación de invitados, cuyas paredes están tapizadas en cretona y las cortinas son de organdí, apenas visible en la parte interior del umbral, hay una leve mancha de algo líquido y oscuro que la viuda no ha advertido (todavía).

—Dios mío, qué noticia tan terrible...

Pero también la deja perpleja que al cuñado lo hayan matado de esa

forma tan extraña, apuñalado hasta morir con algo como un punzón para el hielo, o atacado por un ave enorme, con el cráneo agujereado, ambos ojos destrozados, y múltiples heridas incisivas en el pecho, en el torso.

Al cuñado lo encontraron en su coche, desplomado en el asiento del acompañante, a varios kilómetros de su casa.

(Pero más cerca de su casa que de la casa de la viuda en Aubergine Lake.)

Llevaba desaparecido desde la noche anterior. Ningún miembro de su familia sabía adónde había ido. En el Land Rover de color bronce, en el arcén de una carretera comarcal, el cuñado había muerto desangrado a causa de las múltiples heridas.

Era evidente que el cuñado había muerto en otro sitio, y no en el vehículo, en el que no había mucha sangre.

La viuda se queda atónita ante esa noticia tan impactante. ¿Cómo es posible que el cuñado esté... muerto? No le parece creíble que puedan haber asesinado a alguien que conoce, que haya sido víctima de un ataque «despiadado».

Un hombre «del que no se sabe que tuviera enemigos», van diciendo de él.

La policía de la zona describe el ataque como «personal», «una especie de ejecución». No es probable que se haya tratado de una agresión aleatoria o fruto de las circunstancias, pues no falta la cartera de la víctima ni han robado el caro vehículo, un último modelo.

De momento no hay sospechosos. Al parecer no hubo testigos en la carretera comarcal.

El asesinato del cuñado se ha producido poco después del ataque a seis niños de la zona, según la descripción de los dos supervivientes, por parte de «un pájaro grande como un águila» que «apareció en el cielo con su pico puntiagudo» y se abatió sobre ellos, para causarles heridas a los niños en la cabeza, la cara y los ojos que se parecen mucho a las infligidas al cuñado.

Cuatro niños resultan muertos en el ataque, y otros dos sobreviven, aunque se encuentran «en estado crítico». Los hechos han sucedido en una zona pantanosa cerca del lago Aubergine donde no hay águilas ni grandes halcones: ningún ave de presa de ninguna especie capaz de atacar a seres humanos, o de la que se tenga constancia de que haya atacado a seres humanos.

Sin embargo, los supervivientes insisten en que los ha atacado «un pájaro grande que apareció en el cielo con su pico puntiagudo».

Al igual que al cuñado, el ataque dejó ciegos a todos los niños.

Con los ojos gravemente dañados, sin remedio. Acribillados a picotazos. Temblando, la viuda cuelga el teléfono.

Se ha enterado de lo ocurrido a los niños..., de sus muertes, de las terribles heridas. No quiere ni pensar que algo tan espantoso pueda haber tenido lugar tan cerca de su propia casa, y cuando los agentes de policía acuden a preguntarle si ha visto u oído algo, si conocía a alguno de los niños o a sus familias, sólo les dice que no eran vecinos suyos y de su marido, que vivían a kilómetros de distancia y que no sabe nada de ellos.

*Me temo que no he visto ni he oído nada. Aquí en el lago todo está siempre muy tranquilo.*

Más increíble le resulta la noticia de lo de su cuñado..., que haya muerto poco tiempo después que su marido James.

¡La familia debe de estar destrozada! Ella ya no es la viuda más reciente entre sus parientes.

El teléfono continuará sonando, pero la viuda no lo oirá porque ha salido. Sus pulmones ansían aire fresco, le estaba costando respirar dentro de la casa.

Fuera, el jardín está ahora muy crecido. Ha cancelado el contrato con la empresa de jardinería porque prefiere tener la hierba alta, cardos y flores silvestres de toda clase; las encuentra hermosas, le entusiasman.

Una sombra se desliza en la hierba ante sus pies.

Alza la mirada, protegiéndose los ojos. Cree estar a punto de ver a la garza azulada en su vuelo solitario, pero para su sorpresa repara en que son dos que vuelan una junto a la otra, con las grandes alas color pizarra extendidas y las puntas virtualmente tocándose.

Desde abajo, ve el leve toque azulado en las plumas grises. ¡Qué aves tan preciosas, volando así, a la vez! Jamás había visto un espectáculo semejante, está segura.

Perpleja, la viuda observa cómo las garzas sobrevuelan juntas el lago y desaparecen de la vista.

¡Ese grito! Un grito ronco, que no es humano y se desvanece casi al instante. Pero que ha bastado para despertarla.

Del lago llegan gritos de aves nocturnas. De somorgujos, búhos, gansos. Y de los pantanosos bosques, de lechuzas. Y de garzas.

Medio dormida, se mueve para arrebujarse en los brazos de su marido. Se siente satisfecha entre sus brazos, no quiere despertarse del todo, y tampoco que él se despierte. La vigilia, el hecho de estar consciente, es demasiado doloroso, como el filo de una navaja que se acerca a un ojo; nunca estás preparado para lo que podrías ver.

## **¡BIENVENIDOS AL VUELO ENTRE AMIGOS!**

Damas y caballeros, ¡bienvenidos a nuestro vuelo entre amigos!

Les damos la bienvenida a bordo de este aparato de North American Airways, un Boeing 878 Classic. Éste es el vuelo 443 de North American Airways con destino Amchitka, Alaska..., ¡un vuelo especial para observadores de aves y ecologistas!

Esta mañana, al mando de nuestro Boeing Classic con capacidad para 182 pasajeros está el experto comandante Hiram Slatt, que fue dado de baja del servicio en la misión de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos en Afganistán tras seis heroicos despliegues allí, y que ahora, tras un periodo sabático reparador en el Hospital Neuropsiquiátrico para Veteranos de Wheeling, en Virginia Occidental, ha vuelto a su «primer amor»: pilotar aviones civiles para North American Airways.

Según nos informa el comandante Slatt, una vez que nos hayan dado permiso para despegar, nuestro vuelo tendrá una duración estimada de entre diecisiete y veintidós horas, dependiendo de las siempre cambiantes corrientes de aire en el océano Pacífico y de la capacidad de nuestro veterano 878 Classic para soportar vientos huracanados de noventa nudos que arrecian «como un enorme ejército de demonios» (según la colorida terminología del comandante Slatt) en el círculo polar ártico.

Como posiblemente habrán advertido, el vuelo 443 va lleno; es decir, se han vendido más billetes que plazas disponibles en el avión. De hecho, suele ocurrir así en la mayoría de los vuelos de North American Airways, pues es protocolario en la compañía dar por hecho que cierto número de pasajeros sencillamente no acudirá a la puerta de embarque porque, de algún modo, habrá pasado a mejor vida o desaparecido antes de llegar a ella. A aquellos de ustedes que hayan subido a bordo con billetes para asientos ya ocupados, la North American Airways les ofrece sus disculpas ante semejante imprevisto. Hemos hecho frente a esta situación de emergencia y asignado plazas en cuatro de los lavabos, así como en la bodega y en zonas acotadas de los



compartimientos para equipaje sobre sus asientos. Solicitamos por tanto a nuestros pasajeros en Economy Plus, Economy y Economy Minus que metan como puedan sus pertenencias bajo el asiento que tienen delante; y lo que no pueda embutirse en dicho espacio, ni en los compartimientos superiores, siempre y cuando no estén ocupados por otros pasajeros, deberán sujetarlo firmemente en el regazo durante todo el vuelo.

Los pasajeros de Primera Clase pueden pedir ya las bebidas que deseen tomar.

## MEDIDAS DE SEGURIDAD

El vuelo en este aparato 878 Classic cuenta con las máximas medidas de seguridad: es decir, llevamos a bordo (sin identificar, de incógnito) a varios agentes federales para asegurar la protección de nuestros pasajeros. La normativa federal de aviación estipula que a ningún agente federal, piloto o copiloto, ni miembro de la tripulación se le permita ir armado a bordo de ningún avión, por razones obvias. Sin embargo, en circunstancias atenuantes, en el caso de que el aparato se vea obligado a aterrizar de manera ilegal, un piloto con rango de comandante o superior puede disponer de «un arma oculta» (en el caso del comandante Slatt, un revólver calibre 45, que lleva encima); con permiso del comandante, se le permite asimismo al copiloto llevar un arma oculta. (En este caso, el copiloto, el teniente M. Crisco, un expiloto de la Armada con muchas condecoraciones, lleva también un revólver calibre 45.) Los agentes federales van armados con pistolas de descargas eléctricas de altísimo voltaje, tan letales en la práctica como otras armas más convencionales, que no dudarán en utilizar «si se les provoca», según dicen.

Puesto que nuestra prioridad es la seguridad del pasaje, advertimos de antemano a todos los pasajeros que no deben comportarse de ningún modo que los agentes de seguridad puedan interpretar como «agresivo», «amenazador», «subversivo» o «sospechoso». Se ruega con insistencia a todos los pasajeros que informen al auxiliar de vuelo más próximo ante cualquier clase de conducta, expresiones verbales, tics faciales y gestos de los demás pasajeros que les despierten sospechas; se incluye el examen atento de material de lectura sospechoso y «subversivo». Como aconseja el Departamento de Seguridad Nacional: «Si ve algo, diga algo».

O como ha corregido con gran seriedad el comandante Slatt: «Si lo ves,

cárgatelo».

Les recordamos asimismo que la normativa federal de aviación exige a los pasajeros que acaten los letreros luminosos de información y las instrucciones de los miembros de la tripulación. Por favor, respeten la señal de prohibido fumar, que permanecerá encendida durante todo el vuelo; no se permite fumar en ningún lugar de la cabina de pasajeros ni en los lavabos, aunque sí es posible hacerlo, en circunstancias especiales, en la cabina de mando. Todos los lavabos están equipados con sistemas de detección de humo, y las leyes federales prohíben terminantemente manipular, inutilizar o dañar dichos sistemas; por lo tanto, los agentes federales están autorizados para castigar de inmediato, y con dureza, a quienes violen esa norma.

Citaremos aquí al comandante Slatt con un tono más jocoso: «Si fumas, la pringas».

Los miembros de la tripulación de North American Airways estamos aquí para asegurarnos de que tengan un vuelo agradable, pero nuestra principal preocupación es su seguridad. Teniendo presente esto último, les rogamos que cojan la guía informativa de seguridad de North American Airways del respaldo del asiento que tienen ante ustedes para consultarla mientras llevamos a cabo la demostración de las indicaciones de seguridad.

## CINTURÓN DE SEGURIDAD

El primero y más importante aspecto de la seguridad a bordo es el cinturón de seguridad.

Ahora que se encuentran cómodamente sentados, por favor, sigan estas instrucciones: para abrocharse el cinturón, inserten la parte metálica en la hebilla hasta que oigan un sonoro *clic*. Si algunos de ustedes (como hemos advertido entre risitas de desdén cuando subían con esfuerzo a bordo) son «de talla extra grande», es posible que tengan ciertas dificultades a la hora de ajustarse el cinturón sobre la panza; limítense a presionar el timbre de servicio que tienen sobre la cabeza, y un auxiliar de vuelo o dos o tres, si se da el caso, les abrocharán el cinturón a la fuerza. El subsiguiente *clic* significará que ha quedado cerrado y bloqueado. A continuación, tiren del extremo suelto de la cinta para ajustarlo bien. El cinturón de seguridad debería quedar bien prieto en la parte baja del regazo, como un cinturón de piel que, por alguna misteriosa razón, se les hubiera bajado de la cintura para

inmovilizarlos en la parte superior de los muslos, como un tornillo que no sólo impedirá que se les caigan los pantalones sino que además los mantendrá bien tensos para que no se les arrugue la raya, incluso en el caso de una catástrofe del aparato.

Sí, su cinturón de seguridad está bloqueado. (¿No lo acabo de decir, acaso? ¿Por qué forcejean algunos de ustedes para abrir sus cinturones bloqueados, si me han estado escuchando?) El 443 con destino Amchitka, Alaska, es un vuelo muy especial. Según estipula el artículo 19 de las cláusulas del Departamento de Seguridad Nacional, en ciertos vuelos sobre territorios «no nacionales» (esto es, extranjeros) sometidos a una normativa especial se concede el privilegio de suspender la apertura de la hebilla durante el tiempo que el comandante del avión estime oportuno, por motivos de seguridad y para controlar al pasaje.

Por las razones que se han explicado, el uso de los lavabos en este vuelo ha quedado suspendido. De modo que entenderán que no tiene ningún sentido práctico que sus cinturones de seguridad no estén bloqueados.

En cualquier caso, todos ustedes han firmado documentos de renuncia (quizá creyendo que firmaban para apuntarse al programa de fidelización de la compañía) que garantizan al comandante del vuelo un amplio abanico de atribuciones discriminatorias por motivos de seguridad. (Se trata de documentos de renuncia totalmente legales de acuerdo con la ley 9584 del Departamento de Seguridad Nacional.)

## SALIDAS DE EMERGENCIA

Se espera de aquellos pasajeros que ocupen de manera involuntaria asientos en las filas con salidas de emergencia que presten ayuda a nuestro (terriblemente escaso) personal de vuelo en el (improbable) caso de que haya una emergencia. Concretamente, se esperará de ustedes que se esfuercen en abrir la pesada puerta de emergencia, que puede estar combada o atascada, o sufrir cualquier otro desperfecto que haga imposible abrirla, mientras sus aterrorizados compañeros de pasaje se amontonan para empujarlos y pisotearlos en medio del caos de un accidente aéreo o de un aterrizaje forzoso.

Los pasajeros que no se crean capaces de un altruismo tan valeroso y desinteresado en una situación de emergencia deberán levantar la mano de inmediato para que les asignemos nuevas ubicaciones.

(¿«Nuevas ubicaciones»? ¿Dónde? No tardarán en descubrirlo.)

## MEDIDAS DE EMERGENCIA

En el (improbable) caso de que haya una emergencia, se les garantiza que sus cinturones de seguridad se abrirán automáticamente. Y en el (improbable) caso de que sus cinturones sufran algún fallo y continúen bloqueados, un auxiliar de vuelo los ayudará a liberarse, siempre y cuando quede algún miembro del personal de vuelo en cabina tras el anuncio de la emergencia.

Puesto que este aparato es un Boeing 878 Classic, cuenta con diez salidas de emergencia, la mayoría de ellas situadas en Primera Clase y Economy Plus. Un mapa del avión indicará cinco puertas a la izquierda y cinco puertas a la derecha, cada una de ellas claramente señalizada con un letrero en rojo de exit encima.

Todas las puertas (excepto la 3 izquierda y la 3 derecha, sobre las alas) están equipadas con toboganes de evacuación (excepto en aquellos casos en los que las puertas de las alas sean la 5 izquierda y la 7 derecha). Se supone que esos toboganes hinchables deben desplegarse y convertirse en balsas en el caso de una evacuación acuática. Las puertas sobre las alas están equipadas con una rampa para poder deslizarse también desde el ala en cuestión. (Dejarse caer en aguas gélidas desde una altura de diez metros es una experiencia asombrosa y visceral, según afirman los supervivientes. Algunos han confirmado que se trata de una de esas experiencias que te cambia la vida, no muy distinta a la euforia inducida por un ataque epiléptico o cuando se está a las puertas de la muerte, y creen ser personas más espirituales por haberla vivido.)

Las rampas de salvamento se encuentran en los compartimientos del techo sobre las puertas de las alas. Para nuestros pasajeros en Primera Clase, las salidas de emergencia más cercanas al morro del avión estarán claramente señalizadas: exit primera clase. A los pasajeros de Economy Plus, Economy, Economy Minus, Compartimientos de Equipaje y Bodega se les aconseja localizar las dos salidas más cercanas, si consiguen encontrarlas; siempre es preferible dos salidas que una, o que ninguna, en el caso de que una salida esté bloqueada por un montón de cuerpos destrozados o restos en llamas. Tienen disponibles instrucciones detalladas sobre rampas y toboganes en las viñetas de la guía de seguridad para pasajeros cortos de entendederas o

pasajeros en estados extremos de aprensión.

Aunque las probabilidades de sobrevivir en las gélidas aguas del océano Pacífico, incluso con el fuselaje en llamas, son pocas, en nuestra revista de a bordo *¡Vueleentre amigos para siempre!* encontrarán un reportaje mensual con entrevistas a pasajeros que se las apañaron de algún modo para llevar a cabo tan milagrosa hazaña, en entornos tan hostiles (pero espectaculares) como el cabo de Buena Esperanza, la costa septentrional de la Antártida, el estrecho de Bering y nuestro destino de hoy, las aguas turbias, turbulentas e infestadas de tiburones de las islas Aleutianas, que tanto adoran, curiosamente, los observadores de aves y los ecologistas.

## LUCES DE EVACUACIÓN EN LOS PASILLOS

Este avión último modelo viene equipado con iluminación de pasillo, que se encuentra en el suelo en los corredores izquierdo y derecho. En el caso de que la visibilidad en la cabina se vea afectada, es decir, en caso de apagón, el camino hacia la salida debería quedar señalizado por esas luces; excepto en aquellos casos en los que el apagón sea total.

«Las luces blancas conducen a las luces rojas.» Tengan bien presente esta paradoja zen del comandante Slatt, una de sus favoritas, puesto que la luz roja les indicará que han llegado a una salida de emergencia o la tienen cerca. Siempre y cuando la luz roja esté encendida, claro.

## OXÍGENO

Para su confort, la presión en cabina está controlada. Sin embargo, es posible que no lo esté para la comodidad de todos ustedes. North American Airways tiene instrucciones de mantener un flujo de aire que contenga como mínimo el 18 por ciento de oxígeno (lo cual puede causar dificultades a aquellos pasajeros que padezcan insuficiencia respiratoria, asma, ansiedad extrema o confíen en un suministro de aire con un mínimo del 21 por ciento de oxígeno, que es la «norma civil»). En el caso de una pérdida radical de presión durante el vuelo, algo que ocurrirá en ocasiones de manera impredecible, aunque otras veces puede pasar de forma predecible, se abrirán automáticamente los compartimentos diseñados a tal efecto sobre sus asientos. Ante dicha emergencia sólo tienen que levantar la mano (¡con calma!) y tirar de la máscara para ponérsela en la cara. No peguen un tirón

desesperado, pues las máscaras están hechas con materiales endeble y en ocasiones se han desgarrado. Una vez que tengan la máscara puesta, debería fluir el oxígeno. En el caso de que el oxígeno no fluya, podría tratarse simplemente, en palabras del comandante Slatt, de «mala pata»; si así lo estiman oportuno, podrían tratar de engatusar a su vecino de asiento para que les ceda su máscara, en cuyo caso háganlo rápido, antes de que acusen la falta de oxígeno y empiecen a alucinar.

O si prefieren aumentar las probabilidades de que el oxígeno fluya sin problema, pueden adquirir nuestro artículo OxFluSalvaVidas por sólo 400 dólares. (El personal de vuelo recorrerá ahora los pasillos para tomar pedidos. Por favor, levanten la mano si están interesados en inscribirse para un OxFluSalvaVidas, y no lo hagan si prefieren arriesgarse con el oxígeno «economy».)

Una vez que hayan tirado con firmeza de la máscara, aplíquensela con cuidado sobre la boca y la nariz y asegúrenla con la cinta elástica, tal como su auxiliar de vuelo les está demostrando. (¡Hagan el favor de mirar! No llevo a cabo estos estúpidos ejercicios por mi bien, sino por el de ustedes.) Después, tiren de ambos extremos de la cinta elástica, pero ni demasiado fuerte ni con vacilación. En situaciones de caos y terror, «quien vacila está perdido», pero también, paradójicamente, como nos advierte el comandante Slatt, «quien actúa de forma impulsiva está perdido también». Aunque el oxígeno fluya, al menos en teoría, la bolsa de plástico podría no hincharse. Se estima que ocurre así aproximadamente en el 27 por ciento de situaciones de emergencia a bordo, ¡y es sencillamente mala suerte! Si viajan con niños o van sentados junto a alguien que necesita ayuda, pues qué mala suerte para ellos, ya que es obvio que ustedes ya tienen bastantes problemas con ajustarse su propia máscara y tratar de respirar sin hiperventilar; no tienen tiempo para nadie más, desde luego.

Una advertencia: el oxígeno puro puede resultar nocivo para el cerebro humano y causar alucinaciones, convulsiones, desvanecimientos o ictus. Por lo tanto, aunque deben respirar profundamente mediante sus máscaras de oxígeno, no deberían hacerlo demasiado profundamente.

Continúen respirando a través de la máscara hasta que un miembro uniformado de la tripulación les aconseje quitársela. Bajo ninguna circunstancia, repito, bajo ninguna circunstancia hagan entrega de su máscara de oxígeno a cualquier persona que la solicite si no lleva un uniforme de North American Airways fácilmente reconocible.

## CHALECO SALVAVIDAS

Encontrarán su chaleco salvavidas en una bolsa debajo de su asiento. Si lo desean, para su mayor sensación de seguridad, pueden comprobar ahora mismo que esté ahí.

De ser necesario el uso del chaleco salvavidas, saquen el suyo de la bolsa con la mayor rapidez posible, utilizando para ello las uñas de ambas manos o los incisivos como se indica, pero en ningún caso, repito, en ningún caso, se limiten a manosear desesperadamente el paquete, pues cuenta con un envoltorio «a prueba de niños» para la seguridad de nuestros pasajeros más jóvenes.

Una vez que hayan conseguido desgarrar la bolsa, saquen de ella el chaleco salvavidas con ambas manos y dando un fuerte tirón, pónganse el chaleco por la cabeza (gacha) y tiren con fuerza de la parte frontal hacia abajo, ejerciendo igual presión con ambas manos. (No hagan más fuerza con una u otra mano según sean diestros o zurdos, pues esto podría causar el funcionamiento defectuoso del chaleco.) A continuación, lleven los dos extremos de la cinta que rodea la cintura a la parte delantera y asegúrenlos ahí con la hebilla. (Si no hay hebilla en la parte delantera, tendrán que improvisar una con los dedos de una mano...; ¡usen la imaginación!) Acto seguido, tiren de los dos extremos de la cinta hasta que el chaleco salvavidas quede bien ajustado, como les estoy mostrando. Si son ustedes de «talla extra grande» y el chaleco no les cabe..., ¡se tratará de un suceso desafortunado que deberían haber tenido en cuenta antes de adquirir su billete con destino Amchitka, Alaska!

Si son ustedes de «talla extra pequeña» y tienen la sensación de que se están «ahogando» en el chaleco..., ¡nos parecerá un comentario muy ingenioso por su parte! Es posible que les citemos en *¡Vuele entre amigos para siempre!*

Con la máscara de oxígeno y el chaleco salvavidas, ya estarán preparados para intentar salir del avión en pleno caos dantesco de llamas, humo negro y ardiente, cables eléctricos sueltos y los gritos y las súplicas de sus compañeros pasajeros..., o, como lo expresa el comandante Slatt, para «recorrer el camino al infierno».

Cuando se hayan abierto paso para salir del avión, por los medios desesperados e improvisados que sean, siempre suponiendo que hayan

localizado una salida que no esté bloqueada, no olviden inflar el chaleco salvavidas tirando con fuerza de las dos anillas rojas. Es muy importante que recuerden inflar el chaleco, pues, en los encrespados mares que les esperan, un chaleco salvavidas desinflado no tiene más valor que un ejemplar empapado del *New York Times*.

(En los casos excepcionales en los que el chaleco salvavidas no se infle cuando se tire de las anillas rojas, podrá inflarse soplando con fuerza sobrehumana a través de los tubos ubicados a tal efecto a la altura de los hombros, y que requieren un esfuerzo equivalente, según se ha estimado, al necesario para inflar trescientos globos de fiesta de tamaño estándar en cuestión de unos minutos. ¡Les deseamos buena suerte!)

Para los pasajeros de Primera Clase, cada chaleco salvavidas viene equipado con una «luz de rescate» en el hombro para su uso nocturno, y que se activa con el agua al levantar la lengüeta de «Tire para encender» que lleva en la pila. De esa forma, sus chalecos salvavidas les proporcionarán una luz de rescate diminuta y casi invisible en la negrura cuando se encuentren en las aguas agitadas e infestadas de tiburones del océano Pacífico.

(¡Pero qué complicado es esto, desde luego! Cada vez que hacemos una demostración de cómo se utiliza el chaleco salvavidas, algo sale mal, pero resulta que nunca es el mismo «algo», de modo que no tenemos el privilegio de aprender de nuestros propios errores.)

## VUELO DE REGRESO

El vuelo de vuelta del 443 no proporciona millas para el programa de fidelización, porque resulta que ese vuelo no existe: el 443 es un vuelo sólo de ida.

Este viaje sin regreso a Amchitka, Alaska, estaba estipulado en el documento que todos ustedes firmaron alegremente antes de subir a bordo de nuestro avión, sin (al parecer) haber leído, o visto siquiera, la letra pequeña.

## SOLICITUDES

Algunos de ustedes parecen alarmados ante la posibilidad de que este viaje sea sólo de ida. Las razones para que así sea guardan relación con el proyecto de investigación de los Laboratorios Biológicos del Departamento de Defensa en Amchitka, que cubren doscientas cuarenta hectáreas de la isla



pero no aparecen en ningún mapa (que no sea confidencial), y que constituyen el destino de todos ustedes a su llegada a Amchitka.

Sí, esto es una «sorpresa». Sí, ya es demasiado tarde para que haya una «salida».

Sin embargo, tengan en cuenta, por favor, que menos del 83 por ciento de los pasajeros serán retenidos para que se conviertan en cobayas en los experimentos de los laboratorios de investigación biológica; el resto de ustedes serán reclutados como ayudantes de laboratorio y personal de seguridad, pues la plantilla se renueva con considerable frecuencia en Amchitka. Los formularios de solicitud para tan codiciados puestos deben rellenarse de inmediato, pues las decisiones sobre la contratación se tomarán antes de nuestra llegada a Amchitka.

Por favor, no duden en levantar la mano si quieren que les hagamos entrega de un formulario.

Tengan en cuenta que la solicitud requiere un historial completo de formación, orígenes, vida laboral y activos financieros. ¡No es el momento de hacer gala de falsa modestia!

## PREPARATIVOS PARA EL DESPEGUE

El comandante Slatt nos informa desde la cabina de mando de que las «misteriosas» dificultades técnicas que sufría el avión desde que han subido ustedes a bordo hace noventa minutos se han dado por resueltas (al menos por parte de Seguridad Nacional) y el aparato está listo para el despegue.

En consecuencia, se han cerrado y asegurado todas las puertas, y todos los cinturones de seguridad se encuentran en modo bloqueo. Personal de cabina, ocupen sus asientos, por favor.

Como algunos de ustedes sin duda habrán descubierto, ya es demasiado tarde para cambiar de opinión sobre su exótica expedición para observar aves en el círculo polar ártico. Ya era demasiado tarde, de hecho, cuando subieron a bordo de este avión y ocuparon sus asientos. Así pues, asegúrense, por favor, de que sus asientos estén en posición vertical y sus mesitas plegadas, y de que todo su equipaje de mano esté en un sitio seguro del que no pueda salir volando de pronto y hacerles daño a ustedes o a sus desafortunados vecinos.

Damas y caballeros, ya estamos listos para despegar. Les damos las gracias por haber elegido North American Airways. Relájense en sus

asientos, inspiren profundamente y ¡disfruten de nuestro vuelo entre amigos!

## AGRADECIMIENTOS

«Desmembrado» se publicó por primera vez en *Boulevard* (2016).

«El pasadizo» se publicó por primera vez en *Ellery Queen Mystery Magazine* (2016).

«Desengaño» se publicó por primera vez en *Taking Aim*, edición de Michael Cart (HarperCollins, 2015).

«La chica ahogada» se publicó por primera vez en *Boulevard* (2016).

«Situaciones» se publicó por primera vez en *Vice* (2016).

«La garza azulada» se publicó por primera vez en *Black Feather: Bird Horror*, edición de Ellen Datlow (Pegasus, 2017).

«¡Bienvenidos al vuelo entre amigos!» se publicó por primera vez en *Idaho Review* (2017).



## JOYCE CAROL OATES

Nueva York, 1938. Ha cultivado todos los géneros literarios, y es autora de una obra extensísima. *Qué fue de los Mulvaney*, *Blonde*, *La hija del sepulturero*, *Hermana mía*, *mi amor*, *Ave del paraíso*, *Carthage* o *Memorias de una viuda* son algunos de sus éxitos.

Ha sido galardonada con numerosos premios, entre ellos el National Book Award, el PEN/Malamud Award y el Prix Femina Étranger.

Desde 1978 es miembro de la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras, y desde hace unos años es una permanente candidata al Premio Nobel de Literatura.

Gatopardo ediciones ha publicado de esta autora el libro de relatos *Dame tu corazón* (2017).

En su última colección de relatos, Joyce Carol Oates ahonda en las vidas de niñas y mujeres vulnerables: unas se convierten en víctimas, mientras que otras se ven incitadas, por un profundo malestar emocional, a cometer actos violentos contra los demás.

En *Desmembrado*, el relato que da título al libro, una niña precoz de

once años, llamada Jill, se sube al Chevrolet azul celeste de un pariente de la familia que la conducirá a un destino incierto e imposible de olvidar; en «El pasadizo», finalista del Premio Edgar al mejor relato breve, una viuda regresa de manera obsesiva a la casa que antaño compartía con su marido; en «La chica ahogada», una estudiante universitaria se obsesiona con el caso de una mujer que murió ahogada o fue asesinada. Todos ellos son relatos sobrecogedores, en los que Joyce Carol Oates consigue inquietarnos con sus historias construidas en el territorio del miedo.

«Oates, que tiene el don de adivinar el pensamiento, escribe relatos de terror psicológico sobre mentes gravemente perturbadas... Cuesta mucho apartar la vista de la página.»

*The New York Times Book Review*

«Pocos escritores son capaces de iluminar como ella los recovecos más perturbadores de la mente. Oates nos pone su sedosa sogá al cuello y la estrecha.»

*Seattle Times*

# Table of Contents

DESMEMBRADO

DESMEMBRADO

EL PASADIZO

DESENGAÑO

LA CHICA AHOGADA

SITUACIONES

LA GARZA AZULADA

¡BIENVENIDOS AL VUELO ENTRE AMIGOS!

AGRADECIMIENTOS